

TELAR DE VOCES

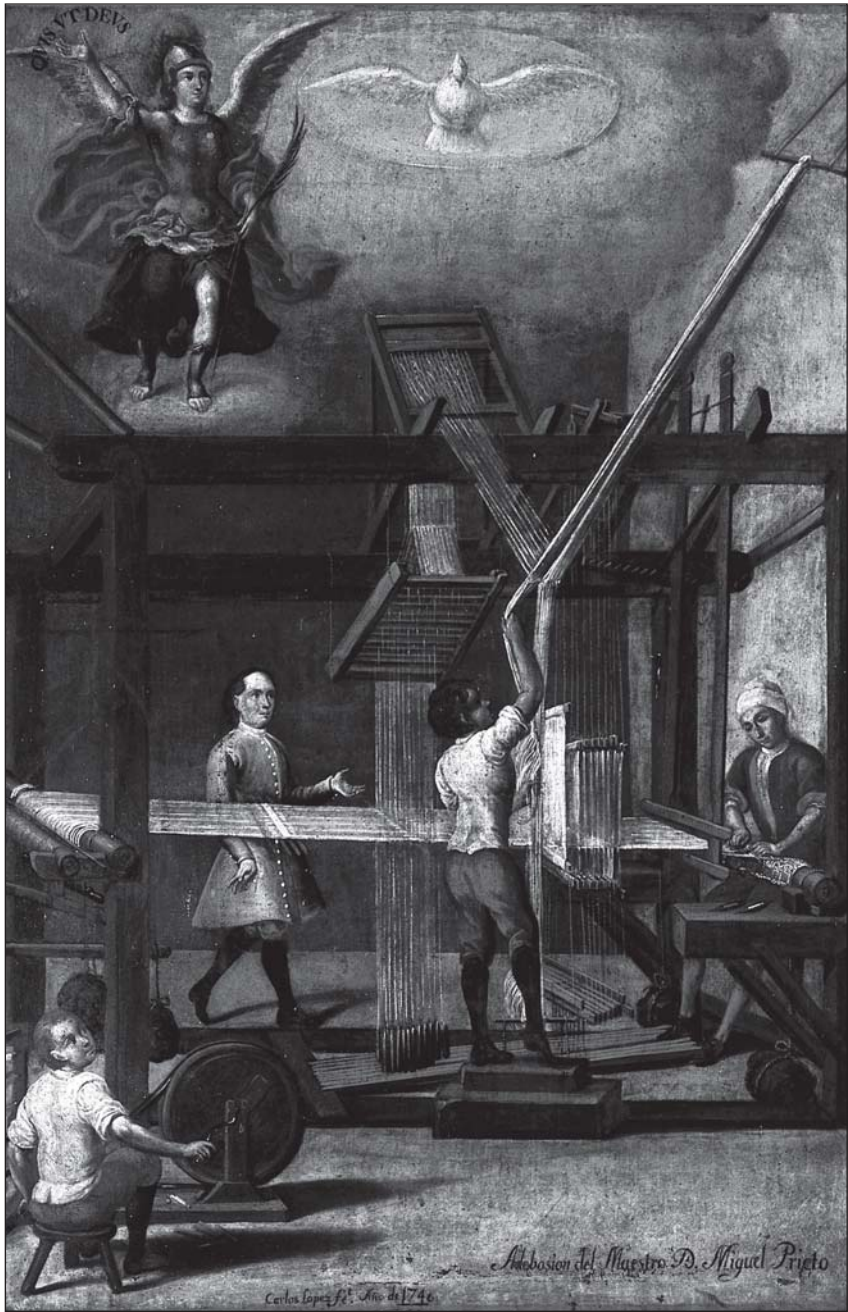
LITERATURA POPULAR
DE JALISCO, 1950-2000

Ana Leticia Gaspar Bojórquez, coordinadora



Culturas^{LAS}
Populares
DE JALISCO

TELAR DE VOCES



Atencion del Maestro D. Miguel Prieto

Carlos Lopez fe. Año de 1746

TELAR DE VOCES
LITERATURA POPULAR
DE JALISCO, 1950-2000

Ana Leticia Gaspar Bojórquez, coordinadora

SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO
2004

La Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco agradece a Editorial Ágata, a *El Informador*, a la Dirección de Culturas Populares e Indígenas del Conaculta y a la Universidad del Valle de Atemajac por el apoyo para la realización de la colección *Las Culturas Populares de Jalisco*.

Primera edición, 2004

Por los textos:

D.R. © Sus autores

Por la edición:

D.R. © Secretaría de Cultura

Gobierno del Estado de Jalisco

Av. de la Paz 875, Centro

44100 Guadalajara, Jalisco, México

ISBN 970-624-351-8

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO	9
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN	15
POESÍA:	
SENTIMIENTOS DE JALISCO	19
EL ORGULLO DE SER DE...	21
QUE LOS SENTIMIENTOS BROTEN...	41
EN BUSCA DE LO DIVINO...	69
EL ESTAMBRE DE LAS CELEBRACIONES: TRADICIONES Y POESÍA	73
NARRATIVA:	
LA VIDA COTIDIANA HECHA PALABRA	101
DE OTROS CONTARES	154
TEATRO POPULAR:	
TODOS A ESCENA	163
EL FINAL DEL TEJIDO	
A MANERA DE CONCLUSIÓN	243
BIBLIOGRAFÍA	245

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO

Jalisco en su historia, en su amplia geografía, en el temperamento e ingenio de su gente, ha sido un pueblo creador de arraigadas tradiciones, de modos de ser, de costumbres, que han conformado a lo largo de los tiempos, elementos culturales que han contribuido a forjar los símbolos de la identidad nacional.

La fortaleza de las culturas populares e indígenas de los jaliscienses ha trascendido los siglos y sigue siendo sustento importantes de la mexicanidad. Por ello, era inaplazable emprender un amplio programa de investigación con el concurso de académicos, promotores culturales, estudiosos del acontecer cultural rural, indígena y urbano, para que reunidos en un equipo humano, profesional e interdisciplinario, registren en letra impresa, el estado que guardan las culturas del pueblo jalisciense, en su diversidad, en su constante transformación, en sus arraigados mitos y en sus nuevas manifestaciones, insertas en la globalización, a la que nuestro país se incorpora aceleradamente.

Los investigadores y coordinadores de este trabajo enciclopédico consultaron libros y bibliotecas y caminaron por las diversas montañas de la geografía jalisciense, para escuchar de viva voz y ratificar con su presencia el acontecer cultural de los danzantes y mariacheros, los modos de hablar, las leyendas y personajes, la música y los bailes, la charrería, los deportes y las diversiones, las culturas indígenas, la literatura y el teatro, la religiosidad, las artesanías, el arte en las calles y las plazas y todas las expresiones culturales del pueblo que en el pasado y en el presente son la esencia de las culturas jaliscienses.

El Gobierno del Estado pretende que esta colección bibliográfica sea un valioso apoyo para que los jaliscienses conozcamos nuestras propias manifestaciones culturales y para que futuros investigadores puedan hurgar en nuestras raíces históricas y sus constantes transformaciones.

Este esfuerzo de la Secretaría de Cultura, a través de su Dirección General de Fomento y Difusión, y de su Dirección de Culturas Populares, es de gran valor por haber concertado con importantes instituciones académicas y con prestigiados investigadores, un estudio integral que consigna en sus 18 volúmenes las expresiones culturales del pueblo jalisciense, producto del talento y del corazón palpitante del pueblo, pero sobre todo, de la transmisión oral y cotidiana de tradiciones y costumbres que han mantenido varias generaciones de jaliscienses.

Por medio de poemas, relatos, pensamientos, diarios, novelas, obras de teatro, odas a nuestro pueblo, acrósticos, oraciones y un inasible número de manifestaciones literarias populares, los jaliscienses nos expresamos cuando consideramos que la ocasión lo amerita. Académica de la Universidad del Valle de Atemajac, Ana Leticia Gaspar Bojórquez, con el apoyo de un gran grupo de colaboradores y estudiantes, ha logrado reunir y conjuntar una representativa muestra literaria popular que los jaliscienses plasmamos en palabras cuando hemos de escuchar el alma. Leticia nos invita a que reconozcamos que la poesía, la narrativa y el teatro populares, nacen a raíz de la inspiración fecunda de nuestra gente.

Disfrutemos y valoremos este invaluable documento que trata sobre nosotros y nuestras palabras.

Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

AGRADECIMIENTOS

El entramado de voces que compone este libro fue producto de dos comunidades: los habitantes y cronistas de los pueblos visitados y los alumnos de Ciencias y Técnicas de la Comunicación de la UNIVA, que se contagiaron de esta necesidad de conocer más la realidad para colaborar en su transformación. Los primeros nos confiaron generosamente sus productos literarios con la plena confianza del uso que les daríamos; los segundos recolectaron la cosecha literaria y nos ayudaron a organizarla. La mayoría de quienes nos proporcionaron sus textos, se mencionan en las páginas de este libro.

Los jóvenes alumnos, compañeros de este viaje, son Martha Elizabeth Guerrero, José Murillo, Emilia Castellanos, Paulina Martínez, Ana Paula Vierling, Alma Cecilia Santos, Carmina Piña, Miriam García, Francisco Javier Páez, Beatriz Saras, Rodrigo Pujol, Gabriela González, Lucero Padilla, Ana Jasso, Luz Verduzco, Elizabeth de Miguel, Bárbara González, Azucena Muro, Rosa Herrera y Biomara Ramos.

Durante más de un año, el ánimo del equipo de trabajo se mantuvo gracias al cariño y auxilio que recibimos de todas las compañeras de la Coordinación de Investigación: Carmen Verónica Victorica, Emma Hernández, Penélope Franco, Martha Andrea García y Rosángel Montúfar. A la directora del Departamento de Comunicación de la UNIVA, Alina García Barba le debemos el habernos estimulado apoyándonos incondicionalmente, con plena confianza en sus maestras y estudiantes.

Y, por supuesto, queremos reconocer el esfuerzo de nuestras familias, que cedieron parte de su tiempo para que lográramos este trabajo que ahora es parte del tejido humano que conforma nuestras vidas.

*Reconocimiento especial a
Myrna Carolina Huerta Vega,
por su invaluable participación
como asistente de investigación.*

Para todas las voces que habitan mis rincones:

*La de Francisco, mi compañero de vida.
La de mis hijos, Marco Antonio, Geraldine, Anabel y Leticia Irene.
La de mis padres, Raquel y Miguel.
La de mis hermanos, Miguel y Rodrigo.
La de mis hermanas, Georgina y Olivia.
La de Leonardo Samuel, mi nieto.
La de todos mis maestros, alumnos y colegas.
La de mis amigas de los Clubes de Libro de Guadalajara.
La de Dios.*

INTRODUCCIÓN

*No acabarán mis flores,
no cesarán mis cantos.
Yo cantor los elevo,
se reparten, se esparcen.
Aun cuando las flores
se marchitan y amarillecen, serán llevadas allá,
al interior de la casa
del ave de plumas de oro.
Nezahualcóyotl*

En enero de 2002 iniciamos la búsqueda de las palabras que van conformando la memoria colectiva de los pueblos jaliscienses; nuestra meta era recolectar los frutos de la cosecha literaria popular, esas múltiples expresiones que si bien no desdeñan los cánones establecidos, tampoco les importa crear los propios.

El equipo explorador estuvo conformado por un grupo de estudiantes de Ciencias y Técnicas de la Comunicación de la Universidad del Valle de Atemajac, y de dos investigadoras; el mejor instrumento de recolección fue la gran capacidad de empatía de los estudiantes: su facilidad de comunicación, sus ganas de conocer a la gente de poblaciones hasta entonces desconocidas para ellos, y su genuino interés en las historias que iban tejiendo los informantes.

Para la búsqueda y, en su caso, para la selección del material se partió del concepto de que la literatura popular es toda creación que cumpla con las siguientes características:

1. No institucionalizada, es decir, que sea una expresión libre, espontánea y un producto de los habitantes de la comunidad que la producen y la consumen.
2. Que se pueda ubicar dentro de un género literario, aunque no necesariamente siga los cánones establecidos.
3. Si está publicada, que sea edición de autor o con apoyo de los miembros.

bros de la comunidad, no por alguna institución reconocida, como universidades o escuelas de escritores.

Dichos criterios se establecieron tomando en cuenta a autores que han trabajado el concepto de cultura popular.

Para Eduardo Galeano, la cultura popular es un complejo sistema de símbolos de identidad que el pueblo preserva y crea. Para Rodolfo Stavenhagen es, en gran medida la cultura de las clases subalternas, es decir, una cultura de clase, aunque no deja de reconocer la amplitud y la ambigüedad del concepto. Para Mario Margulis, es la cultura de los de abajo, fabricada por ellos mismos en respuesta a sus propias necesidades y, por lo general, sin medios técnicos. Es una cultura solidaria, pues sus productores y consumidores son los mismos individuos que la crean y ejercen (Colombres, 1997: 7).

De acuerdo con el investigador y escritor Efraín Franco, la literatura popular es «la producción lingüística que no se sujeta a las normas académicas y que surge en buena medida de la espontaneidad». También señala que sus funciones son principalmente la lúdica y la de elemento de cohesión de una comunidad, así como instrumento para fortalecer la memoria colectiva.

Por su parte, el escritor y profesor Raúl Aceves destaca que la literatura popular usa un lenguaje sencillo porque, más que la emoción estética, su intención es comunicativa y, aunque se presente por escrito, se relaciona más con la oralidad.

Para los escritores Luis Medina Gutiérrez, Luis Vicente Aguinaga y Ricardo Castillo a la literatura popular se le da un uso, es parte de la vida cotidiana de las comunidades y refuerza el imaginario colectivo.

Las expresiones literarias de las comunidades son un importante vehículo para comprender la trama de significados que se construyen sobre la realidad: «La cultura es el patrón de significados incorporados a las formas simbólicas —entre las que se incluyen acciones, enunciados y objetos significativos de diversos tipos—, en virtud de los cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias» (Thompson, 1998: 197).

A pesar de que la mayor parte de las obras se consiguieron por escrito, realmente en ellas prevalece el discurso oral; es decir, se escribieron para reproducirse, pero tanto el estilo, como la temática y rasgos generales de

los textos están contruidos sobre la base de un proceso comunicativo cara a cara.

A pesar de las diferencias geográficas que pudieran modificar la concepción de la realidad, la lectura de las diferentes expresiones literarias nos permite identificar las constantes que van conformando la cosmovisión jalisciense: el valor simbólico del terruño, los personajes simbólicos, las situaciones arquetípicas, etc.

Durante todo el año 2002 se llevó a cabo la investigación de campo con la intención de cubrir todas las comunidades del estado, pero no fue posible debido a diversas causas, por lo cual se eligieron los municipios menos estudiados anteriormente. Sin embargo, puede afirmarse que el material recopilado en esta investigación es una muestra representativa de las diversas manifestaciones literarias que han producido los pobladores de Jalisco.

El trabajo se encuentra dividido en tres partes: en la primera, se analizan y muestran los textos de carácter lírico, como poemas, romances, corridos, sonetos; en la segunda, se compilan los textos narrativos, entre los que destacan el cuento y la crónica; en la tercera, se presenta una selección de los subgéneros dramáticos.

El trabajo de selección de los materiales fue tan arduo como el de la recolección, y, dada la cantidad de material y las restricciones de espacio, se decidió que se reprodujera la mayor cantidad de textos y se redujeran los comentarios de la investigadora a su mínima expresión, casi como notas aclaratorias. De esta forma, serían las voces de los habitantes de las comunidades las que compondrían el entramado de este tejido. También se acordó respetar la presentación original y el trabajo de edición sólo consistió en correcciones ortográficas.

Dado que muchos autores contaban con una vasta producción, fue necesario seleccionar aquellos textos que se encontraran más relacionados con temáticas generales o comunitarias; sin embargo, el total de los materiales se encuentra a disposición de quienes deseen consultarlos para ampliar la información que aquí se presenta.

La experiencia de realizar esta investigación fue altamente motivadora. Por un lado, fue un instrumento pedagógico invaluable porque permitió que los estudiantes de Ciencias de la Comunicación aprendieran a investigar fue-

ra de las aulas, en un trabajo real y estableciendo contacto con gente de las comunidades de casi todo Jalisco; por otro, el análisis de la obra recolectada permite evaluar la creatividad de los diversos autores que, si bien no son conocidos o reconocidos fuera de sus lugares de origen, son respetados por sus propias comunidades, ya que fueron los mismos pobladores quienes fueron proporcionando la información sobre sus coterráneos, a los que ellos consideran escritores.

Este trabajo no está concluido, pero abre la puerta a futuras investigaciones similares, en regiones que no se pudieron explorar por falta de tiempo y de recursos; sin embargo, este libro demuestra que expresarse por medio de la literatura es una tradición jalisciense.

POESÍA:
SENTIMIENTOS DE JALISCO

Para llevar a cabo la organización del gran número de textos líricos recopilados, se establecieron cuatro categorías: poemas que alaban la región o el poblado, que aluden a hechos históricos o describen personajes que se pueden considerar típicos, y cuya función básica sería la de fortalecer la cohesión social y la memoria colectiva de las comunidades, con un carácter fuertemente épico. Como segunda categoría, se seleccionaron poemas que abordaran temáticas de carácter humano, universal, como el amor, la muerte, la vejez. En la tercera categoría se consignan los textos poéticos que se relacionan con la temática religiosa, ya sea local, como alabanzas a la Virgen del pueblo, o más generales como sonetos místicos. Por último, se muestran calaveras y testamentos, dos de las manifestaciones más fieles del humor popular y la crítica social. En algunos casos, fue difícil determinar la clasificación de algún poema cuando éste contenía dos o más elementos; pero estos casos los resolvimos ubicando el texto en la categoría predominante.

EL ORGULLO DE SER DE...

Una de las temáticas más comunes de la literatura popular es la que se refiere al terruño. En un país como México no sólo se hace gala de nacionalismo sino también de regionalismo. El poeta popular se transforma en un cronista que busca destacar aquellos aspectos que hacen única a su región, de allí que la mayoría de los textos seleccionados muestren un fuerte carácter épico.

En algunos casos, los poemas se transforman en canciones, por ello generalmente se busca la rima más que la imagen o la metáfora.

CELINA VILLASEÑOR VEGA nació en Tala, Jalisco. Se define como creadora de proyectos de arte y empezó a escribir en 1996. En el siguiente texto destaca la forma tradicional del corrido, con una rima que genera un ritmo inconfundible, de canción popular. En el texto se describen los aspectos característicos del lugar, sus festividades, especialmente la relacionada con la principal fuente de ingresos, el ingenio azucarero, y se insertan detalles regionales chuscos.

Tala

Voy a cantar un corrido
a este pueblo chiquitito

es mi pueblo azucarero
es mi Tala tan bonito.

En este pueblo de azúcar
la gente es bien recibida
y si quieres comprobarlo
muy pronto ven de visita.

El orgullo del pueblo
es su ingenio azucarero
y sus fiestas muy seguidas
y sus señores con sombrero.

La feria de la caña en Tala
es en el mes de mayo
con sus reinas tan hermosas
que se escoge una al año.

Este pueblo es conocido
por ser de los más religiosos
aunque muchos en la plaza
sólo se hagan babosos.

Tala tiene un defecto
su gente es muy mitotera
es lo que no me gusta
de su gente mañanera.

Ya me voy, ya me despido
luego les sigo contando
de este pueblo arrepentido
que se la pasa mitoteando.

* * *

FRANCISCO JAVIER GUZMÁN es regidor de Talpa de Allende y ha escrito varios poemas que muestran la historia de su terruño, señalando lugares concretos que adquieren un carácter simbólico, mítico, para la comunidad, como se puede observar en el siguiente poema.

Inspiración [fragmento]

Talpa de Allende, Jalisco
tierra en la que nos encontramos
la más profunda conjugación
de la historia, el testimonio y la leyenda
que juntos han hecho una bella tradición.

Tlalpan, por los nativos llamado
tierra de Tlanemacantitla
Tlapan llamado después
Santiago de Talpa luego,
De Allende le fue agregado...

Hoy me recuerdo en niño
quisiera hacerles mención
de todos lugares aquellos
que recorrí en mi población.

Esa mentada parota
La pila de San Miguel
La Otra Banda y La Mesa
Barrio de San Rafael.

Cueva de padres leyenda
tu Cristo Rey del Cerrito
Ocotes, Cabos, Cañada
andenes de mi abuelito.

Casona La Mexicana
 del Naranjo la colonia
 tu puente del Alticuz
 donde un tiempo fui feliz.

* * *

MIGUEL CEJA es un importante cronista de Talpa que ha realizado varios escritos sobre la historia y forma de vida de la región. Es querido por la gente de ese pueblo por sus labores comunitarias y porque para ellos es un honor que este autor sea de este lugar. Vale la pena destacar el ritmo de los textos, recurso propio de la literatura popular que le permite insertarse con fuerza en la memoria colectiva. Los poemas fueron donados por Ernesto Sánchez, pariente de Miguel Ceja.

Oh, Talpa
 ¡Oh, Talpa!
 pedazo de cielo,
 rinconcito encantado
 por la mano de Dios.
 Quienes te conocen
 volver a ti desean,
 y vienen, vienen, vienen,
 besando con afán su reina
 unos cantando
 otros llorando
 pero vuelven,
 es que tan sólo al mirarte
 las penas y el dolor se alivian
 y los sufrimientos se olvidan
 porque tiene un ¡no se qué!
 que hechiza el pensamiento
 te robas el corazón

para sentirnos
tuyos, ¡siempre tuyos!

*

Las campanas de mi pueblo

Que repiquen ¡oh, Talpa, las campanas!
con esos intrépidos sonoros
que son voces se escuchan con decoro
por todos los confines de mi pueblo.

En las fiestas alegres
que engalanan mi pueblo
despertando, al cansado viajero,
llenándoles el alma, de apacible ensueño
¡hacen olvidar las penas de romero!

Paladines mudos del recuerdo
estatuas perennes consagradas,
fortines en las grandes batallas
y clamor de las almas encantadas.

Música de orquesta destinada
la deleitan las mentes confundidas,
porque tienen sus notas meditadas
que quien las escucha, se exalta.

Cuando aquel inesperado día
mi vida a su final llegue
las campanas de mi pueblo doblen
retirando mi cuerpo ya inerte.
Que repiquen ¡oh, Talpa, tus campanas!
con eco intrépido sonoro

que sus voces se escuchen con decoro
por todos los confines de mi pueblo.

* * *

El siguiente texto fue proporcionado por MARÍA DEL ROSARIO MADRIGAL, autora de Cocula. Aquí se puede observar uno de los temas que gusta más a las comunidades: la explicación del origen, la búsqueda de las raíces indígenas.

Soy indio

Del matrimonio del cacique Ixtlahuaque,
con la hija del cacique principal,
nacimos los que heredamos sangre india,
somos herederos de la raza «Cocollan».

Hoy estoy feliz y muy contento,
cumple un aniversario más mi viejo,
Ixtlahuaque, Estipazct y Tolimán,
fueron los fundadores del viejo «Coculan».

Mi orgullo es de ser de sangre india,
yo no soy un engendro de la invasión,
mi sangre es cien por cierto coca,
hace 470 años que nació mi región... Cocula.

* * *

CELIA MEDINA MICHEL, originaria de Autlán, publicó en 1998 el libro *Poemas, canciones y recuerdos de una autlense*, en que recopila sus diversas composiciones, tanto musicales como poéticas. En la presentación se dice que:

Plasmado en este pequeño breviario, que con gran amor se ha recopilado y busca transportarse por medio de un lenguaje escrito en el regocijo, alegría y tristeza, se

identifica con nuestros propios sentimientos al sentirnos representados con nuestra propia existencia o con la de los demás. Al revisar estas obras literarias de canciones y poesías de la señora Celia Medina Michel se palpa una profunda emoción que la autora tiene por la vida, por las costumbres, por la vivencia de su pueblo y por todas aquellas realidades con las que cotidianamente accionan los seres humanos.

Es de subrayar el tema de la ausencia, de la nostalgia por el terruño y su relación con los tiempos felices, tiempos primordiales que se insertan dentro de un discurso mítico, en el cual el lugar de origen se transforma, simbólicamente, en «ombigo del mundo», en el paraíso perdido. De esta obra se tomó el siguiente texto.

Ausente del Grullo

Grullo querido por ti suspiro
pueblito noble que huele a miel
por los ingenios que te dan azúcar
y a la comarca, riqueza y fe.

Si me preguntan de donde soy
yo les contesto con mucho orgullo
soy de un gran pueblo de mi Jalisco
y a mucha honra, se llama El Grullo.

Soy campirano de corazón
si hay jaripeos ahí estoy yo
donde hay charreadas ahí es mi tierra
les juro amigos que ahí está Dios.

Hermosa feria del mes de enero
México entero no tiene igual
sus fiestas bravas, peleas de gallos
y gente honrada a carta cabal.
Hay en Jalisco un lugarcito
el río Armería que suena a arrullo

estoy ausente y no lo olvido
tengo la dicha de ser del Grullo.

Quiso el destino de ti alejarme
pero el recuerdo que es como imán
por la nostalgia de mi Jalisco
que dio a mi infancia calor de hogar.

Noble diadema luce el cerrito
una capilla de bello altar
suben y bajan lindas mujeres
como angelitos que al cielo van.

La Reina Virgen de Guadalupe
donde de niño aprendí a rezar
templo querido de mis quimeras
te doy las gracias en mi cantar.

* * *

También nació en Autlán CELIA SERRANO URIBE, maestra de primaria, profesión que ejerció durante treinta y dos años. Al jubilarse, ingresó a la Universidad Autónoma de Guadalajara, donde obtuvo el título de Médico General Cirujano, profesión que actualmente practica. Pinta al óleo paisajes y figuras humanas, principalmente. Escribe poemas y ensayos. Es autora de tres libros inéditos. En septiembre de 1999 da a conocer su libro *Lascas literarias*, en donde recopila su producción, en edición de la propia autora. De ese libro, se tomó el siguiente poema.

Autlán

Bonito pueblito de mis amores,
rodeado de grandes cerros y ríos,
tanto en los meses cálidos y fríos,
tus verdes campos se llenan de flores.

Autlán Jalisco de barrios amados,
las Montañas, Agua Fría y Alameda,
todos lucen su linda arboleda,
y el Coajinque, todos son muy nombrados.

El centro del pueblo casi ciudad,
tienen jardines frente a sus portales,
y el mercado de la localidad.

Autlán pueblo de alegres festivales,
cada año sus sonados carnavales,
y tan lucidas fiestas patronales.

* * *

MANUEL ÁLVAREZ CEJA nació en Quitupan; sólo tiene estudios de primaria y secundaria. Es trabajador del mercado de Abastos.

Añoranzas

Ahora que vuelvo
a Quitupan;
a mi campiña de ayer
henchido de recuerdos
infantiles de amor.

Mirando desde lo alto
me pongo a contemplar
felices días de clases
de mi escuela rural.

De la maestra Rosaura
que la dirección llevo
que sabios consejos
de herencia nos dejó.

Más que ahora el tiempo
y la vida me hace reparar
con hermosos recuerdos
que no podré olvidar.

Le doy gracias al cielo
por esta inspiración por
que vivo la vida lleno
de satisfacción...

*

Recuerdo y petición

En un rincón de Jalisco,
lindando con Michoacán,
ahí se encuentra Quitupan
un pueblo muy singular;
franqueado por sus dos calles
y su Iglesia parroquial
precedida por Candela,
la hermosa Madre de Dios.

Festejan su aniversario.
también su coronación
siendo el día 2 de febrero,
día en que mi madre murió.

Y la banda por las calles
en la alborada tocó,
canciones, polkas y valeses,
que ella misma me cantó.

En este pueblo querido,
donde mi infancia viví,

tragedias, recuerdos tristes,
que en mi mente guardo yo.

Recibe pues Candelita,
esta humilde petición
cubre a todos con tu manto,
y dame tu bendición...

* * *

Los siguientes textos se obtuvieron en el MUSEO MUNICIPAL DE MASCOTA,
donde pueden leerse poemas, pensamientos y los antecedentes históricos
del pueblo.

Al Quinteto de Mascota

Voy a describir al punto
un magnífico conjunto
consta de cinco elementos
y otros tantos instrumentos.

Canales, Lupe y Don Lolo,
un Ramón y otro Ramón,
formando como uno solo
el gran «Quinteto Matón».

De notas sentimentales,
la Trompeta de Canales,
el violón que toca solo
y solo lo carga Lolo.

En Mascota según supe,
con mil navajas de gallos,
se hizo el saxofón de Lupe.

Ni el Santo Rey Salomón
ni el más diestro Serafín,
podrán tocar el violín
como lo toca Ramón.

* * *

Mi tierra

ENRIQUE TORÍS P.

Entre sierras abruptas y grandiosas
de mi pueblo querido que es Mascota
sentí la inspiración, cosas hermosas,
y grité; ¡Dios te guarde mi Mascota!

En la esbelta torre de su Iglesia
las campanas sonoras van tañendo
vuelan palomas batiendo el ala recia
y la tarde en silencio va muriendo.

En sus grandes y hermosos portales
se retrata el espíritu alegre
de la gente madura y chavales
que allí encuentran magnífico albergue.

* * *

Mascota

RAFAEL GARCÍA G.

Al bajar hacia el Sur la Sierra Madre
forma el hermoso valle que es mi tierra,
es Mascota enclavada acá en la sierra.

Son sus cerros un marco de hermosura
para su cielo limpio y esplendente,

para sus verdes y extensas llanuras
que ofrecen un paisaje sorprendente.

Son las siete y resuenan las campanas
colocadas en el alto campanario,
asisten a la Iglesia a unas ancianas
a rezar muy devotas el Rosario.

¡Oh, Mascota, mi tierra adorada!,
encierras mil encantos primorosos,
con celajes de mágica alborada,
con destellos sublimes y gloriosos.

* * *

RAÚL BRISEÑO *Parsifal* es un reconocido escritor regional, originario de Atenguillo. Ha recibido varios premios por sus poemas y cuentos. De su vasto trabajo, que se destaca por el uso de vocablos cultos, se seleccionaron los dos siguientes poemas, que fueron proporcionadas por el cronista de Mixtlán.

A Mixtlán

Pido a las musas fuerza para darte
un canto que en justicia te describa;
un canto en que por siempre quede viva
la intención imperiosa de alabarte.

Quiero cantar al cielo cuya comba
como un lampo sin fin te cubre todo;
quiero quedar de tu hermosura beodo,
esa ingente hermosura que me asombra.

Disperso en la llanura y hondonadas
paréceme postal de nacimiento.

Un día pasado en ti, se hace un momento
y un momento a tu vera se hace nada.

En tus calles angostas, solitarias,
se extasía la mirada del viandante
y recorre tu flora exuberante...
deseando que esa imagen se haga diaria.

Antiguo por tu edad, pero moderno
en cultura y espíritu; pujante
en cosas de trabajo, que adelante
te saca de un atraso casi eterno.

Admiro la tozuda reciedumbre
de tus hombres que luchan decididos
por lograr esa gloria que han intuido,
deseando ver tu nombre allá, en la cumbre.

Admiro a tus mujeres que esforzadas
al par que los varones, por ti luchan;
que a la Patria, en tu voz, ellas escuchan,
y por ella y por ti, no temen nada.

Ahora que a ti escribo, en mi pupitre
escancio cual licor digno de dioses
que a todo paladar llena de goces...
con sal y con limón ¡tu buen salitre!

Y puedo yo jurarte por mis manos
sin temor a mentir, que un regodeo
en mi boca yo tengo, aún poseo
a causa de tus agrios arrayanes.

Mixtlán: tierra de nubes, yo te auguro
si no dejas tu paso firme, adelante...
que más grande serás, porque constante
tú buscas lo mejor en tu futuro.

Y grande vas a ser; me alegro de ello.
tus gentes lograrán ese milagro.
No serás ya más pueblo débil, magro,
y sí en cambio más fuerte, digno y bello.

* * *

JOSÉ DE JESÚS PRECIADO DE LEÓN escribe para su pueblo y recopila la literatura que se produce allí. Participó como colaborador de la publicación *Así es Mixtlán*. Es autor de la monografía *Donde abundan las nubes*.

Mi pensamiento vuela
Mi pensamiento alza su vuelo
y viaja triste hasta Mixtlán,
me encuentro lejos yo de mi suelo
y la nostalgia me hace llorar.

Cuánto recuerdo los días aquellos
cuando de chico me iba a nadar,
con mis amigos a los arroyuelos
con sus crecientes a todo dar.

Hermosas lluvias todos los años
cayendo a diario un tormentón,
yo imploro a la Virgen de los Rayos
cuando éstos rugen por el Crestón.

Siempre quisiera tomar salitre
con sal o azúcar y su limón,

y en la Unidad poder divertirme
en compañía de mi amor.

Ay, qué bonito se oyen las bandas
y los cohetones por el Rincón,
también me alegran las campanadas
pues vibran fuerte en mi corazón.

Cómo disfruto las serenatas
que los Venados saben tocar
y los sonidos de aquellas danzas
acompañando a San Sebastián.

Ya me despido de mi pueblito
y los invito a disfrutar,
de nuestra fiesta el 20 de enero
pues nuestra gente es a todo dar.

* * *

LUIS PRECIADO GONZÁLEZ, jornalero ya fallecido, se hizo famoso por la gran cantidad de corridos que compuso. Por su valor representativo se reproduce la letra del siguiente:

Mixtlán y su juventud

Para empezar a cantar pido permiso primero.
Señores, voy a cantarles un corrido verdadero.
Cuarenta y siete años cumple Mixtlán de independizado,
gracias debemos darles a nuestros antepasados.
Ellos lucharon bastante, valientes desde un principio,
hasta que lograron que Mixtlán fuera un municipio.
Todos estamos contentos, en este fin de semana,
festejando muy alegres esta noche mexicana.
Que viva la juventud de Mixtlán y este suelo,

y a nuestros antepasados que Dios los tenga en su cielo.
Año de la juventud, años de que todos troven,
Mixtlán también está ahí por ser municipio joven.
Este gobierno se va, ya se va y no se detiene,
que quede escrito este día para el periodo que viene.
Vuela, vuela, palomita, por entre bellos rosales,
Mixtlán ya se hizo municipio por Eliseo R. Morales.

* * *

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ es originario de Manuel M. Diéguez, tiene 38 años, se dedica al comercio y prefiere los temas literarios relacionados con el campo.

Mi pueblo

Ayer...
Hurgando en mi historia
sacudí mi empolvada memoria
y de ahí...
donde guardo el cariño
saqué mis recuerdos de niño
y con ellos a mi pueblo volví
siempre ha estado en mi sueño
ese pueblo pequeño
de rico sabor campirano
donde mi infancia viví
en un ayer muy lejano
muy seguro estoy
que comparado al mundo de hoy
mi pueblo es un pueblo atrasado
incluso, la carretera pasa de lado
como si fuera un pueblo olvidado
todavía se ven pasar
los burros cargados de leña
que la gente se empeña

en los cerros cortar
siguiendo el camino real
se llega a la calle principal
por cierto toda empedrada
y ligeramente inclinada
para subir y bajar
así de una mirada
se puede observar
en este plano inclinado
las casas de lado y lado
las nuevas y viejas
todas con techo de tejas
y recién pintadas de cal
para sembrar maíz y frijol
como si fuera su sino
el buen campesino
madruga antes que el sol
y cuando éste pierde su brillo
y anuncia la tarde el grillo
seca el sudor y descansa
y como un peregrino
en silencio desanda el camino
en pos de una nueva esperanza
las viejas campanas
de la vieja y única iglesia
cuya torre desde lejos se aprecia
tienen el mismo sonido
y desde muy de mañana
insistentes llaman a misa
igual que de niño
ahora me fijo
como acude el pueblo reunido
como gente devota, sumisa
a rezar ante un crucifijo

el domingo al mediodía
en el kiosco está la orquesta
y alrededor la gente bien dispuesta
con toda su atención
para oír la melodía
que brota con singular inspiración
entre platillos
trompeta y trombón
nada en mi pueblo ha cambiado
la mañana
se despierta el canto del gallo
el mismo sendero
te lleva hacia el río
y a pesar de los años
el campo no pierde
su firme tono de verde
ni sus bellas flores de mayo
nada en mi pueblo ha cambiado
pero ayer aprendí
al revivir el pasado
que con su vida
su paz y su calma
nuevamente me nutre el alma
ese pueblo pequeño
de rico sabor campirano
que siempre ha estado en mi sueño
donde mi infancia viví
en un ayer muy lejano.

* * *

JORGE CASTELLANOS CUÉLLAR ha realizado una importante labor de rescate de la memoria histórica de la gente de Ixtlahuacán del Río. En su esbozo histórico de la población presenta el siguiente texto.

Ixtlahuacán del Río

JUAN FRANCISCO GONZÁLEZ AGUAYO

Soy de un pueblito pequeño
del estado de Jalisco
de un rinconcito bonito
que se llama Ixtlahuacán
es bello su panorama
por sus montes y praderas
pintoresca carretera
la barranca y su caudal.

Ya parece que diviso
las torres de mi santuario
ahí está mi Virgencita
y le quiero ir a rezar
aquí nacieron mis padres
y aquí me dieron la vida
es por eso que le canto
y jamás lo he de olvidar.

Qué agradable son sus tardes
llenas de lluvia o de luz
y pasear nuestra chamaca
por el Cerro de la Cruz
y de noche en su ventana
darle alegre serenata
bajo la luna de plata
que ilumina nuestro amor.

Es mi orgullo haber nacido
en este pueblo querido
¡viva Ixtlahuacán del Río!
Lo pregonó con fulgor
tierra de hombres cabales

y de mujeres preciosas
como las fragantes rosas
que nos brindan su color.

Como se puede observar en la muestra de textos presentados antes, más que buscar una imagen poética elaborada, en la mayor parte de los poemas se busca compartir un sentimiento de orgullo colectivo, cuyo elemento primordial es la sacralización del espacio, que convierte a los lugares geográficos en sitios arquetípicos, simbólicos, lo cual se refuerza por la descripción de lugares específicos, como los barrios, el templo, los cerros, el río...

Respecto al estilo, los autores abundan en comparaciones sencillas, sobre todo entre elementos naturales; usan imágenes sencillas que refuerzan su carácter descriptivo. No se busca la rima, pero cuando se da es simple, consonante.

Además de los lugares, se busca destacar los rituales de las comunidades, los cuales están estrechamente relacionados con festividades religiosas, por lo cual es común encontrar alusiones a la Virgen o a algún otro personaje religioso.

Por estas características generales, los textos causan la impresión de ser representaciones simbólicas de la pérdida del paraíso, sobre todo el de la infancia, que ambientaban con el sonido de los campanarios, el de los tiempos de la nostalgia.

QUE LOS SENTIMIENTOS BROTEN...

En una segunda categoría de textos poéticos, se encuentran aquellos que abordan los temas más característicos de la lírica: la muerte, la soledad, la vejez, el amor y el desamor, entre otros. En los textos siguientes se podrá observar los esfuerzos por encontrar la imagen poética, a pesar de, en la mayoría de los casos, su escasa formación literaria; por ello, sus versos reproducen formas lingüísticas de uso colectivo (clichés, frases hechas), que aparecen en las canciones populares.

SEBASTIÁN PRECIADO RODRÍGUEZ es originario de Mixtlán, ejerce como maestro y escribe una sección en el *Diario de Zacatecas*; es autor de cuentos y

poemas. En el ejemplo que a continuación se presentan, se aborda una temática semejante: los personajes de la familia, los viejos, los que ya se fueron. Cabe destacar el manejo de las imágenes y la precisión de las descripciones.

La abuela

Soñaba con los ojos abiertos.
Su vista se fijaba en el monte.
Reclamaba en silencio...
La serpiente que le arrebató al abuelo.
Las horas desfilaban por el kiosco.
Su silla sostenía la pared.

Sus dedos desgranaban
una sarta de cuentas.
Un rebozo ocultaba sus manos.
El amplio corredor
no era bastante para guardar recuerdos.
¡Tantos años vividos!

— Buenos días.
— Buenas tardes, señora.
Resumen de una larga jornada.
Por la noche
los amigos de siempre.
Siempre los mismos temas.
Lo mismo todo el tiempo.
¿Me contó sus memorias?
¿Me quiso?
La distancia entre lo nuevo y lo viejo
no me dejó comprenderla.

Caminaba despacio... se marchaba lento...
No la volví a ver.

Cuentan que se fue muy lejos.
Sé que está en el baúl.

* * *

HÉCTOR ENRIQUE ZAVALA, originario de Tala, estudió parte de la licenciatura en Trabajo Social; es un apasionado de la literatura y empezó a escribir desde temprana edad. El amor a la vida ha sido su principal motivación para escribir y cuenta con más de cinco mil poemas.

Media luna de luna llena
media luna de dorso terso
media luna de arqueadas cejas
media luna de cabellera
que de tu frente brota
media luna de brazos
que al poeta cautivo tienes.
Media luna de tranchete de desamor
...hiriente.
Media luna, media luz en mi agonía.
Media luna de luna llena.
Dibujo en blanco y negro.
Y nunca te lo diré,
no lo entenderías.

* * *

JUAN LÓPEZ nació en Navajas, Jalisco. Se dedica al comercio y en sus ratos libres comparte sus pensamientos por medio de la poesía. En este ejemplo destaca el manejo de la frase breve, rotunda; también es notoria la alusión que hace respecto a la migración de los hijos, fenómeno social de gran impacto en Jalisco.

Se van
Se van
los hijos
los años
los tiempos
se van
como agua
como espuma
se van
como si llevaran prisa
mucho prisa
se van
los vivos
los muertos
hasta los muertos
se van
A veces
hasta da miedo
ver cómo se van
los hijos al Norte
las hijas con el esposo
la esposa a la tumba
y nosotros detrás
Sí se van
la vida
nuestras vidas
se van.

* * *

AMELIA CRUZ es originaria de San Isidro Mazatepec. Sólo quería escribir y expresar su soledad, sentimiento que indudablemente logra compartir.

Sin título

Un día huyeron de ti
las pijamas dormidas de la niñez
las hadas azules de tus sueños.

Esos juegos que acostumbrabas
con los chiquillos del pueblo
y cerca de casa
se fueron agotando en los cabellos
bien acomodados
en el perfume último.

En tus zapatos
el nuevo pantalón, jeans y camisa
se fueron de ti
de tu rostro.

*

Sin título

Y yo
Yo vengo
a contemplar tu sed
de no sé donde

* * *

SUSANA JUÁREZ DE LEÓN nació en San Isidro Mazatepec; es maestra de danza folclórica. En el siguiente texto se puede observar una queja sobre la situación subordinada de las mujeres.

Días

El día se baña como todos sus poemas al río bajan
nutriéndose de la sangre que trazan en el camino de la lengua

la circulación está en las venas de los pasos viejos de las calles
te esperan en la trotonería, en el mercado, en la escuela por los niños
ya vas tarde.

Te das un baño, remanso para la sola madre llena de hijos
ahí te espera el descanso húmedo de los poemas
el perfume del jabón aromatiza los versos adentro
lluvia caliente o fría en la espalda desnuda
shampoo de imágenes
restregando su ritmo de burbujas escupiendo la sin voz
ya vas tarde.

Hacer la comida día tras día
complacer a todos
¿Y tú?
Se cuelgan de tu camisón
los niños para comer
y el esposo para comer también pero tu vida
se cuelga de tu camisón como de tu dedo
hay que despertarse, él desayuna, ellos desayunan
¿Y tú?
ya vas tarde
siempre tarde
siempre al último
día tras día.

* * *

MARCO ANTONIO RETOLAZA nació en Guadalajara, Jalisco, es ingeniero en electrónica y actualmente es gerente de la Plaza de la Región de Ciudad Guzmán, donde radica.

Encrucijadas

Busco una frase detrás de todo mi ser,

una frase para vivir para captar la paz,
tal vez busque un atardecer en Europa,
o la humedad de una lluvia en mi ventana.

Busco una idea que capte mi ser,
que lo acoja y contemple y comprenda,
busco una sonrisa sincera de la verdad,
tal vez este día cante la desconocida de mi alma.

Busco las noches en un país de sol,
y la luz de la primera estrella de la tarde,
en el inmerso cielo estelar,
voy por doquier que mi razón estreche.

Busco compañía como si no me gustara la soledad,
¿pero me aterra mi compañía o mi verdad?
Busco tus besos llenos de humedad de mujer,
y busco tus brazos al escuchar tu corazón.

* * *

CANUTO GALLARDO CERVANTES nació en Ciudad Guzmán y es pasante de la carrera de Derecho. Escribe bajo el pseudónimo de *Miguel*.

Volverá

Volverá a sonreír mi boca
cuando vea a Fabiola junto a mí,
cuando la invite a caminar un poco
y a tomar un refresco y bailar.

Volverá a llenarse de esperanza
y de superación mi corazón
cuando lea la Biblia y otros libros
y me dedique diariamente a la oración.

Volveré a recuperar lo perdido,
a hacer renacer mis sueños de amor,
a caminar por las calles de mi ciudad
sin que tu recuerdo me cause dolor.

Volverá todo a ser como antes
y creo que tal vez mejor
porque tú ya estás fuera de mi vida,
porque yo fuera de tu vida estoy.

* * *

RODOLFO CASTELLANOS MARTÍNEZ publica en Guadalajara, en 1998, su libro *Grietas pasionales* con el subtítulo de «Sonetos azarosos», de ese texto son los siguientes poemas.

xiii

Creo en ti, Señor, por tu palabra plena
de sublime ternura, de humildad,
por tu muerte en la cruz y la serena
paz de tu rostro, signo de piedad.

Creo en ti, Señor, porque en la santa cena
te nos diste en un cáliz de bondad,
por hacernos tus hijos, por la pena
que te impusimos locos de maldad.

Creo en ti, Señor, porque tu amor es vida
en que concentro mi oración rendida
con ansiedad de que mi pecho abras

para implorarte silenciosamente
ser el maravilloso recipiente
del mensaje eternal de tus palabras.

*

*xl**A la muerte de Otón**Mi cuñado, mi amigo, mi padre, mi hermano.**Octubre 3, 1987*

Se fue tras la luz de evangélicas huellas
 y el canto armonioso de mil querubines
 a donde lo espera con gratos festines
 el Creador de mundos, de cielos y estrellas.

Se fue quieto, humilde, sin vanas y querellas,
 con la paz silente de augustos jardines;
 plantas, flores, aves le fueron afines
 porque amó las cosas sencillas y bellas.

Se fue, pero queda viva en la memoria
 de quienes lo amamos, su ejemplar historia,
 manantial fragante de amor y consuelo;

y en tanto cruzamos la breve existencia
 sentimos gozosos la febril vehemencia
 del feliz encuentro con él en el cielo.

* * *

CARLOS GUERRERO Y HERRERA nació en Tototlán en 1940. Fue a vivir a Autlán desde 1959, fecha desde la cual prodiga amor a esa tierra. Su formación es completamente autodidacta. Escribe poesía épica y lírica. Ganó el Primer Lugar en poesía en 1998, en un concurso convocado por el Centro Universitario de la Costa Sur de la Universidad de Guadalajara.

El hombre viejo

Caminaba un hombre viejo
absorto, seducido y fijo,
con paso persistente, doliente y cojo
en pos de mortaja y tumba
que seductoras le ofrecían
frescura, descanso, alivio.
Su andar constante, apremiante y ávido;
cuando una voz cantarina
cual arroyo de montaña
lo sacó de su trance hipnótico
y lo hizo volver la cabeza, y poniendo su mirada en el niño
escuchó con atención su voz;
¡Abuelito, abuelito! Espérame, pláticame,
háblame de la fiesta de la tía,
del sonido que hacía la seda de sus vestidos,
de los señores tan importantes cuando tú eras
chico
de tu maestra y las lagartijas en su escritorio.
El viejo dudó un instante
—mi nieto me llama—
pero la tumba y mortaja esperan y me ofrecen
frescura, descanso, alivio.
Me ofrece frescura...
Y mi alma arde de incomprensión, ingratitud y olvido.
Me ofrece descanso...
Y mi cuerpo está cansado y mi carne tiembla
por el paso de los años,
y me ofrece alivio... y mi hueso duele
de tanto cargar angustias.
Pero mi nieto me llama
pero la tumba espera,
¡pues que espere!
pero el alma arde

de incomprensión, ingratitud y olvido
¡pues que arda!
pero la carne tiembla
¡pues que tiemble!
pero me ofrece alivio
y mi hueso duele
pues que arda, que tiemble y que duela
¡mi nieto me necesita!

* * *

MARÍA IRMA HUERTA REYES nació en Autlán en noviembre de 1973; es enfermera general. Actualmente estudia en la Escuela Preparatoria Regional de Autlán. Obtuvo el primer lugar en el concurso de poesía de la Semana Cultural EPRA 1998. Escribe poemas y cuentos. Es miembro del Grupo Cultural Litteræ y de su taller literario.

Aventuras

Para alejarme del amor
secretamente
me escondí
en el romance
de una aventura ocasional
donde forjé
estructuras,
armaduras
tejidas con viento;
me escondí
detrás de tus ojos,
ahí en tu mirada
en el reflejo
incierto
de un espejo,
sin dejar huellas

me deslicé
en tu corazón
ahí crucé por áreas
restringidas
para navegar
en tus recuerdos
en tus mensajes
borrados
para robar secretos
iniciar
y terminar
entre amores,
romances y
aventuras ocasionales.

* * *

FAUSTO NAVA GONZÁLEZ nació en La Huerta, Jalisco, en diciembre de 1941. Radica en Autlán desde 1962. Ha tenido estudios en la Escuela Superior de Música Sacra de Guadalajara, en la Normal Nueva Galicia, A.C., donde estudió la licenciatura en Ciencias Sociales, y en la Universidad La Salle, donde obtuvo su grado de Maestro en Educación. Actualmente labora en el Instituto Autlense y en la Fundación Optaciano, realiza investigación educativa y es miembro de la Benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Después de la lluvia

Cómo se recrea el espíritu
cuando en el pecho gime
el soplo del viento.

Cómo la brisa entibia
y serena meliflua con grácil acento,
el alma aterida.

Cómo en los cielos trasciende
la luz palpitante y extraña
de un rayo sorrente.

Cómo despierta la lluvia
las ansias fecundas
de amar con locura.

Cómo quedan los cuerpos
cubiertos de blanca espesura:
simiente fecunda y tenaz como un llanto.

Cómo las plantas reviven...
y gozan... y cantan... y sueñan
al tenue brisar que redime.

Cómo cobra de nuevo belleza, fulgor, alegría y decoro
la cándida y fiel naturaleza.

Cómo a los pechos que tristes
añoran pasadas edades,
restaña con risas las marcas de sus cicatrices.

Cómo riman en las frondas
los palpitanes campos señeros
de risueñas aves canoras.

Cómo la vista se recrea...
cómo el oído se despierta...
cómo el olfato se pasea...
cómo las ansias se desbordan...
cómo se desplazan...
cómo los sueños se transforman...

¡Oh lluvia tenaz y fecunda!
 ¡Oh cielos que desfloran lozanías!
 ¡Oh cielos arcanos que de dicha nos circundan!
 Seguid por siempre vuestro destino;
 arrancado del Dueño los tesoros
 para que siga el hombre su camino.

* * *

ERNESTO MEDINA LIMA nació en Autlán. Se le conoce como pionero de múltiples aportaciones y progresos en su ciudad natal, en los terrenos de la educación, el deporte, la comunicación, la cultura y el gobierno, entre otros. Es fundador de empresas e instituciones de gran trascendencia para la vida y desarrollo de la comunidad. Ha recibido gran cantidad de reconocimientos de diversas instituciones públicas y privadas a lo largo de su vida. Es cronista de la ciudad desde 1989 y encargado del Archivo Municipal.

Cuando yo muera

Cuando yo muera,
 si muero en mi juventud
 que me sepulten en la mañana.
 Cuando la aurora nace,
 las estrellas se alejen,
 las brisas jueguen,
 las rosas se abran,
 los pajarillos desplieguen sus alas,
 el labrador eche la semilla en el surco
 y las fuentes murmullen,
 y los árboles canten.

Que mi tumba sea de color azul,
 con el azul de las ilusiones
 y de las esperanzas.

Y la corona, una cruz de hierro,
fuerte como lo es mi fe en Dios.

Si muero viejo,
que me lleven al cementerio,
cuando atardece, cuando muera el sol,
las rosas dejan caer sus pétalos cansados y marchitos,
las águilas vuelven a sus nidos,
los vientos se pueblan de murmullos,
y los cielos se llenan de oscuridad y de estrellas,
los amores elevan a los vientos
sus suspiros,
los besos sus rumores,
las ondas sus lamentos,
y las almas sus oraciones a Dios.

* * *

LUCÍA ESTHER RIZO MARTÍNEZ nació en Autlán. Ex alumna de la Escuela Preparatoria Regional. Obtuvo tercer lugar en cuento, en concurso organizado por el Ayuntamiento de Autlán. Escribe cuentos y poemas. Es miembro del Grupo Cultural Litteræ y de su taller literario.

Silencio

El silencio no sólo se escucha,
el silencio también se mira.
A través del ambiente que rodea
inmensa variedad de situaciones
en que se decide el ser abandonarse
y esquivar incontables emociones,
evita tal vez decepcionarse
de un no sé qué que la verdad supone;
el silencio puede ser un gran amigo
del que busca la verdad internamente,

escuchando aquella voz que trae consigo,
la paz intensa que jamás se pierde.
Se admira entonces hasta el milagro de respirar,
Luego la vista contempla el silencio;
parece que el viento calla, que el cielo suspira
y las estrellas mantienen un ordenado palpitar.
Se huele un ambiente agradable,
saboreando el instante indescifrable
cuando el alma toca el fugitivo momento
complacido maravillosamente en conjugar
los sentidos de ese Alguien consciente.
La mente cede. Innovadora conclusión
de pocos conocida:
el silencio no sólo se escucha,
el silencio se siente.

* * *

ERIKA LIZBETH VIDRIO T. nació en Autlán. Estudia en la Escuela Preparatoria Regional de Autlán. Es integrante del grupo de teatro «Teodomai» de la Casa de la Cultura. Cursa la carrera de Actuación en el Centro de Especialización Artística de Occidente, en Guadalajara. Además toma clases particulares de canto y composición. Es miembro del Grupo Cultural Litteræ y de su taller literario.

De celos

Tengo celos del aire,
porque acaricia con su tibia mano
tu nariz afilada;
de la noche,
porque curiosa ve desnudo
tu cuerpo en descanso.

De mi sombra,
que de no amarte te ha amado tanto;
de la luz mediodía,
que se filtra entre tus labios.

De la luna,
por controlar tu vida como un reloj.

Tengo celos de tus cuatro paredes
porque son testigos
de tus desvaríos y encantos;
celos de todo aquello
que pretenda robarme tu amor.

Celos del sueño abrumado
porque de vagos pensamientos
tu cabeza cubrirá;
de la melancolía,
porque se aprovecha de tu dolor
para acariciar.
Tengo celos de todo
lo que pretenda robar tu amor.
Te amo tanto,
y tanto te ama mi corazón,
que de tanto amarte celos le tengo ya.

* * *

En Guadalajara existen variados tipos de talleres y grupos literarios, sin embargo, dentro de lo que podría categorizarse como popular, se encuentra la labor que ha venido desarrollando el Dr. José de Jesús Valencia, quien desde hace varios años ha estado recopilando los trabajos literarios que producen ciudadanos de la tercera edad, en la serie titulada *Vivir sin envejecer*. Los estilos de los autores son variados, pero sus preocupaciones son las mismas:

la vejez, la soledad, el amor. Del cuarto ejemplar de esta serie, se seleccionaron los siguientes autores y poemas:

Nuestras soledades

NACHITA PRADO

Tú tienes tu soledad
y yo tengo la mía:
ella te escogió a ti
y yo escogí la mía.

Cuando tu soledad te deje,
yo dejaré la mía,
y volverán radiantes
y llenas de alegría
las tardes, las mañanas,
y se volverá recuerdo
aquella lejanía,
porque estaremos juntos,
pues eres la vida mía.

* * *

El valor de la Amistad

ANDRÉS ZÚÑIGA NIETO

¡Que bella y agradable es tu
presencia!, y gracias a ti he
pasado muchos momentos felices en la vida,
los cuales jamás se borrarán
de mi memoria.

Además de hermosa y leal eres
sincera corrigiendo con tacto mis
errores, contigo, comparto lapsos

cortos de alegría y jamás he recibido
un reproche de tu parte.

Por eso eres para mí, ¡oh amistad!,
una de las virtudes más grandes
que existen en la tierra, aunque
el hombre pocas veces te sepa
valorar.

En ocasiones te utiliza como
arma traicionera para propósitos
burleros y mezquinos, sin importarle
los prejuicios que a otro entienda.

*

Soneto

TITA GARCÍA SANCHO

...y entonces vi la luz,
la luz que entraba
por todas las ventanas de mi vida;
vi que el dolor precipitó mi huida
y entendí que la muerte ya no estaba,
morir, sólo es morir
morir se acaba
morir es una hoguera fugitiva,
es cruzar una puerta a la deriva;
acabar de llorar y hacer pregunta,
descansar de vivir en la ternura,
la paz, la luz, la vida juntas,
ver al Amor sin enigmas ni espejos
y atrás dejando los dolores lejos,
«La noche luz», tras tanta noche oscura.

* * *

Cómo

ANA MARÍA MERCADO DORADO

¿Cuándo me moriré yo?

¿cómo te morirás tu?

Hermana muerte que por mí suspiras,

aguarda un poco,

y cuando yo esté quieta,

no te burles de mí,

si no respeta mi sueño eterno,

que yo ya esperaba.

* * *

Pensamiento a mi esposo

LOURDES MONTAÑO GONZÁLEZ

Todo el amor que fui capaz de sentir,

te lo entregué.

Yo no vivía más que para ti;

espiaba tus movimientos;

vivía pendiente de ti,

quería que me vieras como la más bonita,

ser la más agraciada...

No escatimé esfuerzos para darte lo mejor que había en mi vida.

No sé qué pasó, pero poco me hiciste sentir

que de todo esto, tú no te enterabas, nunca lo viste,

pero aún así aquí estoy a tu lado, y queriéndote

como siempre,

y sin esperanza de que te enteres de lo importante

que eres para mí, y así estaré para siempre y hasta

el último día de mi vida.

*

Sueño

MIGUEL MOTA MONTALVO

Qué bonito sería
escuchar de tus labios
que soy tu vida
la mayor ilusión.

Qué bonito sería
estrecharte en mis brazos,
besarte en los labios
y entregarte mi amor.

Qué bonito sería
que este sueño que tuve
y la ilusión que yo siento
se volviera verdad.

* * *

Mi nuevo atardecer

MARÍA DE JESÚS PARADA TORRES

Un nuevo atardecer
llegó a mi vida sin saber
que mi amado vino a darme su querer.

Érase un nueve de enero, nublado...
pero al llegar tú, salió el sol.
Llenaste mi alma del amor anhelado,
por lo que tanto he suspirado, crisol,
que siempre brillará a lo lejos
de mi nuevo y hermoso amanecer
que estará esperando con ansias tu querer.

Para mí, tu amor es como una canción
que llena y satisface a mi pobre corazón.

* * *

Poemas para Zeta: Sed

MOISÉS ACOSTA ESQUIVEL

Hoy me bebí toda el agua del mundo
y tuve sed de ti todavía.

Tu ausencia es sequía en todo mi ser,
sé que vienes, pero no llegas;
no sé si ya estoy muerto de ti.

Hoy supe que el amor no mata;
pero me hace vivir sufriendo,
siempre con sed
de tu amor manantial.

* * *

Lo siguientes cuatro poemas son obras de habitantes de Tonila. El primero es de María Guadalupe. El tema principal de sus versos es la familia, por lo cual los dedica a sus familiares: es su forma de demostrarles su cariño.

A mi abuelita

Cómo quisiera ser como ella
siempre fuerte
y muy bella
como nieve es su blanca cabellera
que demuestra su edad
y lo valiente que siempre era...

* * *

CLAUDIA GUTIÉRREZ es enfermera y nos comparte sus recuerdos.

Recuerdos

Eran húmedas y solas
las sombras de nuestro cuerpo
fantasmas las agitaban entre vientos
ardientes
ahora somos un recuerdo
precipitado y leve.

* * *

JUAN VEGA es un maestro de primaria que le escribe a la ausencia.

La casa dice tu silencio
tu voz es la ventana del deseo
la luz de tus palabras se derrama
en los labios mudos de la noche
y es el canto de tu sangre
y es el diálogo de tus manos
lo que se escucha
en el corazón de las paredes
a la velocidad de tu ausencia.

* * *

ALBERTO VEGA AGUAYO estudió la licenciatura en comunicación.

Sombras

De tus brazos, tus miradas, nacen demasiadas cosas
soy dichoso al beber de tus pensamientos
al vivir añorando la noche
en la que penetras, mujer radiante.
No sé de dónde vienes

de dónde la resonancia de tus pisadas
de qué cielo creaste tus ojos
en qué vientos moldeaste tu cuerpo
escucho tu voz como susurros de sombras
mientras tu alma dialoga con la mía
somos luz final
pisando las arenas del tiempo.

SARA HURTADO GÓMEZ vive en Unión de Tula desde hace más de ocho años.
Es maestra de primaria y escribe cuentos y fábulas.

Tarde [fragmento]

La luna en una ventana
me recuerda que sólo soy un sueño
de mí misma
recuerdo que somos los sueños de las nubes
husmean sin rumbo
a través del tiempo
que va y viene
y yo
defendiendo mis palabras
meditación de recuerdos
divinas mujeres
son mi sombra
ausente abandonada
detallada enterrada
en este cuarto
en esta cama
enraizada como flor seca.

* * *

Varios de los siguientes autores fueron localizados en el Hospital Naturista de El Grullo. Escribir es una necesidad espiritual que les permite mitigar sus

dolores a través de la palabra. JOAQUÍN LLANO TÉLLEZ es originario de Tecolotlán y es empresario en El Grullo.

Revelaciones

El mundo alumbra
revelación de Dios
brilla el vacío
con su luz eterna
soy la madre de todo lo que vive.
Eva
paloma blanca
mis pezones son leche de amor,
leche roja
soy Venus
soy fuerza
mis manos destellan
desangran
aire
caída y vuelo
soy lengua de fuego
pero lloro por mis fogatas
hechas cenizas
sufro
desnudez y ojos
soy reino en el reino de los muertos
soy rosa
rocío de sangre
calor
agua helada
baile
danza
oro suelto
desierto y camello
saliva y constelación

soy solo voz baja
casi silencio.

ROSARIO SÁNCHEZ CLEMENTE nació en Guadalajara; se dedica al hogar.

Noche

Solo un pensamiento
lo deseo
no puedo tocarlo
pero me hace sentir mujer
soy un contraste con su luz
mi oscuridad con su cielo
soy un reflejo en el agua, lejana,
floto
mis ojos lo miran, como luna
como sol
que por las noches se asoma.

* * *

DELIA BUENDÍA es originaria de Guadalajara, pero reside en Tecolotlán desde hace más de diez años; es maestra de primaria, admiradora de Octavio Paz. Dedicó sus poemas a un hijo ya fallecido.

Cuadro [Fragmento]

Pintaste tu cuadro y dormiste
como siempre
pero ahora el cuadro es eterno
como tú
como siempre quisiste
eternidad
no fuiste sólo un hombre
un pintor
eres eternidad

eres ahora arte
 tus venas fueron pinceles
 tu sangre el rojo
 y yo
 simplemente tu madre.

* * *

JOSEFINA BANDERA MARTÍNEZ nació en El Limón; es ama de casa y dueña de una papelería. Gusta de la lectura, especialmente la de Sor Juana Inés de la Cruz y Gabriela Mistral.

A tu ausencia que me trajo hasta aquí
 ...sangra el mar de esta cama
 las sábanas te extrañan
 mis entrañas me cubren el frío
 que me da tu cuerpo inmóvil
 el sonido de tu sueño
 ahuyenta mi paz...
 El trapeador reconoce mis manos
 tu ropa sabe cada sitio de mí
 que tú ya no recuerdas
 el domingo asoma las narices
 ahora mis labios ya sin color.

* * *

GREGORIA CERDA MONTERO nació en Guadalajara, pero se considera originaria de El Grullo. Ama de casa, costurera y cocinera.

Esperando
 Esperaré con este cansancio infinito
 con la mirada desnuda por verte
 gastando mis flores de juventud

esperándote
 sé que vendrás por mí
 al terminar tu trabajo, quizás,
 con tu olor a macho
 me llevarás a cuesta porque estoy enferma
 llegaremos a la orilla de ese río que tanto me gusta
 y me quitarás todos mis males de encima
 me cambiarás las penumbras por tu luz.

* * *

JOSEFINA MARÍA GUADALUPE HERNÁNDEZ es originaria de Manuel M. Diéguez, se dedica al hogar. Sus temas poéticos giran alrededor del amor.

Amor perdido

Cuando se pierde un amor
 es posible que alguien
 lo haya encontrado.

Cuando se pierde un amor
 ¿vale la pena
 volver a buscarlo?

* * *

Por otra parte, en San Juan de los Lagos se localizó a JUAN JOSÉ PADILLA PÉREZ, *Bucho*, quien colabora en diferentes publicaciones locales:

Juntos

Siempre he dejado que mi muerte
 camine al parejo de mi vida
 porque no es bueno que vaya adelante
 o vaya atrás.
 Cuando se nos da el soplo de la vida

también se nos da el soplo de la muerte
Por eso siempre he dejado que mi vida
camine al parejo de mi muerte
porque no es bueno que vaya atrás
o delante.

Siempre deben caminar juntas
la vida y la muerte
Aquellos que dejan que la vida
se separe de su muerte
están fragmentados y no saben
quiénes son.

Aquellos que dejan que la muerte
se separe de su vida
están perdidos y no saben
dónde están.

Siempre he dejado que mi vida
camine al parejo de mi muerte
Y mi vida siempre ha estado abierta
para recibir la muerte.

No hay prisa, ella sabe muy bien
cuando entrará en mí
y habremos de ser uno, para dejar
de ser dos
y al final será la vida en muerte
y la muerte en vida.

EN BUSCA DE LO DIVINO...

Dentro de la poesía popular cabe destacar la enorme importancia que tienen los temas religiosos; en cada comunidad de Jalisco existe, además de las diferentes advocaciones de la Virgen, la devoción por algún santo patrono; por ello, abundan los poemas que, a manera de alabanzas, buscan compartir con los lectores los sentimientos piadosos que las imágenes inspiran.

JOSÉ DE JESÚS PRECIADO DE LEÓN proporcionó una colección de textos religiosos, denominada «Alabanzas de Mixtlán»: el primero destinado a san Sebastián mártir y el segundo a la virgen María.

Mañanitas a san Sebastián

Eres el patrón del pueblo
el que el Señor nos mandó,
san Sebastián es tu nombre
ahora que ya amaneció.

Eres el patrón del pueblo
cantando lo digo yo,
eres nuestro amparo y guía
luego que ya amaneció.

Eres guía del caminante
que con entusiasmo viene,
a agradecer los favores
que por tu intercesión obtiene.

Qué día veinte tan hermoso
en este lugar se vio,
todos contentos gozosos
luego que ya amaneció.

Tus hijos que están ausentes
con gran amor han venido,
a darte infinitas gracias
por milagros concedidos.

Ya se despiden tus hijos
amadísimo patrón,
cantando tus alabanzas
ahora que ya amaneció.

*

Marchas celestiales

Vamos angélicas tropas
vamos, vamos a marchar,
a seguir a nuestro rey
y al patrón san Sebastián.

Él es nuestro general
que a las tinieblas da luz,
el que cargó por nosotros
el madero de la cruz.

Vamos pues a las milicias
oficiales de Jesús,
vamos a cargar con él
el madero de la cruz.

Nuestra patria no es aquí
de aquí estamos desterrados,
nuestra morada es la gloria
si de Dios somos soldados.

Ven ejército amoroso
vamos a paso veloz,
vamos a engrosar las filas
de las banderas de Dios.

Esta es la mejor batalla
cual mejor nunca se ha visto,
someterse a las hileras
del ejército de Cristo.

Esta es la guerra famosa
cual mejor no puede darse,
pelear contra el enemigo
que es demonio, mundo y carne.

Vamos hacer ejercicio
vamos humildes soldados,
para que en el día del juicio
estemos bien preparados.

Vamos pues a las batallas
militares del Señor,
vamos siguiendo sus pasos
que nos llama con su amor.

Cual soldados valerosos
de la Iglesia militar,
vamos a cantar victoria
a nuestra Iglesia triunfal.

Entonando muy gustosos
todos en gracia de Dios,
llenos de alegría y de gozos
en su celestial mansión.

* * *

En Villa Purificación, ANTONIO PELAYO publica una sección en el diario local, denominada «Minutos poéticos», de la cual se eligió el siguientes ejemplo:

El Mago [fragmento]

Preséntase el Mago con traje lucero,
con vara de estrellas que emiten brillantes,
con toque fugaz, convierte en estero,

la agreste colina en oasis vergeles.
 Mágica fuente brota de la cima;
 riega las rosas que esparcen su aroma.
 Hiedras que trepan, collares de perlas
 lirios y nardos, fragancia que abrume.
 Magia divina que crea de la nada;
 jacarandas bordadas con flecos de oro.
 Alfombras de flores, cortinas de brisas,
 néctar que nutre a la abeja fecunda...

A los pájaros vistas como a reyes,
 que en los pámpanos sobrevuelan,
 buscando calor de nido y
 blandura de plumajes.
 No siembran, no tejen, sople te buscan
 a ti,
 Creador del universo.

EL ESTAMBRE DE LAS CELEBRACIONES: TRADICIONES Y POESÍA

Como en todos los pueblos de México, los de Jalisco llevan a cabo diversas festividades durante todo el año, como las dedicadas a los santos patronos, la del Día de Muertos, las de Cuaresma y Navidad. Con motivo de esas celebraciones se componen textos poéticos alusivos a la fiesta. El 1 de noviembre de 1959, se publicó en el periódico *El Informador* las siguientes «calaveras», escrita por P. Lussa:

Luego vuelven todos del panteón,
 se cambian de «trapos»,
 poniéndose los alegres,
 y el muertito, o la muertita,
 vuelven a quedar en el olvido que,
 para ser la verdadera paz,
 debe acompañar a la muerte.

El pueblo de abajo,
el que trabaja duro,
es el que hace la mejor
celebración de este día.
Y es que el pueblo de abajo
es más artista, desde luego.
Se van los grupos familiares a «llorarle al hueso»,
muy a gusto con su bastimento de tacos,
y, naturalmente, sus botellitas de margatate.
Y luego ahí, entre sepultureras y
calaveras que andan rodando,
porque sacaron unos huesos para enterrar otro difunto,
comienza la sabrosa celebración.

Un rosario de difuntos primero,
con mucha seriedad y circunspección,
luego, a continuación pásense la botella.
Y una hora después ya se hicieron amigos todos los que están por ahí;
—Usted no s'iapure, señora.
Al fin y al cabo qu'el dijuntito ya se murió,
y uste nomás dice una palabra y
ya sabe qu'este negro es suyo. ¿S'echa l'otra?

Mire comadrita:
usté está sufriendo nomás porque quiere,
si mi compadre «se pelo» d'i una cruda,
y mi vieja de la soltura que le pego por andar
atacándose al chocolate,
usté nomás ordene y nos acobijamos los dos muy al pelo.
Al cabo nos damos d'ialazo,
y pa que l'andamos buscando p'otro lado.
Qué dice, ¿le sonamos?

* * *

ROGELIO AMARAL, originario de Unión de Tula, Jalisco, es uno de los miembros más conocido del «Clan Amaral». Cada año publica sus «calaveras», entre las que destacan las siguientes.

Marcia Chabert

rip

Se murió Marcia Chabert
la tan famosa «Medusa»
y con ella hicieron chuza
y no es cosa de saber

ni siquiera averiguar
el porqué La Parca ingrata
fue y la arrastró de una pata
y aquí la vino a tirar...

*

Tania Chabert

rip

Tiesa quedó «Mermelina»
siempre tan fina persona,
hermana de la Gorgona
se petateó en esta esquina

y hoy yace en este cajón.
Dejó escrito la Chabert:
«¡Entiérrenme en internet
no me lleven al panteón!»

*

*Felipe Bartel**rip*

Murió Felipe Bartel
y las lenguas indiscretas
cuentan que sus bicicletas
lloran y gimen por él.

Ningún amigo como ése
gran caballero, sin tacha
murió haciendo la talacha
reparando el B.B.S.

*

*Marqués de Maravatío**rip*

CALAVERA AL MARQUÉS POR CARLOS A. CABERT

Desapareció el Marqués
se fue sin dejar rastro
lo voltearon al revés
como quien corta el pasto.

De política sabía
también de computadoras
mas cuando la boca abría
lo increpaban los maloras.

Gran redentor de las masas
por la libertad luchó
ahora con unas tenazas
la parca lo pellizó.

Toquen las gaitas
toquen los pitos

el Marqués alzó las patas
y hoy cuida los angelitos.

*«Marqués de Maravatío»
(monólogo de ultratumba)*

Pues sí, se murió el Marqués
tal como Dino lo dijo
pero al morir el canijo
no murió como lo ves.

Se murió el pobre pen...o
porque el destino lo quiso,
murió en las manos de Enciso
del joven, que no del viejo...

En fin, desapareció
no aparecerá en las listas,
lo tundieron los panistas
porque nunca se alineó...

Los priistas alegaban
que alguna vez en sus filas
cargó el gran Marqués sus pilas
si es que laguna vez cargaban.

Pero el Marqués no hacía caso
dijo: «Del PRI me salí
cuando bien me convencí
que mataron a Madrazo...»

En la tumba me quedé
—dijo el Marqués artufado—

y para siempre acusado
de ayudar al PRD...

«Mas poco ha de servirme
—dijo el cadáver macabro—
si las quijadas ya no abro
ya es hora de despedirme...

«...y entre los muertos gozar
la paz de mi sepultura
porque la idílica altura
se llega sólo al bajar.

«...convertido en triste fiambre
hasta el fondo de la fosa,
porque el Cielo se goza,
allí nunca hay frío ni hay hambre.

«...Adiós te dice un Mentor
en el umbral de la muerte,
quiera Dios que a ti la suerte
te trate mucho mejor...

«...Adiós, les quiero decir
sean amigos o rivales;
donde voy, ya no habrá males
que me puedan afligir...

«...Quiero que al pie de mi fosa
deba una piedra lucir
un letrero que al partir
exprese de mí esta cosa:

sin adornos ni aderezos
yacen helados los huesos
del afamado Marqués.

«...Marqués de Maravatío
era su nombre de pluma
su fama como la espuma
se la llevó pronto el río.

«...Nació allá en la Unión de Tula
en el Jalisco bravío
vino a nacer este tío
por el rumbo de Cocula.

«...dentro de esta tumba, inerte
un corazón ya descansa
y si la esperanza alcanza
para creer que la muerte

«...no representa el final,
las piedras de este panteón
verán la resurrección
de don Rogelio Amaral.

* * *

RAMÓN MATA, estudioso de la cultura popular, cronista, investigador y escritor, entre otras actividades, también participa en la creación de «calaveras», como las siguientes:

Al Centro Histórico

La parca que es toda burla
y no resiste reclamo,

arribó a Guadalajara
con aires de soberano.

El gran centro visitó,
histórico ponderado,
y dijo con mucha sorna
habiéndolo ya pensado.

¡Me gusta este cementerio,
residencial y callado
para guardar yo mis momias
de rango certificado!

* * *

En el mes de noviembre de 1993, se llevó a cabo un concurso de calaveras, en el municipio de Tonalá; se impulsó, sobre todo, la participación de ciudadanos de la tercera edad. De los resultados de ese concurso se seleccionaron los siguientes ejemplos:

Calavera del DIF Tonalá

MA. SOCORRO CORTÉS
Al personal del DIF Tonalá
y también al de la presidencia
la muerte ya se acerca
ya se siente su presencia.

A la trabajadora social
la muerte se le acercó
y maliciosa le sonreía.

Al director lo correteó
toda debilucha y tensa

pues quería que a ella también
le vendieran una despensa.

A los de la tercera edad
¡ah susto les metió!
viendo la calaca caminar
del director se abrazaron
y con sus bordones
garrotazos le sobraron.

Al final la tragedia terminó
ya se va para otra orilla
sonando sus huesitos
y sacudiendo la polilla.

Se sonreía satisfecha
con una mirada atroz
¡al presidente me llevo
y tal vez a otros dos!

* * *

Réquiem a los abogados

J. JESÚS APARICIO PÉREZ

Murieron Kike y Felipe
ya descansan en su cajón
uno murió de gripe
el otro de sarampión.

Eran buenos abogados
para ellos no había rival
ahora están sepultados
en el panteón municipal.

Felipe era muy inquieto
le gustaba el vacilón
hoy es un pobre esqueleto
que baila rumba y danzón.

Murió Felipe el licenciado
y le hicieron juicio eterno
hoy no encuentra abogado
que lo saque del infierno.

Felipe fue desgraciado
según dice la canción
hoy se encuentra sepultado
en un tétrico panteón.

Kike era muy risueño
así lo dicen sus clientes
ahora duerme ese sueño
y nomás pela los dientes.

Al licenciado Kiquín
también le faltó al respeto
y la muerte en su festín
lo convirtió en esqueleto.

Dicen que su esqueleto
se sale de su gaveta
porque se encuentra inquieto
por bailar con la Marieta.

Ya con ésta me despido
aquí entre bromas y veras
ya les escribí mis versos
a sus lindas calaveras.

* * *

En San Juan de los Lagos se publica un boletín denominado *La mosca con lentes*, del que se tomaron las siguientes calaveras:

Noviembre de 2000

José de Alba «Jamboys»
candidato del «calilla»
pues usa pasamontañas
pa'luchar en la Parrilla.

Acción Nacional partido
con muy ¿buenas pretensiones?
de lograr muy buenas cosas
pero no en las confesiones.

Al ¿pobrecito? «Jamboys»
ya lo llevan a enterrar
pero, oh sorpresa, va solo
Fox lo quiere tatemar.

Trino, oficial mayor
de «la Prepa de don Juan»
pretende lograr escaño
presidente pa' cobrar.

El sol sale para todos
no lo debes olvidar
ponle ganas al asunto
algo podrás remediar.

Ni modo Trino que'l tiempo
todo nos puede cobrar

Vicente estará presente
en tu magno funeral.

*

Noviembre de 2001

Francisco Romo
Presidente del partido
el triunfar fue su objetivo
cual «negociante» efectivo
consiguió lo pretendido.

Con mucha facilidad
lo integraron al equipo
previendo oportunidad
de firmar por el recibo.

Mas la soledad impera
en su tumba abandonada
Panchito: pues no hizo nada
se lo llevó «la chingada».

*

La Secretaria

La flaca estaba cansada
con trabajo de a montón
y llamó a una secretaria
que le ayude en el panteón.

Ella no quería aceptar
trabajo tan deshuesado
pero se puso a pensar

¡si el sueldo era bien pagado!
¡valía la pena arriesgar!

Ahora trabaja contenta
como guía en el camposanto
a todos conduce atenta
y los divierte entretanto
llegan a la sepultura.

A unos les hace cosquillas
y a otros como travesura
les esconde las costillas.

Ya la calaca descansa
con tan buena secretaria
a ver si ahora si hace panza.

*

El Licenciado

Un corrupto licenciado
quesque en leyes muy versado
hoy amaneció estirado.

Acartonado y muy tieso
ya no se tan travieso.

La catrina muy amable
le mandó una invitación
para que fuera con ella
a cenar al frío panteón.

La cena estaba exquisita
fue mole de huesos pelones

y carne de mula flaquita
con pellejos y tendones.

El licenciado cenó
y quedó muy satisfecho
la muerte se lo llevó
a descansar en su lecho.

Unos piensan que está muerto
otros dicen que no es cierto

La verdad es que el bribón
está a gusto en el panteón.

* * *

EVA VERÓNICA QUINTANILLA y MARÍA GUADALUPE VALDÉS realizaron una investigación sobre Colotlán, publicada en el libro *La riqueza oral de Colotlán* (2002), del cual se transcribe el siguiente fragmento que explica una de las tradiciones literarias más representativas:

Los Judas

Una de las tradiciones más antiguas y populares, que además tiene tendencia a desaparecer, es la *quemada de Judas*. A pesar de que este festejo es considerado netamente popular, sus raíces son religiosas. Muestra el pasaje bíblico en el que es representado con sátira el arrepentimiento de Judas Iscariote, cuando vendió a Jesucristo. Es importante aclarar que no hay documentos que avalen su origen y describan el hecho tal cual era.

Se hacía en nuestro pueblo el sábado de Gloria, aunque actualmente es más común realizarla el domingo de Resurrección, aunque esto dependía de los organizadores. Siempre era efectuado por barrios o sectores del pueblo. La manera de organizarla era la siguiente: quien decidía hacer una quemada de Judas elaboraba un pequeño mono de cera campeche que tuviera forma de diablo, lo colocaba en una charola y comisionaba a una o varias personas a pedir ayuda para el Judas. Ésta

consistía en dinero para la compra de Judas, que era costoso por ser elaborado con pólvora. Por otra parte, al ser traído de fuera del pueblo se incrementaba aun más el costo.

Él o los que juntaban la ayuda llevaban una lista de los que cooperaban quienes, por tanto, tenían derecho a recibir herencia. El organizador, conjuntamente con otras personas con habilidades para componer versos en forma chusca, pero no por eso menos poética, eran los encargados de escribir el testamento. La herencia que a cada uno correspondía iba de acuerdo con sus vicios, debilidades, ocupación o características más sobresalientes.

Desde temprana hora, se empezaba a concentrar la gente en el lugar del acontecimiento, siempre en una esquina. El Judas era expuesto con bastante anticipación, para ser admirado por chicos y grandes. La hora de la quema era entre 10 y 11 de la noche. La concentración de personas daba origen al comercio que los vendedores aprovechaban para hacer su agosto en Semana Santa. Se vendía todo tipo de golosinas: dulces de leche, melcochas, trompadas, ponteduro, semillas, cacahuates, naranjas con sal y chile, etcétera. Cada comerciante para traer la atención a su mercancía lo ofrecía en forma burlona o chusca, por ejemplo: «largas y cabezonas, mujeres, traigo melcochas».

Previo a la quema todo transcurría entre impacientes comentarios, alegres pláticas y juegos de los niños. Así llegaba el momento de iniciar. Con una llamada de atención al público se guardaba silencio que al rato se tornaba siniestro por la presencia colgante de Judas Iscariote. Se comenzaba con la lectura del testamento, cuyos primeros versos indicaban la agonía del Judas.

Hoy en este día glorioso
de mi nuevo aniversario
comparezco respetuoso
con mis hijos santularios.

A todos pido perdón
por tanta culpa y pecado
siento ya roto el calzón
y hasta lo siento mojado.

Esto no es cosa de juego
tampoco es chiste ni broma
ver que te pela los dientes
la desgraciada pelona.

Ya pónganse todos quietos
ni envidias ni pleitos quiero
que todo lo que yo dejo
lo repartirá Carmelo.

Yo en este momento pensé
que de ésta me había escapado
pero los mendigos de la azteca
aquí me tienen colgado.

Hablar ya todo es en vano
afrontaré este momento
le indicaré a todo el mundo
lo que dejo en testamento.

Ahora si señor notario
venga con pluma y papel
que todos los herederos
están llegando en tropel.

Si ya tiene listo el libro
la pluma y también el tintero
anote usted por favor
a mi primer heredero.

Luego venía lo sabroso y esperado de la popular quema: las herencias. Se dice que en ocasiones los herederos llegaron a molestarse y a reclamar a los autores de los versos, pidiendo que no se les volviera a incluir en éstos. De entre los testamentos que fue posible rescatar se hallan algunos de 1955 a 1988,

aunque no consecutivos. En seguida se incluyen algunos versos que fueron seleccionados. La razón para no incluirlos íntegros es que son repetitivos.

Hijito Ubaldo Macías
te voy a dejar mi esposa
pa' que te alimente bien
pareces pantera rosa.

A mi hijo Beto El Marrano
excelente policía
le dejo todo pagado
pa' que le hagan cirugía.

Que vaya a México o a León
no a Jerez ni a Tlaltenango
o si quiere con Aceves
que hace injertos de chango.

A mi hijo Jesús Alejo
ahí le dejo mis querer
aunque pensándolo bien
ellas no quieren peleles.

A mi hijo Pedro Sierra
de ojo azul y portes finos
ahí le dejo mi navaja
para que castre cochinos
también le dejo un chaleco
además mi cinturón
de esos de los cargadores
pa' quitarle lo panzón.

A mi hijo Rosendo Rosales
por mal nombre la Quiligua

ahí le dejo mis querereres
aunque fijándome bien
es alérgico a mujeres.

A mi hijo Gabriel Olguín
no le dejaré ni papa
mejor le mando más clientes
pa' que les baje la plata
porque todos lo sabemos
que en chamba eres fregón
revuelves con tus menjurjes
fierros de poca aleación.

Ay hijito Armando Pérez
ya te tenía en mi lista
si no la haces en béisbol
mejor métete de violinista
Si tú ya te sientes viejo
y no la haces en eso
te recomiendo el mariachi
de mi compadre Tereso.

Me duele mucho pero los dejo
con su cara de pendejos
por que al fin y al cabo
yo ya estoy hasta el pescuezo.

A mi hijo Chon Navarro
hombre por los cuatro vientos
te quito el ejidatario
y te dejo un fraccionamiento.

A mi hijo Carlos Mares
que vive de puras trampas

te dejaré otra cantina
aparte la del tenampa.

A mi hijo Jesús Alejo
que es el actual presidente
le dejo un libro de magia
para controlar a la gente.

A mi hijo el profe Melchor
¿qué te daré vida mía?
un pase con el doctor
para hacerte cirugía.

Para mi hijo Tomás Lares
tan apegado a la ley
que cumpla con su trabajo
y no se esté haciendo buey.

A mi hijo Benerio Iturriaga
aquí lo tengo presente
a él le dejo mi rastrillo
para que rasure al presidente.

A mi hijo Mario Torres
que con PAN se empachó
ahí le dejo unos huaraches
pa' que baile su danzón.

A mi hijo Benigno López
llantero es su profesión
a él le dejo mi peluca
a ver si no le da comezón.

A mi hijo Proto Pérez
quisiera no darle nada
pues dicen que vende carne
de la que se halla tirada.

A mi hijo Primitivo Márquez
que trabajaba en la cantina
yo le quisiera decir
que no se mande en las propinas
porque al ir con Satanás
de seguro se lo empina.

Tuvo la culpa Carmelo
por creerse de Javier
y también contendió Alfredo
creyendo que iba a poder
llegar a la presidencia
para podemos joder.

A mi hijo Manuel Vega
de ése, ya no tengo duda
y por el cualquier día vengo
y me lo llevo de una cruda.

Tenemos un monumento
que acordarnos no es muy grato
significa tres desgracias
Javier, Felipe y Renato
porque como dice el dicho
ni a cual ir de más ingrato.

A mi hijo Jorge Rivera
que es de extraña procedencia
apenas si sabe leer

y quería la presidencia
pues como verá mi pueblo
este pecó de vergüenza.

Me siento muy preocupado
no sabré qué comerán
pues este pueblo Bendito
cayó en la garras del PAN.

A mi hijo Otoniel Núñez
la pérdida no la aguanta
se quedó con los centavos
del ejido Casa Llanta
cuando le preguntan de ellos
nomás puja y se atraganta.

A mi hijo Pérez Carrillo
que mandó su renuncia al PRI
pues quería ser presidente
sabiendo que no es de aquí
ni en su casa lo conocen
mucho menos los de aquí.

A todos ya repartí
faltando los maricones
pa' que se sientan machotes
les dejaré mis calzones.

Pues ahora si me voy
para el fondo del infierno
los dejo bien protegidos
con este nuevo gobierno.

Hagan sus anotaciones
y supuestas reflexiones
porque los no mencionados
fueron los más amolados.

Y para no hacerla más larga
me despido y no fingiendo
porque del modo que sea
los espero en el infierno
y quédense todos tranquilos
yo vuelvo el próximo año
vayan haciendo mochilas
porque sí les aseguro
que me llevo un buen rebaño.

Entre los años treinta y los cincuenta fue cuando esta popular tradición tuvo mayor esplendor. Había ocasiones en que se quemaban hasta cinco judas en los distintos y populares barrios del pueblo, como La Piedra China, El Rastro Viejo, Barrio Alto, Gota de Agua, Rincón Verde, etcétera. Es importante aclarar que en la actualidad se organizan de diferente manera, quien decide hacer la quema de judas tiene que costear los gastos de elaboración y darse a la tarea de inventar y redactar el testamento. El resto de la tradición sí se hace igual que en épocas pasadas. Terminadas las herencias se efectúa la quema, entre gritos y aplausos de los presentes. En algunas ocasiones, la última estrofa disponía que después de la muerte siguiera un rato de baile.

De CARMELO TORRES LAMAS, también de Colotlán, se pudo recuperar el siguiente texto, ejemplo de esta tradición popular, el cual fue leído en las fiestas de Cuaresma de 1996:

Testamento de Quema de Judas

Hijos de mi vida
hijos de mi corazón

a todos los he llamado
para darles mi bendición.

A mis hijos los ausentes
a todos los he llamado
porque ha llegado la hora
de ser sacrificado.

Pues mis bienes son pocos
y poco les va a tocar
pero como buenos hermanos
creo que se han de conformar.

Me despido de mis hijos
con sentimiento y dolor
voy a ser sacrificado
por vender al redentor.

A mi hijo Nicolás Rodríguez
que ponga mucha atención
con Carmelo Torres le dejo
una muy buena pensión.

A mi hijo Mario Miramontes
que no está tan amolado
yo le dejo mi tacuche
para que parezca licenciado.

A mi hijo El Macarena
que vende fruta en Acaponeta
ahí le dejo como herencia
solamente mi corneta.

A mi hijo Emilio Gualajara
que en el panteón trabaja
que me pele ya el pedazo
donde descansa mi mortaja.

A mi hijo el Tonilas
como es mi vivo retrato
ahí le dejo un cambiecito
pa' que vea que no fui ingrato.

Hasta el infierno se escucha
el clamor de Colotlán
«Diablito ven por Adolfo
pues ya nos hizo daño el PAN».

A mi hijo Flavio Pinedo
mi querido profesor
de él me da mucho apuro
pues toma tanto el desgraciado
que hasta se queda tirado
le dejo dos barricas de vino
para que ya no pida fiado.

A mi hijo Macedonio Carrillo
ya lo veo muy destanteado
se emborracha con el soldado
y luego le pide fiado.

Cuando pasé por el río
hice mi primer coraje
al ver que los panaderos
no han tapado ni el drenaje.

El presidente pasado
me dicen que era del PAN
por poco deja sin chones
al pueblo de Colotlán.

A mi hijo Lupe Robles
que le dicen la Pura Agua
ahí le dejo un par de burras
para que se vaya a Chihuahua.

Quisiera irme a escondidas
e irme sin avisar
y llevarme de pasadita
a mi hijo el Taco de Sal.

Cuando salí del infierno
casi me quebré una mano
porque traía mucha prisa
de ver a mi hijo Laureano.

Quisiera heredar a todos
pues dirán que soy muy flojo
la vida se puso cara
será por culpa de Adolfo.

A mi hijo Luis Robles
al que le dicen El Tuche
no tengo más que dejarte
te dejaré mi tacuche.

A mi hijo Salvador González
por ser el más consentido
ahí le dejo mis calzones
que lo veo muy mal vestido.

A mi hijo Alejandro González
tiene muy buena casona
ahí le dejo una montura
para que ensille a la leona.

A mi hijo Ramiro Miramontes
constructor de cuatro esquinas
se le hicieron guajolotas
sus mentadas golondrinas.

A mi hijo Othoniel Núñez
presidente del ejido
ahí le dejo mis orejas
para que escuche cuando
le digan bandido.

A mis hijos los del PRI
que se quejan de perdidos
como no habían de perder
sin andaban puros bandidos.

Para mi hijo Juan González
que le dicen el pasojo
le dejo mis antiparras
porque ya le falta un ojo.

A mi hijo Thomas Lares
celoso de su deber
ahí le dejo un morral de gordas
porque cuando lo corran del rastro
no va tener ni para comer.

A mi hijo Pancho Gándara
a él no lo pierdo de vista

ahí le dejo mi mosquete
para que siga de agrarista.

A mi hijo Gabriel Olguín
a ese qué dejarle no hallo
le dejo un cacho de cebo
pa'cuando lo tumbe el caballo.

Para toda mi familia
que vive por este barrio
les dejo muchos abrazos
porque dinero ya no hallo.

Cada vez que tengo que irme
y esto sucede cada año
me pongo tan asustado
que primero voy al baño.

A mi hijo Eliseo Navarro
que ya se me iba olvidando
ahí le dejo un buen arado
para que siga sembrando.

A mi hijo Porfirio Enrique
que es el dueño del texano
ya me lo voy a llevar
porque cuando hace las cuentas
le tiembla mucho la mano.

A mi hijo Chenco Pinedo
lo vi lleno de agujeros
me lo llevo pal infierno
para que curta los cueros.

Ay hijito Evelio Torres
no tienes comparación
ya te gastaste el dinerito
de toditos tus cuñados
y también el del patrón
hasta ahora me estoy fijando
eres de los ambiciosos
hay te dejo mis zapatos
nomás que están apestosos.

A todos ya repartí
faltando los maricones
pa'que se sientan machotes
les dejaré mis calzones.

Pues ahora sí ya me voy
para el fondo infierno
los dejo bien protegidos
con este méndigo gobierno.

Voy a heredar a todos
los aquí presentes
y también a los ausentes
para que no me reclame
ningún hijo desobediente.

Ya me despido mis hijos
los quiero con tanto amor
voy a ser sacrificado
por vender al redentor.

NARRATIVA:
LA VIDA COTIDIANA HECHA PALABRA

Dentro de la producción literaria popular destaca la narrativa, la cual puede presentarse en diferentes géneros: cuento, leyenda, fábula, crónica. Sin embargo, lo propiamente popular se manifiesta más que nada en leyendas y fábulas, que han sido transmitidas oralmente de generación en generación. Dado que ya existen varias publicaciones en las que se recopilan estos materiales, se decidió que en este trabajo se incluyeran textos narrativos, especialmente cuentos, cuyo contenido posee características que los clasifican dentro de las temáticas populares.

En la mayor parte de los textos puede notarse la gran carga de oralidad que contienen; más que el estilo o la búsqueda de la recreación literaria, los autores se centran en la historia, en la anécdota; ésta, generalmente gira alrededor de personajes y conflictos arquetípicos: el político, el fuerte del pueblo, el triángulo amoroso, el cortejo, entre otros.

Otro aspecto destacable es el manejo de la descripción, realizada básicamente a través de imágenes, especialmente en aquellos relatos que surgieron del trabajo colectivo en talleres de literatura.

Asimismo, la narrativa popular sigue cumpliendo con su función colectiva, por ello los lectores pueden reconocerse tanto en las situaciones como en los personajes.

ARNULFO ALVAREZ nació en el mes de marzo de 1962, en el Palmar de San Antonio, Jalisco. Se educó en Autlán, y es egresado de la Escuela de Agricultura Regional de Autlán. El siguiente texto está tomado de la publicación del mismo nombre, editada por el autor.

La Chiguana

La Chiguana y yo nacimos casi al mismo tiempo. Esto lo supe porque la partera se encargó de atender los dos partos de manera simultánea y de narrar con gracia su hazaña por muchos años.

Toña, la partera, decía que el parto de *la Chiguana* había sido complicado y que el recién nacido más parecía un niño de seis meses. De mí se expresaba de manera diferente, porque según ella, el vientre de mi madre me aventó con fuerza para deshacerse de mi cuerpo mitad feo y mitad deforme, con una mano de cuchara que nada más tenía dibujados los dedos, porque estaban pegados uno con otro

por una membrana como las que tienen las ranas. Mi madre y las vecinas de Santa Cruz decían que yo había nacido «eclisado», al igual que un burro que vino al mundo sin orejas y un pollo que nació con una sola pata, de una gallina echada que malogró los demás huevos por culpa de un eclipse de sol que ocurriera ocho días antes.

Desde los primeros años de mi vida, la mitad derecha de mi cuerpo presentó un pequeño rezago en el desarrollo, suficiente para darle a mi aspecto la apariencia de viejo.

La cosa es que, en tanto, *la Chiguana* crecía a sus anchas y a cada rato se quitaba la camisa para amedrentarnos con su musculatura; yo me resignaba a ver mi cuerpo enclenque y marchito hasta que, sin otro remedio, me volví popular, al hacer de mi mano un circo, con un público que crecía a cada día y que me seguía por todos lados para oír mis bromas o verme ejecutar el único instrumento musical para el cual mi mano parecía hecha ex profeso: la vihuela. Porque para ello se requería tener los dedos muy unidos, y en eso mi defecto se volvió virtud, ratificando la expresión del vulgo que dice que «no hay feo sin gracia», y es que mi fealdad alcanzaba para muchas cosas, entre las cuales (quizás por no estar a la vista) mi cerebro fue motivo de envidia por gente como *la Chiguana*, que, dicho sea de paso, se convirtió en el constante verdugo de mis sueños y en el perseguidor que me hacía tragar religiosamente la vergüenza de cada día.

El propósito de *la Chiguana* se consumó el día que cumplimos quince años, gracias a que mis amigos se fueron en desbandada de mojados y porque mis padres me negaron el permiso para ir con ellos, al aducir que mi mano de limosnero no me permitiría trabajar al parejo. Con eso me hicieron sentir más inútil de lo que en realidad era, porque si bien es cierto que del lado derecho flaqueaba de pie a cabeza, no es menos cierto que el izquierdo me daba cierta fortaleza, gracias a esa simetría biológica que separó perfectamente lo bueno de lo malo, al grado de permitirme algunas habilidades como para no morirme de hambre ni ser un inválido declarado.

Una semana después de que mis amigos se marcharan, caminaba por una de las calles del pueblo, untando la tristeza de mis ojos sobre los dedos de los pies que con rebeldía se asomaban por los agujeros de los zapatos, cuando tropecé con algo que en sueños llegué a conocer de arriba abajo. Al principio abracé la idea de que fuera otra persona, pero ese pantalón de mezclilla, ese abdomen templado y descu-

bierto, y esos bíceps torneados por el esfuerzo cotidiano del trabajo de campo, me hicieron volver a la realidad con un cosquilleo corporal de los que presagian una tragedia y que después se transforman en un sudor frío que termina por reseca la garganta. Su cara desencajada por la ira fue lo último que vi, pero ya para entonces, me tenía asido de la camisa con tal determinación que los botones saltaron asustados cuando me dijo:

— ¡Si vieras cuanto coraje me da nomás de verte y más ora que no hay quien te defienda!

— ¡Hombre, *Chiguana*, no hay motivo para pelear, yo no soy de pleito y ni para qué... tú me ganas, y yo para enojarme, soy muy lento!

Esa vez la elocuencia no sirvió, y por querer darle una salida digna al asunto, con las últimas palabras sólo logré precipitar un racimo de golpes, que me dejaron sangrando por todos lados entre el terregal.

— ¡Ahí me avisas cuando te salga el coraje!— dijo de retirada.

La verdad es que si algo me sobraba era coraje, pero el sentido común me impedía desahogarme de no ser llorando donde nadie me viera.

Tres días después, *la Chiguana* desapareció, y con su partida se fue la fatiga de mis sueños, porque a pesar de la dura golpiza que me propinó llegué a sentir alivio, como si con eso hubiera pagado el tributo a la tranquilidad.

En ocho años no se supo ni palabra de *la Chiguana*, pero una mañana me desayuné con la novedad de su llegada. Estaba sentado a la mesa, con la boca llena de chilaquiles, cuando mi madre soltó la noticia; al escuchar la preocupación de sus palabras, sólo igualada por mi angustia, se agriaron los chilaquiles y al instante se ocultó mi apetito.

En mi mente circulaban dos ideas: o me largaba del pueblo sigilosamente o le pedía su indulgencia. La segunda idea se fortalecía por la presencia de mi madre, quien para esos días dependía de mi compañía.

Era tarde cuando me dirigí a su casa; por el camino ensayé mil veces un discurso de bienvenida, pero al llegar a la puerta de su casa me detuve para darle ánimos a mis piernas; por un momento pensé en regresar y lo hubiera hecho, sólo que al dar la vuelta me encontré con una inesperada sorpresa: era *la Chiguana*, que me seguía con dificultad, porque estaba enfermo; se veía tan amarillo como un papel viejo, tan delgado como el aire, tan diferente a *la Chiguana* que yo esperaba, que de momento me entró el rencor y le dije muy repuesto de mi ánimo:

— ¡Hombre, *Chiguana*, qué bueno que te encuentro, ¿te acuerdas que hace tiempo te dije soy muy lento para enojarme y que no peleo sin un motivo?

— ¡Sí, «Marto»... pero esas cosas eran de muchachos, ya semos gente grande y yo tengo el tifo y no quiero pelear!

— ¡Mira, *Chiguana*, desde hace ocho años me empezó a crecer el coraje poco a poco, y da la casualidad que ahorita ya estoy que trino por aquel motivo, y como tú me dijiste que te avisara cuando me saliera el coraje, pues ya me salió y es de ese que no se detiene!

Mi venganza fue cruel y dulce al mismo tiempo, sin encontrar resistencia alguna, ese día hasta mi mano de cuchara se desquitó de todas las ofensas recibidas.

A la mañana siguiente me fui del pueblo, porque la tifo tenía cura y tal vez *la Chiguana* me guardaría rencor, y es que así de enfermo como estaba no debí pegarle; por eso me vine a vivir a la capital, aquí me escondo entre la gente, los carros y el humo, donde a «La Chiguana» no le alcanzará la vida para encontrarme.

Como se se puede observar, el cuento *la Chiguana* se desenvuelve en un entorno masculino en el que la fuerza física es el valor más importante; gracias a ese poder, se puede dominar al otro, y su carencia es motivo de burlas y discriminación. Otro punto interesante es la alusión a la migración, hecho fuertemente representativo en Jalisco; irse al Norte, de mojado, es una situación natural, y si el narrador no puede hacerlo es simplemente por su incapacidad física. La idea central del cuento es la venganza, idea fuertemente representada en la literatura jalisciense.

* * *

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ nació hace 38 años en Manuel M. Diéguez. Es comerciante y su inspiración surge de la vida del campo. En el siguiente texto se cuestiona el abandono al que han sido condenados los campesinos y su migración forzada a las ciudades. Cabe destacar la imagen mítica del campo, a manera de paraíso perdido por causa del gobierno.

Baltasar

Fuerte y recio era Baltasar, se había hecho recio y fuerte en la fuerte y recia labor de

campo. Antes que cantaran los gallos ya iba rumbo a la parcela, era ya como un vicio el despedir la luna para contemplar a diario los amaneceres. Con el viento fresco y con el día oliendo a nuevo se esforzaba por aflojar y voltear la tierra para meter en sus entrañas la semilla. No cambiaba por nada el espectáculo de ver brotar la milpa como recompensa a su trabajo.

Parecía como si todos los días fueran iguales, pero el sol, la lluvia, el viento, las estrellas, la luna, los pájaros y tantas otras cosas más, se encargaban de que cada día fuera distinto.

Le agradaba su trabajo, además era lo único que sabía hacer, desde que su padre lo inició en la labor a los trece años y, desde entonces, no había faltado un solo día a su parcela.

Sabía leer un poco y un poco menos escribir, pero su palabra sencilla y lógica era fácil de entender.

El sol le había dado a su piel el mismo color de la tierra y la tierra le había vuelto ásperas las manos y no sé por qué razón le había hecho tierno el corazón, porque tierno era cuando miraba y abrazaba a María y aun más tierno se veía cuando largamente miraba dormir a Nicolás y Mariana, sus dos pequeños hijos, acariciando sus frentes para tranquilizarles el sueño y espantarles las pesadillas. En su poco entender se sentía pleno y satisfecho amaba: la tierra, amaba a María, a Nicolás y Mariana, y todos a él le querían, incluso sus perros y su caballo. Había techo para todos y nunca faltaba tortilla y frijol.

De repente, todo cambió: se escasearon las lluvias, la cosecha fue magra, llegaron maíz y frijol de otros lugares, de otros países, los compradores bajaron los precios, lo que sembraba había perdido su valor y dejó de sembrar porque era como tirar el esfuerzo y el sudor por nada.

El dinero que tenía ahorrado se fue más pronto de lo que había tardado en juntarlo. Por las rendijas de su casa, sin sentir, se fue metiendo el hambre y la desesperación. La angustia y el medio se fueron haciendo grandes, tan grandes como la incertidumbre de no saber qué hacer.

Fue en vano pedirle ayuda al gobierno, nadie le oía y a sus vecinos, amigos y familiares, como pedirles algo si estaban como él, el alma hecha nudo y el estómago vacío.

La tierra no estaba muerta, pero parecía como si lo estuviera, sin el paisaje de milpas, hasta los pájaros se habían callado y el viento ya no era el mismo.

Muchos habían emigrado, algunos a la ciudad y otros a cruzar el río Bravo, pues la vida en el campo ya no era vida. La vida se había ido por otros rumbos como empujada por el viento.

Con las manos vacías y la esperanza aún más, juntó su dolor, lo guardó lo más profundo que pudo en el pecho y después de un beso a la tierra se fue a la ciudad. Trabajó en mil cosas de las que nada sabía y él, que era dueño de su vida y sus sueños ahora se ganaba el sustento pegando tabiques, levantando paredes para la casa de otros, porque él ni casa tenía porque el lugar que ahora habitaba entre muros de cartón y techos de lámina en nada se parecía a lo que fue su hogar en el campo; vivía hacinado con otros que como él respiraban sin descanso la pobreza, la frustración y la amargura.

Su alegría se escondió en el silencio, solo María sabe por qué.

Se le metió la tristeza y cuando estaba solo, lloraba muy quedo, no por el trabajo, no por la paga, sino por la rabia e impotencia de no haber podido dejarles a Nicolás y Mariana ese sol y esa lluvia, esa luna y estrellas, ese nacer y morir del día, ese día a día entre pájaros, viento, gallinas y perros, esos días sacándole vida a la tierra. Todos esos días no se comparan con nada, esos días que algún día él heredó de su padre, esos días que Baltasar no sabe a dónde se fueron.

Saber que a otros campesinos como a él les pasó lo mismo en nada le consuela, y a veces quisiera hacer lo que muchos que se fueron de mojados, a ver si allá en el otro lado encontraban la vida que habían perdido.

De vez en cuando regresaba a la parcela para nutrirse de ánimo, pero ya todo parecía tan distinto, la tierra seca y el aire tenían el olor del abandono, todo estaba en silencio; los perros, flacos hasta los huesos y casi mudos, ni siquiera el sol le parecía el mismo, quemaba, es cierto, pero no le hacía sudar como en otro tiempo. Si siempre trabajó lo más que pudo, si siempre fue honesto y nunca a nadie mal le hizo, no se explicaba por qué razón se le fue la vida como por un precipicio y mucho menos se explicaba el por qué toda esa gente fue a pedirle su voto: los diputados, el presidente municipal, el gobernador y hasta el mismo presidente de la república que gritaban promesas a los cuatro vientos, ahora que él los necesitaba, ahora ellos se habían quedado sordos y sin voz.

Ni siquiera servían los rezos de él y María, y en vano gritaba, ¡dime Dios en que te ofendí, en que te mentí, que mal te hice que yo no lo sé!, y en vano volteaba hacia el cielo y el cielo era sólo silencio y azul.

Se le partía el alma al ver cómo sus hijos Mariana y Nicolás, de 8 y 10 años, habían dejado allá en el campo sus juegos y sus risas, y estaban ahora con la voz callada y el hambre gritando en sus ojos hundidos y en la palidez de su piel.

Preferían dormir, tal vez para encontrar en los sueños las veredas hacia el río y las mariposas de flor en flor. Como adultos pequeños, se les miraba la angustia cuando, insistentes, le pedían a escondidas a María que les consiguiera trabajo para ayudar a su padre, porque no querían que de tanto trabajo y de tanta tristeza se les fuera a morir.

El tiempo se fue y la esperanza también.

Nicolás pasa los días pegando tabiques, levantando paredes, para las casas de quien sabe quien. Mariana vive los días en casas de extraños barriendo los pisos, lavando cocinas, echando tortillas para quién sabe quien.

En los rostros enjutos y tristes de Baltasar y María, donde abundan en el pelo las canas y las arrugas surcan la piel, aún preguntan sus ojos... ¿por qué?

Y en el cielo sólo se escucha un silencio intenso y azul.

* * *

FRANCISCO GALLEGOS FRANCO, originario de Tepatitlán, pertenece al Consejo de Cronistas de la región y bajo el auspicio de esta organización se ha dado a la tarea de rescatar el lenguaje y los cuentos populares de su tierra natal, y recuperar las anécdotas que fortalecen la vida comunitaria de Los Altos de Jalisco. Ha publicado entre otros textos, *Díceres de la gente* (2000), en el cual se encuentran recopilados 444 refranes en verso, y *Tierra roja. Anecdotario alteño*, que desde 1977 lleva ya cuatro ediciones. En esta obra, el autor destaca el conjunto de personajes que conforman una parte importante del imaginario social de la región. En la introducción señala que «si estas anécdotas son tan sólo chispazos de luz multicolor de frágil pirotecnia, por el lenguaje desaliñado y sin concierto, culpa será del que esto escribe, porque ellas podrían ser luces cuyo esplendor duradero y luminoso sería un flamazo de la hoguera que se encendió hace ya 500 años». De ahí se tomaron las siguientes narraciones.

Don Pancho Gutiérrez y la tercera...

No era precisamente mal carácter lo que poseía, pero eran tantos sus problemas para atender simultáneamente la panadería, que era al mismo tiempo tienda de abarrotes y farmacia en ciernes, que era explicable su estado de ánimo.

Corajudo y todo, según decían, hallaba tiempo para desquitarse graciosamente a costillas de cuanto ser viviente acudía a su establecimiento.

Aquella mañana, no estaba precisamente de muy buen humor. Eran casi las doce, y un persistente dolorcillo de cabeza lo había estado atenazando.

Por rara coincidencia, ese dolor se había iniciado desde las ocho de la mañana, cuando al abrir las puertas del changarro, había escuchado a un músico ambulante, aporreador de canciones como hay muchos en la radio, que al son de su vihuela había estado toda la mañana canturreando corridos unos tras otros; llevaba cuatro horas y aún no se terminaba su inagotable repertorio.

Dominando a duras penas sus impulsos, don Pancho —así se llamaba el buen hombre— salió a la puerta y se dirigió amablemente al melodioso sujeto:

— ¿Aceptarías unas monedas a cambio de cantarme tres canciones donde yo te diga?

— Cómo no, señor, encantado de servirlo, nomás dice su mercé.

— La primera me la cantas aquí; la segunda en la alameda, y la tercera... en casa de tu tiznada madre, que ya me tienes hartó con tu sonsonete.

*

Pa' qué quiero permiso

Todo el mundo lo conocía como la *Mona*. El porqué del apodo, y el nombre propio del que lo llevaba se han perdido y no constan, por desgracia, en las muy eruditas crónicas que hemos consultado. *Mona* le empezaron a llamar cuando nació y *Mona* le siguieron llamando hasta su muerte.

Era uno de esos simpáticos «corre ve y diles» que son aceptados en todas partes, porque llevan y traen todos los chismes de un lugar a otro.

Que si ya cayó don Porfirio, que si los maderistas ganaron la batalla, que si... etcétera. En aquellos tiempos, por aquí no circulaban periódicos ni había la radio.

Un buen día llegó hasta la hacienda de La Trasquila (hoy San Ignacio Cerro Gordo), y se presentó ante el hacendado:

— Amo, vengo a ver si me puede conceder un favorcito...

— No, *Mona*. No quiero ni hablar contigo, todavía no se me olvida tu última tramatada, de seguro que quieres hacer una de tus fechorías.

— Ay, amo, cómo cree, es sólo un favorcito, no la amuele.

— No, *Mona*, ya te conozco y sé de algo que estás tramando.

— Sí le digo que no, amo.

— Bueno, bueno, desembucha, que no tengo tiempo.

— Pos nomás de que me dé su permiso para matar una vaquita y vender la carne mañana que es domingo, a ver si me gana unos centavitos.

— Mira *Mona*, me parece demasiado inocente, ya me huelo a una de tus trampas...

— Ah qui ustedé...

— Está bien, mácala y ya no me molestes más, pero te advierto: ¡nada de trampas! Y vete con Dios.

Se fue en efecto la *Mona* dando brincos de gusto y el hacendado olvidó el asunto.

Al día siguiente, muy de mañana, apareció en la placita un flamante puesto de carne de res, a cuyo frente estaba la *Mona*, que apenas se daba abasto a despachar la numerosa clientela.

¡Que bistecs más jugosos! ¡Que trozos de cocidos más gordos! Daba gusto verlos.

—Amo, amo —acuden gritando los sirvientes ante el hacendado—, anoche encerramos junto con todas las vacas, a la «Seda Negra», y esta mañana ya no amaneció en el corral.

— ¡Cómo! ¿Mi mejor vaca desapareció?

— Sí, amo, y lo peor de todo es que encontramos nomás el cuero.

— ¿El cuero? ¿Es que alguien se atrevió a matarla?

— Pos sí amo, el cuero está ahí junto al puesto de la *Mona*, ya casi terminó de vender la carne.

Furioso —como es de suponerse—, el hacendado se fajó su pistola, cogió su mejor vara de membrillo y se dispuso a dar a la *Mona* la varejoniza de su vida.

— A ver, *Mona*, ¿qué cuentas me vas dar? —dijo el hacendado poniendo los brazos en jarras y acariciando amorosamente su vara.

— ¿De qué amo, no le entiendo?

— ¡Ah, no entiendes? Mataste la mejor de mis vacas, y tienes cara de preguntar... ¡Vaya sinvergüenza más descarado!

— Pos perdone el amo, yo no hice nada malo, usted mismo me dio el permiso.

— ¡Habrás visto desgraciado! Te di permiso para matar una vaca, pero no una de mis vacas.

— ¡Ah qui usted amo! Pos di donde voy a tener una vaca; si le pedí permiso fue para matar una de sus vacas, si hubiera sido mía, pa' qué necesitaba su permiso...

*

Por eso las cuento

Sucedió en tiempos de Pedro Arias, uno de los alcaldes más famosos que ha tenido la ciudad, pues pasó a la historia como ejemplo de rectitud y severidad. Cuentan los que lo conocieron que nunca la justicia fue tan bien administrada. A pesar de todo, no era un ogro, ni mucho menos.

Aquella noche, como muchas otras, había prolongado la guardia personal de la ciudad a él encomendada. Eran casi las doce de la noche, y una figura solitaria se perfilaba alargada ante la escasa luz de los faroles mortecinos: Pedro Arias efectuaba su última ronda en los portales.

De pronto, algo llamó su atención: una figura humana pretendía diluirse a la sombra proyectada de una columna. En el reloj de la parroquia sonaban pausadas las doce campanas de la media noche.

— Una... Dos... Tres... —contaba con voz aguardentosa y destemplada.

Pedro Arias se acercó silenciosamente a lo que parecía ser sólo una sombra parlanchina; era un borrachit, más penetrado que una esponja.

— Pero hombre, tocayo, ¿qué haces abrazado a esa columna? Vete a tu casa y échate un sueñito.

— Seis... Siete...

— Ya es hora de ir a casa, Pedrito Graciano, y deja ya de contar, son las doce de la noche.

Por eso las estoy contando... Para no tener que preguntarle a ningún jijo de la...

*

Una de cristeros

Sucedió en marzo de 1929, cuando el segundo combate de Tepatitlán, durante la Revolución Cristera. Cada uno de los combatientes por Cristo Rey se iba a la guerra con lo que buenamente tenía a la mano, y Jesús Hernández *El Inteligente* sólo tenía una minúscula pistolita 22 (este Jesús Hernández fue suegro de Pepe Martín Barba, ex delegado del PRI en Jalisco, Colima y Nayarit).

Si su arma era pequeña, no lo era, en cambio, el entusiasmo que lo animaba. Le tocó posicionarse en la huerta de don Melitón Barba, al oriente de la ciudad, momentos antes de que iniciara el anunciado bombardeo que llevarían a cabo los aviones con que contaba el ejército callista, y que según anunciaran los volantes lanzados al respecto «no iban a dejar ni rastro de Tepatitlán».

Ahora se puede entender que tales bombardeos llevados a cabo por minúsculos biplanos de tiempos de la Primera Guerra Mundial, tenían más efecto psicológico que efectividad, ya que, volando a mucha altura por temor a los disparos de máuser, y con una pilita de bombas rudimentarias que el piloto iba arrojando a mano, sólo eran capaces de dañar cuando impactaban directamente alguna construcción o grupo de gente.

¿Cuántos tepatitlenses habían visto volar un avión en aquellas fechas? Muy pocos y *El Inteligente* no era de ellos. Mucho menos había presenciado un bombardeo.

Cuando sonó la voz de alarma dada por el griterío, Jesús se puso en guardia y pronto divisó un puntito en la lejanía. A casi un kilómetro de altura, el aeroplano se cernía ominosamente sobre aquellos hombres que, entre los árboles de la huerta, procuraban pasar inadvertidos para no llamar la atención del pájaro de acero.

Algunos enfocaron la mira de sus máuser tratando en vano de hacer blanco en el aparato, pero infructuosamente, porque estaba muy lejos del alcance de sus balas.

De pronto, haciendo gala de un valor a toda prueba, Jesús Hernández salió al descampado y apuntando cuidadosamente con su pistolita vació toda la carga en dirección del aeroplano. Algo se desprendió del avión, que hizo brincar de gusto al improvisado artillero y gritar a voz en cuello: ¡Le saqué una astilla, le saqué una astilla!

Y corrió en dirección a donde iba a caer la cosa aquella para conservarla como recuerdo. Providencialmente, fue derribado al suelo por uno de sus compañeros, al tiempo que le gritaba: ¡Espérame, tarugo! ¿que no ves que es una bomba?

Unos instantes después explotó el artilugio aquel levantando puños de tierra y dejando impresionado a Jesús, que jamás había visto explotar una bomba.

Muy poco le duró la impresión, porque un rato después se unía a sus compañeros que toreaban alegremente aquellas bombas, corriendo de un lado para otro y cocoreando al piloto para que les aventara más.

En los textos de este autor destaca la reproducción de la oralidad: se retoman los giros coloquiales de la conversación, como si se estuvieran contando ante un público. Asimismo, es de resaltar el manejo de la comicidad, de los aspectos chuscos y anecdóticos.

* * *

IGNACIO GÓMEZ ZEPEDA nace en 1949. Es Ingeniero Agrónomo y publica, en 1988, *Historia del valle de El Grullo*, a la que le siguen la segunda parte de la historia de El Grullo, *Historia del Valle de Limón* e *Historia del Valle de Unión de Tula*. En el siguiente cuento volvemos a encontrar la temática social, centrada en la relación gobierno-campesinos. La narración se presenta en dos planos temporales; el primero, un acto cívico en el cual se encuentran convocados pueblo y autoridades; el segundo, el pasado de corrupción, crímenes e injusticias realizadas por el presidente municipal.

El texto cierra con un recurso simbólico: un globo se escapa, sube al cielo y la mirada de los habitantes del pueblo se dirige hacia él, hacia un objeto que los remite a los tiempos de la infancia, a la época en que los discursos oficiales no existían, cuando la comunidad se daba, en forma natural, a través del juego. *Pueblo globero* es un cuento original, crítico, de alto contenido social, comunitario.

Pueblo Globero

«Estimados paisanos: Hoy 15 de septiembre, como todos los años, desde la independencia de México, siempre nos hemos reunido pueblo y gobierno de El Grullo, para conmemorar la gesta heroica del padre de la patria don Miguel Hidalgo y Costilla, que en el glorioso año de 1810 llamó a nuestro pueblo a empuñar las armas, al grito de ¡viva México, mueran los gachupines!».

Como un trueno resonaba en todo el jardín Ramón Corona, de la plaza pública de El Grullo, Jalisco, la potente voz del presidente municipal don Perpetuo Partida, líder máximo de la revolución hecha gobierno, guía moral de los dueños del dinero y jefe supremo de las masas revolucionarias de la región, que glutinaba a los hacendados, ganaderos, comerciantes y a los acaparadores de los productos agrícolas, principal sostén del fértil valle de El Grullo. Este poderoso grupo tenía principales postulados emanados de su doctrina personal: joder y joder a más no poder, para lo cual a través de su grupo político controlaban el dinero y el poder municipal, desde cuya plataforma acrecentaban sus fortunas personales con negocios poco escrupulosos pero muy productivos. Solo les disputaba la supremacía otro grupo político, formado por los agraristas, que luego de los días de la gloria vividos, con el encumbramiento de la triunfante revolución de 1910, los había colocado por primera vez en el ayuntamiento local, pero como era de esperarse, sedientos de poder y de dinero, se excedieron en sus desmanes, y luego de la orgía de las masas y del baño de sangre venía la cruda o resaca, colocando a cada quien en su lugar, lo que motivó que el gobierno del centro les retirara su apoyo. Para calmar las acrecentadas voces de protesta de los ciudadanos grullenses, que se quejaban de robos de ganado y préstamos forzosos impuestos por los líderes ejidales, los hermanos Covarrubias, que culminaron con la matanza de la Parota Herrada, en donde asesinaron cruelmente a don José Velásquez y su familia, gota que derramó el vaso, obligando al ciudadano gobernador de Jalisco a enviar tropas federales al mando del coronel Heliodoro Ruvalcaba a pacificar la región.

Estos hechos le cayeron de perlas a don Perpetuo y su grupo, que nuevamente controlaron la presidencia municipal, y de nueva cuenta se encumbró su poderosa familia que históricamente habían dirigido los destinos del El Grullo desde tres generaciones anteriores, y que sólo en breves periodos lo habían presentado a sus enemigos, pero que luego de recuperarlo, iniciaron su cronología del poder desde 1880 a manos de don Tomás Partida, dueño de haciendas, ganaderías y comercios, poseedor de una mano derecha de terciopelo. Don Tomás fue acumulando riquezas y poder, apoyado por los políticos, los ricos y los curas, a los cuales mediante fuertes donativos, sutilmente transformados en obras materiales, a unos dinero para escuelas, a otros dinero para iglesias, dispensario, hospitales, asilos, en fin no dejaba títere con cabeza. Todo ello le granjeó numerosos amigos poderosos, que llegado el momento le devolvieron los favores anticipados que le debían, por lo que siempre un

miembro de su numerosa familia ocupaba invariablemente el cargo de presidente municipal. Don Tomás fue también un prolífico padre de familia y esposo, se casó en cuatro ocasiones, siempre después de una breve pero recatada viudez y alegando la orfandad de sus hijos. Luego que el luto acostumbrado se lo permitía volvía a contraer nupcias, pero siempre con damas de mejor sociedad y bien provistas de elevadas dotes, como lo fueron sus cuatro esposas: doña Paulina González de la Garza, doña Ventura Álvarez del Castillo, doña Trinidad Rosas Pelayo y, la última, doña Altagracia Montejó y Bermúdez, que lo emparentaron con familias bien relacionadas en los distintos niveles políticos y económicos de la región y del estado.

Al morir don Tomás a mediados de los años de 1910, recibió el encargo de dirigir los destinos de la familia su hijo Servero Partida, hombre impulsivo y falto de audacia, producto ya de pañales de seda, quien creía que todo le pertenecía y todo lo manejaba con prepotencia, y por poco acaba con el patrimonio familiar. El ocaso de su carrera lo ocasionó el doble juego que quiso celebrar con Dios y con el diablo, en la época revolucionaria: lo mismo simpatizaba y ayudaba económicamente al gobierno a través del coronel Olachea, que mantenía acuerdos secretos con los levantados de Pedro Zamora; soñaba en su interior que así triunfara quien triunfara él siempre ganaría, pero como no midió las consecuencias, por poco pierde hasta la vida. Pedro Zamora, siempre desprovisto de armas, comida y dinero, frecuentemente estaba solicitándose a don Severo a través de formales préstamos, siempre comprometiendo su palabra de jefe revolucionario para pagárselos, y como don Severo había oído de boca de Olachea que pronto lo aniquilarían, empezó a negar la ayuga a gentes de Zamora. Entonces, Zamora enérgicamente le mandó un propio con una solicitud de préstamo de 50,000 pesos, a lo que envió don Severo rápida respuesta: de momento no dispongo de dicha cantidad, que me dé una semana para reunirlo y luego se lo envió. Pero pasó la semana y nada, entonces se presentó Zamora a la Hacienda Nueva de los Partida creyendo que ése día estaría don Severo ahí, pero no lo encontró, y para desquitar su coraje le mató 100 toros de pura raza, dejándole también un recado: que el próximo muerto sería él: don Severo. Enterado de las intenciones del guerrillero Pedro Zamora, preparó maletas y se fue a radicar una temporada a Guadalajara, mientras el coronel Olachea batía en retirada a los zamoristas. Pasada la refriega, muerto Zamora en México y enterrado clandestinamente, pudo don Severo regresar tranquilamente a su amado pueblo, pero lo encontró algo cambiado: los ejidatarios se envalentonaron y le perdieron el respeto, le

disputaban palmo a palmo el poder político. Cansado de tantas luchas, don Severo entrega a su cachorro Perpetuo Partida la capitania del grupo, a lo mejor la sangre joven, vigorosa y audaz recuperaba el poderío familiar.

«Ciudadanos grullenses, hombres y mujeres mexicanos, valientes y patriotas», así seguía la perorata de don Perpetuo, orador sagrado y poeta consentido en las tertulias culturales que organizaba el ayuntamiento para celebrar alguna fecha significativa en el calendario patrio, o fiestas privadas, a donde siempre era invitado, don Perpetuo no dejaba bautizos, bodas y hasta velorios, eventos en los cuales a petición popular, invariablemente siempre a indicación de alguno de sus incondicionales, el pueblo le rogaba que declamara, ruegos a los que don Perpetuo luego de unos segundos de indecisión, que hacía que aumentaran los aplausos, se dignaba complacer a sus súbditos en medio de la aclamación popular. Una de sus poesías predilectas era el «Cristo de mi cabecera»...

Cuando estaba solo
Solo en mi cabaña
Que construí a la vera
De la audaz montaña...

Y cuando terminaba, caía de rodillas al piso bañado en lágrimas, haciendo enmudecer a su público, quien lo aclamaba puesto de pie y con lágrimas en los ojos.

«¡Viva José María Morelos y Pavón, ¡viva Miguel Hidalgo!, ¡vivan los héroes de la independencia!».

Una de las facetas de don Perpetuo Partida que nadie se atrevía a comentar a viva voz era su crueldad. Todo el pueblo rumoraba a escondidas lo que les había hecho a todos los rivales en política que se le habían enfrentado, que habían pagado con su vida la osadía, como el caso de Jesús Ramírez, alias *El Zapato*, joven inquieto que luego de pertenecer al partido de la revolución que dirigía don Perpetuo. En una sesión muy acalorada en la que *El Zapato* protestó por no haber sido incluido en la plantilla que contendría en las elecciones del mes de diciembre para elegir al presidente municipal, don Perpetuo Partida impuso su voluntad y escogió a su gusto a los cinco candidatos a regidores en la planilla, que él personalmente encabezaría, dejando fuera a *El Zapato*. Luego que se terminó la sesión don Perpetuo llamó a su casa a su esbirro Catarino González, alias *El Renco*, y le ordenó que esa misma noche mata-

ra a *El Zapato*, orden que cumplió fielmente el pistolero con una pistola calibre 45, dándole en su propia casa muerte de cuatro balazos.

O aquel otro caso del líder ejidal Ladislao Velásquez, que en una reunión municipal denunció las maniobras fraudulentas para impedir el reparto agrario hechas por don Severo Partida, padre del jefe supremo, hecho que bastó para que fuera emboscado por el comandante municipal José Cabrera, que lo tiroteó a mansalva en el potrero El Arrozal, pero el valiente Ladislao le alcanzó a dar un balazo en el vientre al comandante, que luego de rematar al agrarista fue conducido al consultorio del Dr. Gómez para su operación, y luego de efectuada ésta satisfactoriamente y una vez recuperado de la anestesia, recibió la visita de don Perpetuo, que intranquilo se había pasado las horas en la sala de espera de la casa del médico, y cuando se le permitió entrar le dijo al enfermo:

— Quihubo, José, ¿cómo estás?

— Ay, don Perpetuo, estoy muy mal, el muchacho era de ley —contestó el malherido comandante.

— ¿Pero lo mataste?

— Sí mi jefe, lo maté —suspiró el subordinado.

— ¡Bendito sea Dios! —contestó muy contento don Perpetuo.

Y el hecho más reciente era un secreto a voces, la disputa efectuada en el club social y recreativo El Grullo, cuando don Perpetuo quiso consultar con el Dr. Samuel Rosas que cómo veía una probable candidatura de don Perpetuo a la diputación local. El Dr. Rosas, hombre muy honrado y facultativo estimado en toda la población, le contestó prudentemente que mejor esperara un tiempo en el cual pasan de moda algunas cosas que la población no aprobaba de su comportamiento, a lo que don Perpetuo muy enojado le dijo;

— ¡Mira pelón hijo de perra, te voy a dar plomo y plomo!

Haciendo el intento de sacar su pistola, el político fue detenido a duras penas por los demás comensales del convivio, y otro grupo trasladó al Dr. Rosas fuera del pueblo, siendo conducido a la ciudad de Autlán en donde tomó el autobús para trasladarse a la fronteriza Tijuana, en donde vivió el resto de su vida y donde cimentó una exitosa carrera médica.

«¡Viva Aldama! ¡viva Allende! ¡viva Javier Mina!»

Otra de las debilidades de don Perpetuo Partida eran las mujeres, y no aceptaba que ninguna de sus escogidas le dijera que no. La que caía atraída por su influen-

cia y por su dinero, tenía lo que quisiera para ella y su familia, pero la que osaba desairarlo más le valía no haber nacido, recibía habladurías, malos tratos y venganzas de todo el grupo político y de la política municipal, hasta que mejor dejaba el pueblo.

Un hecho curioso que le sucedió a don Perpetuo en una aventura amorosa, fue muy comentada y disfrutada por la inmensa mayoría de los pobladores de El Grullo, que, como le temían y lo odiaban, celebraban secretamente todos sus fracasos. Don Perpetuo se había encaprichado con una señorita algo ambiciosa, llamada Camila, alias *La Tija*, hija de buena familia, pero que después de un breve cortejo cayó fácilmente a los pies del enamorado otoñal, pero le impuso una condición: que fuera discreto, ya que temía que su padre se enterara. Don Perpetuo, contra su voluntad aceptó, ya que él estaba acostumbrado a pregonar sus conquistas, de las cuales se ufanaba y siempre en las mesas de las cantinas les platicaba a sus amigos hasta los más íntimos detalles, pero, en esta ocasión se prometió a sí mismo cumplir la promesa a la muchacha. Semanalmente visitaba a *La Tija* en su propia casa, cuando todo mundo dormía él secretamente tocaba la ventana de la muchacha y, luego de franquearle el postigo, se introducía sigilosamente, y así siguió durante algún tiempo. Pero como dice el dicho, del cielo a la tierra no hay nada oculto, no faltó algún acomedido que pronto fue con el chisme con el padre de *La Tija*, y el pobre, aunque no era hombre violento, sí era hombre de honor, y luego de presionar a su hija obtuvo la verdad. Ya en la noche asignada para la visita amorosa, el lugar de su hija fue ocupado por el padre disfrazado de mujer; se acostó en la cama y portando una escopeta del doce, se dispuso a velar la llegada de Don Perpetuo. A las doce de la noche chiflando voleado llegó muy puntual don Perpetuo al pie de la ventana de *La Tija*, y luego de emitir la señal convenida y de recibir la contraseña de que no había moros en la costa, don Perpetuo se dispuso a cumplir con el ritual semanal: entró en la ventana abierta y subió al cuadrilátero amoroso, arrojando con sus fuertes brazos la figura que distinguía en la penumbra, pero cuanto recorría su rostro para darle un beso sintió tupido bigote, y pegando tremendo grito saltó de la cama y en ése momento *El Tijo* mayor disparó hacia el techo los dos cañones de la escopeta, causando un gran estallido de tejas y cal, por lo que don Perpetuo, que no era muy valiente cuando estaba solo, saltó veloz por la ventana y corrió por media calle con los pantalones a medio subir, y no paró hasta llegar a su casa.

«¡Ciudadanos grullenses, hermanos mexicanos, debemos estar orgullosos»...

El orador estaba vibrando en cada frase entonada, ponía toda su experiencia política en cada palabra pronunciada, quería hacer sentir a su público su fuerza viril, demostrándoles quién mandaba, conocía su oficio, sabía cómo llegarles al fondo de su ser. Todo estaba en juego esa memorable noche. Entre sus acompañantes del kiosco figuraba el experimentado político, delegado del partido de la revolución, el Dr. Córdova, quien había sido enviado por su partido para investigar y sopesar la estatura de don Perpetuo; si el reporte era favorable veríamos a don Perpetuo competir como candidato a diputado local por el décimo distrito electoral con cabecera en Autlán, posición que casi siempre ocupaba la familia del general Bermúdez. Ya para esta ocasión había dado su visto bueno el mismísimo general, para que Don Perpetuo fuera el elegido si el partido aceptaba, era la causa principal por la que el político local, de suyo muy elocuente en sus discursos, para esta ocasión se había preparado de manera especial. Ocho días antes se había retirado a su hacienda de Cucuciapa, para estar solo, lejos de baberos y mujeres inoportunas, alejado por completo del mezcal, quería estar sereno, primero sería la diputación, y por qué no decirlo, con algo de suerte, y de tocar las puertas adecuadas y los bolsillos necesarios, podría lograr su máximo sueño político, la gubernatura, posición con la que siempre había soñado, broche de oro para cerrar su brillante carrera política, y por fin, dejarle el camino libre a su hijo Epifanio Partida, que ya casi estaba listo para ocupar su lugar. Ojalá que todo fuera como estaba planeado, faltaba ya muy poco...

«La revolución hecha gobierno, digna heredera de los héroes, de la independencia»...

Abarrotado de gente lucía el engalanado jardín municipal para tan grande ocasión, ese 15 de septiembre de 1948, abundantes lazos con papel de china con los colores patrios cruzaban de lado a lado el kiosco, obra del presidente municipal don Jesús Velasco Plazola, que confió dichos trabajos al fino orfebre grullense Gonzalo Rosales, alias *Chalo*, quien lo construyó fielmente imitando el hermoso kiosco que engalana la plaza de armas de nuestra capital del Estado, y para esta ocasión don Perpetuo se había esmerado en decorarlo profusamente. Lleno de luces de colores, papel de china, enormes milpas todavía frescas, cortadas ese mismo medio día, todas con dos mazorcas cada una, signo inequívoco de la fertilidad del valle, rematando las escalinatas del kiosco con enormes calabazas de Castilla motivo de orgullo de los grullenses; todo era fiesta. Todo era alegría, las bancas de hierro forjado lucían llenas, todo el

pueblo estaba congregado en la plaza. Personas de distintas clases sociales lucían sus mejores ropas, lo mismo estaba don Miguel Zepeda Rosas y su esposa doña Paulita Gómez, que Ramón Acosta, el soldado de mi general, o el joven comerciante Eduardo Cisneros *El Chango*, acompañado de su hermosa mujer María Íñiguez, o don Cesáreo Velasco *El Caco*, Espiridión Sánchez, alias *Piribolas*, del grupo de los agraristas o el único doctor del pueblo el Dr. Andrés Gómez Enciso, y claro sin faltar los clásicos bromistas del pueblo, José Michel Velasco *La Ñenga*, el *Piochas* Curiel, Jorge Zepeda, Enrique García, por allá en una esquina estaba el Quemado Gómez y José Quintero, que se divertían amarrándoles a los perros callejeros botes alcoholeros, que al soltarlos arrancaban con un ruido infernal, llore y llore haciendo las delicias de grandes y chicos, y no faltaban los clásicos vendedores Luis Díaz el *Jicamero de la Ciénega*, las papitas fritas del *Camarón* Bejarano. No faltaba nada, era una noche completa.

«¡Viva el Grullo, viva Jalisco!»

Ya casi finalizaba el acto, el orador se preparaba para darle un hermoso final, remataría con algunas frases profundas, llenas de poesía afrancesada, que tanto les gustaban a sus paisanos, y luego se iría con sus acompañantes a disfrutar de la fiesta que con esmero había preparado para después del acto, con birria de chivo hecha por *La Pelona*, mezcal de Tonaya de los Corona, del mejor, y algo de coñac para los invitados especiales, pronto amarraría la diputación ya faltaba poco... Pero nunca falta un pelo en la sopa.

Cuando todo era atención y silencio para el orador que elevaba el tono de su voz como queriendo hacerse oír hasta el cielo, de pronto en medio de la multitud abigarrada, grita el *Piochas* Curiel ¡Un globo! ¡Un globo!

Y como atraídos por un imán, a una sola orden imaginariamente recibida todos voltearon hacia el hermoso cielo grullense, a contemplar el globo multicolor de papel de china, que portaba los colores de nuestra patria: verde, blanco y rojo y surcaba el firmamento, ligero, de pronto se elevaba y luego parecía suspendido, todos rieron y gritaron de la ocurrencia.

Como una añeja costumbre adherida en el alma de todos los paisanos, volvían a recordar los tiempos cuando en su juventud soltaban globos; el ganador era el que más alto llegara y el que más veces fuera soltado sin quemarse. Todo eso dependía de la habilidad de los mocetones, ya que una vez soltado el globo había que seguirlo en ocasiones por varios kilómetros a campo traviesa y estar muy atentos para cuando empezara a bajar sostenerlo para impedir que se ladeara y se incendiara.

Pero volvamos a la plaza pública, todo el mundo estaba feliz, el globo era un acontecimiento familiar que siempre provocaba admiración, así es de que todo mundo se olvidó del presidente municipal y su discurso, nadie se percató en ese momento de la ferocidad del cacique, como un milagro, nadie le temía, el globo vino a abrir un enorme vacío entre el pueblo que nunca perdona, que en ocasiones teme y se esconde, pero cuando puede, apoyado en la multitud, responde anónimamente a las ofensas recibidas. Don Perpetuo, hombre experto en esas lides, de pronto quedó mudo, lleno de furia observaba las espaldas de sus conciudadanos que seguían gritando llenos de alegría. Nadie le hacía caso, volteó con su secretario municipal don Alberto Cárdenas, como pidiendo opinión para ver qué se podía hacer, pero el secretario hombre robusto y sumiso, solo se encogió de hombros, sin saber que hacer en ese caso *sui generis*. Don Perpetuo, arbitrario y prepotente, dudando entre sacar su arma y disparar al aire para llamar la atención de sus correligionarios, o esperar prudentemente a que el globo desapareciera del cielo, que era ceder con esos palurdos, pudo más su egolatría que la política, y con los puños cerrados, echando espuma por la boca, gritó lleno de ira...

«Pueblo globero, pueblo hijo de la chingada: chingen a su madre».

Dicho lo anterior, bajó a toda carrera del kiosco municipal acompañado de su comitiva, sin que nadie les prestara atención. Con la cola entre las patas, marchó el cacique rumiando su dolor y suspirándole a su diputación perdida, casi 100 años de cacicazgo se habían perdido por un pinche globo, pero todavía quedaba la fiesta, había que disfrutarla; también de dolor se canta.

* * *

GUILLERMO HERNÁNDEZ CARVAJAL nació hace 30 años en Manuel M. Diéguez. Funge como abogado, y gusta de escribir sobre sus propias vivencias, especialmente, sobre el amor.

La otra lluvia

La lluvia, tan conocida por todos, fue la causa de que se conocieran...

Comenzó todo con una lluvia... Ruth se estaba mojado en una esquina... Guillermo le ofreció en ese bar, tan caro a su pasado.

Entró, hacia más de quince años que no lo veía, los recuerdos de aquel amor, le era suficiente impedimento de regresar a aquel sitio.

Para ella, el lugar no había cambiado mucho, recordó a uno de los mozos, ahora atendiendo la caja... pensó instantáneamente lo que siempre le decía...

—Cuando podamos todos los mozos vamos a compra el bar y formar una sociedad...

Se sentó cerca de la puerta junto a la ventana favorita... desde donde esperaba la llegada de Guillermo... las veces que llegaba antes... desde ahí lo veía salir de la boca del subte, o bajarse del colectivo...

Pidió un café con leche, con tres medias lunas y dulce de durazno como en aquellos años...

Su mente fue invadida por la nostalgia... los sueños en común que tenían... terminar la facultad... comprarse una casa... tener cuatro hijos... recorrer el mundo juntos... recordó también lo que fantasearon; hasta con los nombres de los chicos...

En esos tiempos... este también era su barrio, el bar quedaba a sólo tres cuerdas de su casa, hoy en ese lugar hay un comercio de artículos del hogar...

Su familia se mudó, vendió todo y se fueron a otro barrio el más lejano posible... después de lo que pasó con Guillermo, fue lo mejor que se podía hacer... según Ruth...

De Guillermo, no quiso saber más nada... quería olvidar, enterrar lo pasado... pensar como si no hubiera ocurrido...

Guillermo, sorprendido, angustiado y amargado por el accionar de Ruth, tampoco quiso saber nada de ella... pensar que se decían que se querían, que uno para el otro... era... todo... que juntos iban a llegar a viejos...

Lo que los separó, fue ese fatal accidente; en la ruta...

Viajaban juntos, de paseo, unas vacaciones cortas, planeadas con mucha ansiedad, llenas de ilusiones... de estar solos... juntos... lejos aunque sólo fuera por un ratito...

Comenzó el viaje un viernes a la tarde, pensando en volver el lunes por la noche o el martes por la mañana... Guillermo quería conducir de noche, así iba ser mejor, ganarían tiempo... y aprovecharían el fin de semana...

Ruth a mitad del viaje le dijo a Guillermo... que iba a intentar dormir un poco... se sentía cansada...

Fueron las últimas palabras que le dijo a Guillermo...

En el medio de la noche, otra lluvia, los atrapó; llevó a Guillermo a perder por completo el control del auto... salió violentamente de la ruta... dio varias vueltas... así nació el accidente que les cambió la vida a Ruth y a Guillermo...

Por las heridas y golpes recibidos, Guillermo, quedó parálítico de por vida...

Ruth entró en *shock*, estuvo inconsciente casi dos meses...

Cuando se restableció y supo de lo sucedido... decidió no volver a ver nunca más a Guillermo, sólo pensar que no lo iba a ver caminar... no lo soportaba... la idea de que todo no sería como antes... que los sueños serían recuerdo...

La realidad que venía la dominó y la esclavizó... la hizo huir... de ese presente...

Sus padres lograron consolarla... aceptando sus caprichos y locuras... de irse a vivir lo más lejos posible... no vería en lo que se había convertido Guillermo...

Dejó la facultad, no frecuentó, ni quiso saber nada, pero nada, de los amigos en común...

Su necesidad de negar lo ocurrido, de olvidar a Guillermo, fue su meta...

El tiempo, fatal aliado de Ruth, fue su compañero, su refugio... poco a poco, comenzó otra carrera... aparecieron nuevos «amigos»...

Terminó sus estudios, formó una pareja, con Marcos, sin hijos, estable económicamente y emocionalmente también...

Marcos conocía la historia, jamás hablaba ni preguntaba por ella, respetaba el silencio de Ruth; para él no tenía sentido mencionarle el pasado...

El café con leche se había enfriado, ya las ganas de tomarlo habían terminado...

Miró por última vez el bar...

Y se juró que ni la lluvia la haría entrar a él nuevamente...

Buscó al mozo, para pagar e irse...

Pero encontró sentado en una mesa del fondo a Guillermo...

Guillermo estaba mirando sin distraerse hacia la calle...

De pronto su cara se iluminó... una inmensa risa dominó su cara...

Levantó rápidamente su campera, de la silla que tenía al lado...

Debajo de la campera tenía dos muletas metálicas, dejó el dinero del café que había tomado...

Con absoluta naturalidad, y presuroso, las puso en funcionamiento, saludó a los mozos, todos amigos de siempre...

En la calle lo esperaba una mujer en un auto, en el asiento de atrás dos niños, varones, sacaban sus cabezas por las ventanillas... a los gritos de... papá, apúrate que llueve... te vas a perder el partido...

Guillermo desde la puerta del bar, a los gritos les decía... hoy ganamos y salimos campeones...

No necesitó que le abrieran la puerta, actuaba con absoluta naturalidad... como si fuera esa incapacidad de hoy algo sin importancia, no le impide disfrutar de la vida...

Ruth, sorprendida, le sobrevino un temblor... se mordió el labio inferior, comenzó a respirar hondo... vio cómo el auto se iba, y con él... definitivamente... el pasado...

* * *

Los siguientes textos fueron compilados en 1996 por José Francisco Cobián, de El Grullo; son producto del Taller de Escritura de Creación y Expresión Literaria que dirige el compilador.

Ruperto

MARTÍN RAMÍREZ OLMEDO

Ruperto Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba en un lugar desconocido.

Era un joven delgado, tímido, acostumbrado al trabajo del campo; pero no por eso dejaba de ser una persona con cierta cultura, pues había terminado satisfactoriamente sus estudios de secundaria.

Desconcertado, trató de ponerse de pie y fue en ese momento cuando se percató de estar atado de pies y manos. Entonces su mente viajó por el espacio y el tiempo y recordó lo ocurrido unas horas antes.

Cuando se dirigía a su casa después de un día de arduo trabajo en la pizca de maíz, vio a lo lejos una camioneta roja con llantas anchas, vidrios polarizados y modelo reciente que se aproximaba con una velocidad impresionante. Ruperto no dio importancia al asunto y siguió pedaleando su vieja bicicleta. De pronto la camioneta se atravesó en el polvoso camino de terracería, cerrándole el paso. Se bajaron dos individuos gigantescos, con armas de grueso calibre, amenazándolo para que se detuviera. Ruperto, asustado, bajó de la bicicleta y uno de ellos le asestó un golpe en la nuca que lo dejó inconsciente.

«Ahora recuerdo —pensó Ruperto volviendo a la realidad—, los de la camioneta me han de haber traído hasta aquí, pero no entiendo qué puedan querer de una persona humilde como yo».

Tan sumido estaba en sus pensamientos que no se enteró de que los dos hombres se acercaban, sino hasta que uno de ellos le plantó un puntapié en las costillas. Ruperto se retorció de dolor. El otro sujeto lo tomó de los cabellos, lo colocó boca abajo y torciéndole el brazo izquierdo por detrás de la espalda, le preguntó:

— ¿Dónde está?

— ¿Dónde está qué?

— El cargamento, idiota.

— No sé de qué me hablan —gimió Ruperto.

— Ah, con que no sabes... —intervino el otro—, ahorita te vamos a refrescar la memoria.

El hombre se metió en la camioneta y sacó de la parte inferior del asiento una botella con agua mineral. Ruperto, al comprender lo que le harían trató de correr, pero olvidó que sus manos y pies estaban fuertemente atados, y lo único que consiguió fue caer de lleno en el pedregoso suelo. El que lo interrogaba lo sujetó de las manos y jaló sus cabellos hacia atrás para que su cara volteara hacia arriba. El otro destapó la botella y vació su contenido en los orificios nasales de Ruperto. La quemante sensación en el interior de su nariz le arrancó desgarradores alaridos de dolor. Después, el dolor cesó y Ruperto quedó tirado, semiinconsciente. Casi de inmediato, como entre sueños, pudo escuchar que un nuevo vehículo de motor se detenía a un costado suyo. Oyó unas pisadas y una voz ronca que decía:

— Quihubo, ¿ya le sacaron la verdad?

— No jefe —contestaron los gigantones.

— Un momento —dijo el de la voz misteriosa, y acercándose a Ruperto— ¿cómo te llamas?

— Ruperto Martínez —contestó trabajosamente.

La cara del hampón se desfiguró de rabia e increpó a los de la camioneta.

— ¡Estúpidos! Les dije Roberto Godínez. Ustedes aquí, con este tarugo, y el hombre que buscamos ya debe estar cruzando la frontera con todo el cargamento.

Fue lo último que oyó Ruperto antes de desmayarse. Luego, los dos vehículos se alejaron por el camino de terracería levantando una impresionante polvareda.

De visitantes

Néstor Daniel Santos Figueroa

La noche va cayendo poco a poco, va cubriendo el pueblo con sus sombras y en poco tiempo la luz del sol se rinde y se va para dejar lugar a la oscuridad que ya llenó todo el ambiente.

A pesar de que mi madre me ordenó que apagara la luz y dejara de leer, no lo hice, el libro está interesante y no quiero quedarme con dudas, los minutos pasan y sigo devorando páginas y páginas... Algo pasa, dejo de leer por un momento, tengo miedo, un escalofrío recorre todo mi cuerpo, siento que alguien me está observando, cierro los ojos para tratar de dormir, ¡zaz!, siento un golpe en el brazo, abro los ojos, ¡qué miedo, ahí están frente a mí tres figuras extrañas! Siento pánico, terror, oleadas de adrenalina recorren mi cuerpo, ¿qué son esas cosas? Parecen niños, de estatura baja, pero tienen la cabeza muy grande y unos ojos negros y profundos, enormes y rasgados.

Uno de ellos, con rapidez perturbadora, se acerca a mí, me mira con sus ojos vacíos y penetrantes, me da otro golpe...

¿En dónde estoy? A mi alrededor hay varios de los seres que vi en mi cuarto, estoy en una especie de sala de operaciones, me encuentro acostado en una mesa. Quiero gritar, pero no puedo, sacan un aparato extraño, me lo van a poner en la cabeza, la adrenalina vuelve a fluir y exploto en una serie de gritos, me preguntan:

— ¿Podemos ayudarte a dejar de gritar?

— ¿Qué me van a hacer?

— Vamos a operarte.

— Pero no tienen el derecho.

— Sí, tenemos el derecho.

Y con algo parecido a una navaja me hacen una incisión, me siento inútil, débil, no siento nada, ahora sacan otro aparato extraño, me lo van a introducir en la nariz, ¡No quiero!, ¡No quierooo!

Me levanto sobresaltado, estoy en mi cuarto, en mi cama, empapado en sudor, el corazón me late apresuradamente. La luz está encendida, no entiendo qué pasó.

Tirado en el suelo, junto a la cama, ¿qué es eso? Ahora lo comprendo, el libro, con su portada mostrando el rostro de los supuestos visitantes, ya lo entiendo, todo fue un sueño, una pesadilla inspirada por el libro. Doy un suspiro y me prometo no volver a leer ciencia ficción ni libros de terror, me vuelvo a acostar, apago la luz, tengo sueño...

Escucho algo, ¿qué es?, está afuera, ¡una cosa está bajando del cielo!, está cubierta de luces, alguien está dentro, parecen niños, de estatura baja, pero tienen la cabeza muy grande y unos ojos negros, profundos, enormes y rasgados. El miedo regresa, quiero despertar, pero ¡no puedo!, ya estoy despierto...

*

El globo

Toño se levantó contento esa mañana, pues el día anterior había quedado con sus primos en hacer y echar a volar un globo de papel de china, de esos que son tan populares en El Grullo y que ahí en San Gabriel casi ni conocen. Así que se vistió rápidamente y apuró el desayuno que su mamá ya le tenía preparado. Se despidió, de un salto subió a su bicicleta y se fue rumbo a la bodega de fertilizantes que él cuidaba y era propiedad de sus padres. Miró su reloj: las 8:30.

— Todavía faltan dos horas —pensó.

Sus primos habían quedado de ir a las 10:30. Llegó y abrió la bodega, le dio una rápida barrida, acomodó los papeles y la caja del dinero, y se sentó afuera a esperar. Allí sentado echó una mirada a su alrededor; enfrente, cruzando la carretera, había un portero cercado con alambre de púas, a un lado estaba el pequeño parque municipal y a un lado de la bodega de Toño estaba la tienda de Tomás. «Compraré un refresco después de aventar el globo», estaba pensando cuando una camioneta irrumpió en la bodega. Después de despachar una tonelada de fertilizante se volvió a sentar. Las 9:45. «Compraré el refresco de una vez». Se levantó y fue a la tienda de Tomás.

— ¡Tomás, quiero una pepsi! —gritó, pues comúnmente Tomás se encontraba dentro de su casa viendo la tele.

— ¡Ahi voy! —se escuchó, y al instante apareció Tomás con el refresco en las manos.

— Vamos a aventar un globo.

— ¿Y cómo es el globo? —preguntó Tomás.

— Al ratito lo vas a ver —fue la respuesta de Toño que ya se dirigía a la bodega con su pepsi en la mano.

Se volvió a sentar, se acabó el refresco, devolvió el envase, regresó a su asiento y volvió a mirar el reloj. Las 10:25. «No deben tardar». Y en efecto una gritería y tres niños montados en bicicleta aproximándose confirmaron sus pensamientos.

— ¡Ya llegamos, hay que hacer el globo! —gritaron al mismo tiempo sus tres primos. Estaban realmente emocionados, pues el día anterior, al ver el globo hecho por Toño, que era de El Grullo, quedaron «enchincualados» y rápidamente se pusieron de acuerdo para que al día siguiente hicieran otro entre todos.

Así que en menos de media hora estuvo listo el globo, de colores azul y rojo, con su dona e hisopo previamente empapados en petróleo.

— Súbete a la barda a detenerlo —le dijo a José—; tú detén la dona mientras lo lleno de aire —fue la orden de Gerardo—, y tú, Armando, prende el hisopo.

Y en minutos el globo comenzó a elevarse, cruzó la carretera, pero de pronto comenzó a perder altura.

— Se va a caer.

— ¡Se va a quemar!

— ¡Vamos a agarrarlo!

Empezaron a gritar los cinco, pues Tomás ya se les había unido. Entontes se lanzaron a toda velocidad dispuestos a salvar el globo, pero al momento de atravesar la cerca de alambre de púas, el entusiasmado Toño sintió un jalón en la rodilla y un agudo dolor.

— ¡Ya me corté! —gritó mientras los otros cuatro habían seguido su carrera intentando salvar el globo.

Rápidamente fueron a la tienda y la mamá de Tomás le hizo un vendaje casero para detener la hemorragia. Cerraron la bodega, se fueron a su casa y posteriormente al centro de salud donde le aplicaron diez puntos de sutura.

¿Y el globo? Nadie supo dónde quedó, sólo supieron, por labios de Tomás que, lejos de caer y quemarse, tomó nuevamente altura y desapareció volando entre las nubes.

* * *

Las últimas notas

LAURA ESPINOZA

En el automóvil de Ernesto no se sentía el calor sofocante de la tarde; bien lo decía el vendedor del auto: «...un sistema supereficiente de enfriamiento del interior, gracias al novedoso acondicionador de aire...», bueno, pues sí funcionaba el artefacto ese, después de todo lo que tuvo que ahorrar para comprar su dichoso auto último

modelo. En eso pensaba Ernesto Blanco, un oficinista como muchos de la gran ciudad, mientras iba por las calles, tan familiares para él, que separaban su casa y su trabajo.

Llegó a las seis a su casa, con algo de hambre. Como todos los hombres que vivían solos, tenía que ingeniárselas para comer bien, así que sacó del refrigerador un plato de pastel y un vaso con leche; ya con sus provisiones para soportar dos horas continuas de ver televisión, subió a la recámara. Exactamente dos horas después, entre sueños, alcanzó a escuchar el final de una melodía, como si viniera de un lugar lejano, y se despertó. La leche y el pastel apenas fueron probados porque Ernesto se quedó dormido sin darse cuenta, y al despertar, algo confuso aún, sólo recordaba el final de la melodía suave, pero tétrica, que acababa de escuchar.

Y comenzaron sus problemas...

No pudo estar tranquilo los tres días siguientes, recordando esas últimas notas y tratando de recordar el resto; Javier, su jefe, al ver que su buen empleado no se concentraba en su trabajo, le recomendó que «viera un psiquiatra».

— No sé, señor, creo que cobran mucho..

— Vamos, Ernesto, le hará bien; no olvide que su salud es primero. Y tómese una semana de vacaciones, ¿ está bien?

- Sí, señor, gracias.

Ya en su casa, Ernesto abrió el directorio en la sección amarilla y, justo donde la abrió, había un anuncio grande, resaltando sobre los demás: «Julio Campo S. Psiquiatra». Sin saber porqué, comenzó a anotar su teléfono y dirección, e inmediatamente después concertó una cita, que resultó ser para esa misma tarde.

— Buenas tardes, doctor. Soy Ernesto Blanco, tengo una cita con usted.

— Buenas tardes, Ernesto; siéntese por favor. Ahora, dígame qué le sucede.

Y Ernesto comenzó su relato, desde la mañana del día tan intrigado, hasta el momento en que llegó al consultorio. Así, transcurrieron dos semanas de «tratamiento», y cuando Ernesto ya había tenido que vender su auto último modelo para pagarle al psiquiatra, cuando ya sentía que «el médico estaba jugando con él», el médico le dijo que saldrían a dar un paseo a pie para ver cómo iba evolucionando y si ya había superado el trauma que le estaba causando el recuerdo de aquellas últimas notas. Al pasar junto a una funeraria, el médico se detuvo; en ese momento, comenzó a escucharse algo parecido a la marcha fúnebre y Ernesto, sorprendido, buscó con la mirada el rostro de su psiquiatra, pero le pareció más bien el rostro de la muerte.

Cuando se escuchaban las últimas notas, el médico sonrió con malicia y Ernesto cayó sin vida al pavimento.

* * *

Las buenas bodas

DAVID ARRIOLA FLORES

Otro día más, son las cinco treinta, ya lo vi en ese reloj viejo que mi padre consiguió gracias a esas dos grandes y jugosas gallinas: la Chana y la Prieta.

Siento ese frío que me chocotea en las orejas; mientras salgo al chiquero veo a mi tía que está torteando, y que ya está listo mi tío Agrafreno par'irnos al potrero a seguir pizcando el maíz de la parcela de mí ya difunto apá.

Camino a la parcela nos alcanza doña Emigdia, la mamá de Sarajuana y nos dice que su hija se le va.

— ¡Sí, así es, se nos va! Con el reméndigo desquihacerado de Petro, con el ahorradito que le dio su apá, don Gerundio; el que más parcelas tiene aquí en la región.

Y lo' nos platicó doña Emigdia que su señor esposo se la negó, y que fueron y la sacaron a fuerzas de la casa, y que Petro se revolcó con su señor papá de Sarajuana pero, al fin el señor aceptó y nos invitaron a la boda y que mañana es la molienda.

Otro día más. Son las cuatro, ya lo vi en el reloj que cada vez que lo veo me vienen a la mente ese par de grandotas gallinas, pero hoy, día de la molienda, me voy a desquitar. Ya vamos mi tía y yo y al llegar al corral donde están haciendo el ponche de granada, me dan olores a caldo de pollo y mi tía tan corajuda y chintinosa que es, ya me dio dos zoquetes por el camino y me dijo que no anduviera de estorboso y metiche, así es que me sentaré en esta silla chueca y rechillona.

¡Oh cielos! Pero miren cuántas mujeres están torteando, y otras más que siguen pelando pollos para el caldo, otras cuantas están haciendo sopas de arroz y a mí, las tripas ya me están gruñendo.

¡Miren esas dos ollas de champurrado, qué bueno se ve! Y así esperando ya se llega la hora de comer. Por la tarde, después de cenar, ahí mismo vamos a dormir. Muchas personas ya trajeron sus petates para las cocineras e invitados. Mañana irán por don Severiano para que venga a hacer la birria, que la hace muy buena.

Otro día más. La siete treinta. Ya vino el birriero Severiano y me van a poner a hacer un pozo en la tierra que pa' hacer la birria. Ya llegaron los padrinos quesque

son de la capital y que tienen muchos centavos y unos hijos en el norte. Ya mi tía sacó unas mesas para ponerles algunos manteles de los que hizo la novia, porque ese es un requisito: hacer ropa y manteles y también hacer de comer. Ya todo está listo, el templo ya está arreglado con unos claveles rojos, unos terciopelos morados y unos reclinatorios al frente.

A todos los de pueblo que fuimos invitados sólo venimos por la fiesta, y el novio ya le dijo al sacerdote que no la hiciera larga porque la gente se dormía. El buen padre vino a decir la misa y se la echó en media hora y casi antes de que terminara la boda, la gente empezó a salir para ganar lugar en el comelitoncito. Ya llego con mi tía y muchos señores están hasta las chancas con ese ponche que tenía nuez y mucha granada roja. Se me hace agua la boca, pero mejor me tomo un vaso de agua de limón. Ya llegó la música de viento, ahora se van a poner a bailar y habrá más lugares para más gente de la que está parada. Ya es de noche, estoy cabeceando, mejor voy a conseguir un petate par irme a dormir porque no aguanto el sueño.

Otro día más. Ahora no sé que horas son, ya no sirve este reloj...

* * *

JOSÉ FRANCISCO COBIÁN FIGUEROA nació en Autlán en abril de 1962. Es medico por la Universidad de Guadalajara. Escribe poemas, cuento, novela, teatro, guión cinematográfico y guión para televisión. Ejerce su profesión y la docencia en la Escuela Preparatoria Regional de Autlán. Hace espacio para la creación literaria, la edición de libros y revistas y el impulso a la obra de jóvenes creadores. Con este último propósito es cofundador y director del Grupo Cultural Litteræ y su Taller Literario.

Sus libros publicados son: *El candidato y otros cuentos de sabor agrio*, *¡Viva don Liborio Gómez!* (teatro), *Al andar se hace camino* (compilación de cuento, poesía y teatro de alumnos del Modulo El Grullo, EPRA) y *Recuentos* (poemas).

Insomnio

Vimos correr la sangre y mancharlo todo. Le brotaba del cuello a borbotones como una fuente roja de caudal infinito. Tú estabas ahí, muy silencioso, sin mostrar emociones: ni sorpresa ni susto ni nada. Y ella, tu madre, se moría rápidamente entre

estertores y convulsiones. Tenía abiertísimos los ojos; te miraban con incredulidad y rencor. Tal vez ya no te acuerdas. Eras muy pequeño; aunque, a los cuatro años ya es posible que las cosas importantes de la vida se queden para siempre en el recuerdo.

Yo, desde luego, no lo podía concebir. Desperté por el grito de dolor con que ella había llenado el cuarto; a tientas prendí la luz y allí estaban los dos: ella muriendo y tú observando su muerte como se ve un juguete en un aparador. Y tu rostro mudo mostraba una fascinación apenas insinuada.

Supe lo que pasaba. El filoso cuchillo todavía se agitaba en su garganta. Lo aparté sin temor. Impregné mis manos con sangre y agarré el tocador, el televisor, la sábana, el lavabo; quise dejar constancia de haber sido yo el asesino.

Te pregunté: ¿Qué hiciste? Y tu respuesta fue: «Jorgito me dijo que la matara».

Sabíamos que en ti había algo que no estaba bien, pero no imaginábamos qué. Ni siquiera sospechamos que pudieras llegar a tanto.

Tres meses antes, mi amigo Ángel estaba de visita en nuestra casa. Paso allí varias semanas y fue él quien advirtió tus cambios de conducta. Nos lo dijo pero, la verdad, no le hicimos caso.

Le parecía muy extraña la palidez tan acentuada de tu piel, el escaso apetito que mostrabas, lo profundo que dormías durante el día y la exagerada energía de tus juegos nocturnos.

Tu madre lo atribuyó a que tenías los ciclos cambiados: sueño de día y vigilia durante la noche.

Yo te llevé al doctor. Nos dijo que la palidez podría deberse a un estado de debilidad y anemia. Recomendó que te diéramos unas pastillas y un jarabe, e indicó que se evitara dejarte dormir durante el día, para obligarte a hacerlo de noche.

Efectivamente, no dormías ya de día, pero tampoco en la noche, y tu delgadez y el color encerado de la piel se te hicieron más graves. Te aparecieron ojeras profundas, oscuras, llenas de no sé qué misterio. Mirabas fijo, como pasando por nosotros, y tu mirada helaba de repente.

Abandonamos el tratamiento. Volviste al letargo diurno y a los juegos nocturnos. Todo seguía en ese aparente orden, hasta una noche de agosto en que caía lluvia caudalosa. Llovía con granizo, viento, frío... Despertaste de pronto, sacaste de bajo de la cama una pelota de plástico y saliste al patio a jugar en la tormenta.

Había mas allá del patio un tejaban lleno de cosas inútiles, cubiertas de polvo y hollín. Nadie las quería mover aunque fuera para tirarlas porque pertenecieron al

dueño anterior de la casa y porque acercarse a ellas provocaba una instantánea erección del vello.

Tú nunca mostraste miedo. Nosotros jamás te asustamos con nada para evitar que crecieras prejuicioso, y admitíamos que visitaras el tejaban... Pero esa noche, más negra que ninguna otra, nuestro huésped tampoco podía dormir. Oyó tus juegos, el golpeteo de la pelota, tu risa, la pelota y tu risa, el viento, la lluvia, tu voz, la pelota y la risa...

Salió de su cuarto, fue al patio a buscarte y se sintió poco menos que aterrado de lo que veía.

— Ahí te va —decías, mientras pateabas la pelota—, pásamela, no te quedes con ella.

Y aquella esfera roja, encendida como brasa, se movía sola con velocidad inaudita, impulsada por una fuerza enorme, y regresaba a ti.

— Va otra vez —gritabas, y una risa estruendosa saltaba de tu boca y rebotaba hiriente en las paredes.

El juguete se suspendía un momento, a veces en el aire, y con un nuevo impulso te encontraba veloz.

No te importaba la lluvia ni el viento helado.

Ángel fue a nuestro cuarto y con voz y angustia espantosa despertó a tu madre y a mí... Habló de lo que había presenciado y se retiró a su habitación.

Tu madre, a medio despertar salió del patio, te pidió que entraras en la casa inmediatamente, pero no obedeciste. Pretendías no oírla. Seguiste hablando solo y lanzando la pelota. Ésta, suspendida en el aire, giró violentamente y fue disparada al tejaban, perdiéndose entre aquellos trebejos intocables.

— ¡No quiero entrar! —gritabas—. Estoy jugando. Jorgito se enojara; no quiere que me vaya. Míralo, mira que cara tan dura tiene. ¿Qué dices, Jorgito? Sí, yo creo que eso haremos. Está bien, está bien, pero mañana vendré a seguir el juego.

Seguiste a tu mamá, sin convencimiento. Dejaste que te secara, que te pusiera ropa limpia, que te acostara hasta que el sueño triunfó sobre ti.

Al día siguiente, Ángel se despidió de nosotros.

Dijo que volvería a su casa y escribiría pronto para estar en contacto. Yo tuve la impresión de que no era el mismo. Algo se había desgranado en su interior. Prácticamente apuntó a los ojos para no mirarlos. Pretextó tu sueño para no despedirse de ti. Supe que no deseaba volver a verte. Y no lo ha hecho. En todos los años, nadie

ha sabido de él. Quizá se encuentre muerto.

Aquella nueva noche, dócil como hacía muchos meses no te habíamos visto, te acostaste temprano. Tu madre y yo nos quedamos despiertos hasta que terminó una película que transmitían por televisión y también nos retiramos a descansar.

Tuve un sueño: oía que el viento entraba por toda la casa, que se agitaban las cortinas, se azotaban las ventanas, los vidrios del cristalero golpeaban como locos, platos y vasos chocaban contra el suelo, a lo lejos aullaban y ladraban los perros, un llanto de bebé llenaba los rincones, se metía por la piel y se arrastraba lento en cada hueso...

Alguien me había contado cosas extraordinarias: «en esa casa asustan»; «en donde esta fincada, antes fue cementerio, ¿no te ha salido el soldado sin cabeza?».

En diversos momentos estuve a punto de despertar. Solo lo logré cuando el grito desgarrado y horrendo de tu madre me arrancó súbitamente de la pesadilla que me tenía cautivo.

Su sangre manaba a borbotones, me mojaba el cabello y escurría por la cama. Todo lo vi, perplejo.

Sin meditarlo, como en un trance hipnótico, aparté el cuchillo de su cuello y la miré morir. Dejé que me inculpara para salvarte. Tú fuiste a casa de mi hermana Sara. Te cuidaron, te trataron bien, te inscribieron en la escuela... obtuviste siempre los mejores promedios. Nunca preguntaste por nosotros, según ahora sé. ¿Por qué? Tal vez una parte del cerebro se negaba a aceptar nuestra existencia.

Hace apenas un mes me alegró la noticia de tu graduación. «Ah —me dije—, tendremos un gran abogado en la familia». Y hace una semana tu tía Sara me trajo a conocer las invitaciones de tu boda.

Ni idea tienes de lo que eso significaba para mí. Pude creer que el sacrificio había valido la pena. Que yo estoy en la cárcel y que tu salud era inmejorable, que pude salvarte. Te hiciste una profesión y estabas a punto de hacerte una familia. ¿No era maravilloso?

Sí, lo era. Pero, hete aquí, conmigo, en esta cárcel pútrida, insoportable, húmeda, llena de bichos, de porquería, de miseria...

Hete aquí, condenado por matar a tu esposa en la noche de bodas.

Ahora dime, ¿por qué?

— Jorgito me lo dijo...

* * *

JOSÉ T. LEPE PRECIADO es un reconocido autor de Tonaya, lugar donde nació el 30 de octubre de 1919. De formación básicamente autodidacta, ha publicado en ediciones de Costa-Amic Editores las siguientes obras: *Montaña azul*, *La montaña de oro*, *El color del agua*, *Donde la tierra acaba*, *El árbol del dinero*, *Más allá del sol*, *Las noches que las ranas cantaron* y *El sol de mediodía*.

Ensillen los caballos... [de El color del agua]

Levantó su cara, requemada por el sol, y arqueando sus cejas, miró en dirección a la nopalera. Desde hacía unas horas había oscurecido y sólo se miraban los tanguinchis palpitar sobre la llanura. Así se estuvo un momento, agujereando con su mirada aquella noche; luego dirigiéndose a nosotros, dijo:

— Ensillen los caballos, nos vamos orita mismo.

— Pero mi general...

— He dicho que ensillen. Me late que por ahí vienen los pelones.

Y no hubo mas remedio que obedecer. Cuando Zamora tenía aquellos pálpitos, era seguro que algo habría de suceder. Unos a medio dormir, y otros casi dormidos, montamos nuestros caballos, hostigados de tanto caminar, trasijados por el cansancio y el hambre. También nosotros estábamos cansados. Más de muchos días andábamos de aquí para allá sacando el bulto. Desde que nos topamos con los pelones, la suerte se nos volteó y nos mataron como a la mitad. Los demás quedamos medio muertos. Así andábamos ahora confundiéndonos con la noche, arrastrando una miseria que hacia tiempo tratábamos de sacudir.

Pedro Zamora tenía mucho de mago, de adivino. Cualquiera que no le conociera, se podía confundir. Era como un hombre cualquiera, pero no era cualquier hombre. Yo lo sabía muy bien porque era su asistente. Como quien dice, su sombra. No me le despegaba más que cuando me decía:

— Ey, Jarocho, cuidame que voy al común.

Solamente entonces me retiraba un poco. De ahí en más no. Siempre estaba a su lado. Durmiendo, a la hora de comer, a todas horas del día y de la noche.

Yo lo conocí muy bien. Mejor que todos lo que andábamos con él.

Echamos a andar en medio de la noche, confundidos con la oscuridad. Ama-

rramos hilachas en las patas de los caballos para que no hicieran ruido. Así es que caballo y hombre éramos una sola cosa. Una sola, untados al suelo y a la noche.

Llevaríamos apenas un cuarto de hora caminando por la llanura, cuando oímos tiros en dirección del campamento que habíamos dejado, y perros que ladraban a la oscuridad.

— ¿No les dije? Me avisaba el corazón que nos iban a caer. Píquenle muchachos. Vamos a las cuevas. Tenemos que llegar antes de la amanecida.

Allá nos dirigimos arrastrando nuestra hambre y nuestro cansancio. Dejando pedazos de vida entre la tierra del llano. Tierra hecha de muertos y regada con sangre de nosotros mismos.

Empezábamos a subir la cuesta para llegar a las cuevas, cuando oímos los cascacos de la caballada enemiga. Los que íbamos dormidos sobre los caballos, despertamos con ganas de una vez por todas de que nos tocara una bala para dormir una eternidad.

— Abran los ojos y apúrenle a las bestias. Si nos ganan la delantera, hasta aquí la contamos.

Todos le temíamos a Zamora más que a la muerte, porque ésta llega y carga con uno. Todo ahí termina, pero con Zamora era distinto. Él era peor que la muerte; cuando no le obedecían, castigaba de tal manera que era mejor quedar atravesado en la breña. Sabía muchos castigos, desde capar hasta mochar lenguas.

Desamarramos el hilachero de las patas de los caballos, y nos encaramamos por entre las breñas hasta llegar a las cuevas. Una vez en ellas, a pedradas los espartamos. Siguieron entonces rumbo a San Juan, a esperar que bajáramos al agua del río.

A la mañana siguiente, ahí estábamos, con los ojos pelados, con nuestros ojos como bolas de vidrio mirando el sol inundar de luz la llanura.

Como de costumbre no almorzamos. A la hora de la comida, matamos un caballo que renqueaba desde hacia algunos días. No comimos sino eso, carne correosa y mala con sabor a miseria.

Algunos se echaron a dormir entre las cuevas, pero Zamora no se apartaba de la entrada mirando como él sabía, atornillando su mirada y su pensamiento en la lejanía.

En San Juan nos esperaban los pelones, pero nosotros arrendamos en dirección contraria, rumbo a Autlán. Todos sabíamos lo que nos esperaba. Un día y una noche, y luego otro pedazo de día caminamos entre los cerros. Con todo y sueño y pedazos de caballo renco en nuestros estómagos, llegamos Autlán de la Grana. En-

tramos por el barrio que le decían del Coajinque hasta el mesón que estaba saliendo a la Purificación. Unos parecíamos sombras y otros éramos sólo eso. Sombras y más sombras que se agarraban a las crines de los caballos. Sólo Pedro Zamora se mantenía erguido sobre la silla. Parecía tener el estómago de palo y el cuerpo de fierro, porque ni comía ni dormía. Solo miraba, pensando con su cabeza mechuda.

Llegamos al mesón y le dijo al dueño:

— Ey, tú amigo. Cierra bien el zaguán y mata una res. Mándale decir a don José Díaz que aquí está su compadre Zamora. Que venga porque tengo un negocio urgente.

Un rato después llegó su compadre. Un viejo jiricuento pero con más dinero que buenos pensamientos.

Estuvo hablando un buen rato con el tal compadre, y después fuimos a recibir dos arrobas de pesos pa' reforzar el armamento.

— Aquí no tenga preocupación, compadre. Ya sabe que todos lo queremos, y si llegaran los pelones, primero nos matan que decirles que está usted con su gente.

Una vez de regreso, y dentro del mesón, vació las bolsas de pesos en nuestro delante diciendo:

— Ora sí, muchachos, pidan lo que quieran. Aquí hay dinero, pa' que vayan a gastarlo con viejas. Ya reforzaremos el armamento cuando encuéntremos a los pelones. Arrímese de uno por uno.

Nadie se movió. Todos nos quedamos nomás mirando el suelo.

— ¿Qué paso, por qué se quedaron mudos? ¿No es esto lo que querían?

— Perdone mi general —habló uno de ellos—, si de veras quiere cumplirnos un antojo, déjenos dormir tres días seguidos. Luego veremos eso de los centavos.

Un rato después todos roncaban bajo los corredores. Zamora se quedó sentado a la entrada del mesón mirando el techo. Quizás soñaba, tal vez dormía.

* * *

CELIA SERRANO URIBE, originaria de Autlán, cuya poesía se comentó en la primera parte de este libro, también incluye cuentos en su obra *Lascas literarias*. Su narrativa se centra en esos personajes que no faltan en los pueblos, los que ocultan su historia hasta que son desenmascarados, como los personajes centrales del siguiente texto.

José y su novia Enriqueta

José, joven de veinticinco años de edad, era de buena moral, muchacho sano que trabajaba de contador en una fábrica de ropa fina para dama.

Un día conoció en una discoteca a Enriqueta con quien simpatizó y siguió viéndose con frecuencia. Al parecer era ella lo que José buscaba para formalizar noviazgo. Según José, Enriqueta era de rasgos bonitos y mostraba modales distinguidos, era fina en todos los aspectos.

José, ante las cualidades que se decía de Enriqueta no se vería menos que ella, porque José era apuesto, bien parecido y de muy buenas costumbres. Deseaba encontrar la mujer de sus sueños para hacer un hogar y por lo que decía, parecía que la había encontrado ya.

La familia de José eran sus padres ya mayores de edad, dos hermanos mayores y una hermana menor. Todos estaban ansiosos por conocer a Enriqueta. Por uno u otro motivos no se había hecho posible que José la llevara a presentárselas porque Enriqueta no había tenido el tiempo necesario como para ir de visita a casa de José, pues siempre tenía algún problema familiar o algo importante que hacer.

Un domingo José, como buen deportista, invitó a Enriqueta a nadar. Ella no tuvo otra alternativa que aceptar, concertaron la hora y José puntualmente llegó por ella para dirigirse a las albercas. José tuvo la desilusión de que Enriqueta sólo asistió como espectadora y acompañante a distancia sin entrar a la piscina, porque refirió un fuerte dolor de cabeza. José nadaba solo, dando vueltas a lo largo de la alberca, cuando llegaron sus amigos con sus novias al mismo lugar.

De pronto se le acercaron diciéndole algo en voz baja, a lo que José contestaba «no puede ser», y uno de los amigos le dijo con voz fuerte «yo tengo la seguridad, porque dañó a mi hermano».

Enriqueta esperaba sentada en el extremo opuesto leyendo una revista. Los amigos y sus novias se dirigieron todos con Enriqueta y simulando jugar, la arrojaron a la alberca a donde saltaron todos, fueron hacia ella, quien gritaba: «sáquenme, que no sé nadar». La sacaron como lo habían planeado, la tomaron con fuerte tirón de la ropa llevándose los postizos de los pechos en las manos, otro le quitó la peluca y así la despojaron de sus ropas dejándole sólo las trusas, habiéndose descubierto tras la ropa mojada su figura y partes masculinas, que por mucho tiempo estuvo ocultando con el atuendo femenino. La supuesta Enriqueta quedó tiritando de frío y de susto. José quedó agradecido con sus amigos, comprendió que tuvo buena lec-

ción para, en lo sucesivo, abrir bien los ojos. Diferenciar a una mujer de un travesti. Cuidado, que las apariencias pueden engañar.

* * *

De la región de Cañadas se consiguió un ejemplar del texto *Torrente de sangre en La Quebrada* de EMILIO GÓMEZ PÉREZ. El tema central es la violencia de las zonas rurales, en sus múltiples manifestaciones, que se ve agravada con acontecimientos históricos como la Cristiada.

i

Son las doce de la noche, la hora en que llegan los fantasmas. Los niños alérgicos a ellos, evitan con el sueño sus trágicos encuentros. Razón por la cual a esa hora todos duermen en forma tan profunda, que nada ni nadie logra despertarlos.

Los grandes también duermen; pero no con tanta quietud como los niños. Quizás porque aquéllos ya no tienen el hada del bien que a éstos cuida. Hada que los adultos apenas ayer también tenían y que al crecer, por sus malas acciones, hoy perdieron.

El blanco caserío de La Quebrada, parece abandonado por sus dueños. La luna misteriosa, los rayos de su luz, bañan con blancura las fincas y las calles por un lado, y en contraste, se aprecian las sombras enigmáticas en todos los lugares donde aquellos, no logran penetrar.

Cualquiera afirmaría al mirar este paisaje: en aquel lugar no existe un ápice de vida; sin embargo, hay un alma que se inquieta. La urbe señorial de su conciencia, ve desfilar por sus grandes avenidas, torrentes de celos, ideas negras que imprudentes, agitan un volcán dentro de ella.

Los segundos y minutos, uno a uno van cayendo, hasta ser sustituida la noche por el día.

Un hombre sangrante, ya sin vida, yace en la banqueta frente al umbral de la puerta de su casa. Dentro, la esposa del difunto llora inconsolable su tragedia. Autoridades y curiosos escuchan impacientes la historia como sigue: «Llegó ebrio y sin duda, por los efectos del alcohol enloquecido, sin saber porqué lo hacia, se arrojó del balcón, del segundo piso hacia la calle».

Como no faltan escépticos en todo, el alcalde del pueblo, observando meditaba. De pronto se introduce al aposento, descarga miradas hacia a todos los rincones

de la casa. Abre aquí, levanta allá, descubre sangre en el balcón y por último, como si alguien así se lo ordenará, mueve el maíz que ahí se encuentra y saca ante sus ojos asombrados, el hacha homicida ensangrentada.

Dos seres que una vez juntos caminaron cogidos de la mano, hoy han tomado caminos diferentes. Uno descansa en su tumba solitario; en cambio la mujer uxoricida, tras las rejas, le atormenta su pecado.

ii

Dicen las gentes que lo vieron platicar con el Señor de la Peñita, una tarde que a caballo regresaba de un paseo en dirección hacia su casa. No han sabido precisar si él solo hablaba, o también el Cristo contestaba; pero sí ha quedado firme que fortuna, en forma irreverente, le exigía.

Alguien piensa que, sin duda, a toda las demandas el Cristo enmudecía y quizás en sus adentros meditaba.

Cuando aquel caminante consideró que era justo dar por terminada la entrevista, sacó de su funda la pistola y, en forma peculiar de despedida, dos disparos salidos de su arma en el espacio muy fuertes se escucharon. Las espuelas clavó sobre su jaca, y ésta y jinete tras nube de polvo se perdieron.

Pasaron muchas horas. La noche hizo en el pueblo su presencia y ya nadie del suceso vespertino se acordaba.

En las gradas del jardín, muchos hombres y mujeres con asombro singular se divertían escuchando el radio de un vecino, que por primera vez a «La Quebrada» había llegado, como uno de los muchos milagros realizados en el siglo sin par en que vivimos.

De improviso, no muy lejos, se escuchan varias veces lo que todos conocemos por balazos. Al instante la velada se deshace y veloces como un rayo todos se refugian en sus casas, esperando que un alma compasiva les lleve la noticia del suceso y acabe o aumente su impaciencia.

Cuando hubieron transcurrido los instantes, cual reguero de pólvora se esparce la noticia que nos dice que los cuerpos inanimados de dos hombres se encuentran tendidos en la calle.

Los vecinos, a su modo de entender, de lo acontecido, versiones muy distintas para sí y para otros se formaron. Sin embargo, los que vieron a uno de los muertos, ser el protagonista del drama que en la tarde presenciaron, convencidos a sí mismos

se dijeron que aquel epílogo, el drama completaba, y era nada menos, del Cristo la respuesta.

iii

Quién puede negar a mí la belleza de mi patria; queriéndole como le quiero, quién puede negar a mí, que es grande como su cielo. Quién puede negar también, que sus montes y praderas han sido testigos mudos de sus guerras fratricidas; que la sangre que ha corrido a raudales por su suelo, se debe a que aún los hombres amarse no han aprendido, los unos como los otros y pasan sobre el derecho, enlodando los principios de libertad y justicia, con desvergüenza y cinismo.

Volvamos por un momento a aquellos tiempos fatales que, corrompido el ambiente, dejaron por donde quiera, desolación y desgracia.

Lo que a ustedes contaré, si antes lo permiten, tuvo lugar a poco de que la revolución cristera apenas pasado había. Dejan, pues, que cuente una historia del pueblo de La Quebrada; que en nada le beneficia y en cambio sus moradores ha tiempo sufren prejuicios, que a modo de ver que veo, todos los que causan, cometen gran injusticia. Veamos lo que ha pasado y juzguen con equidad, si tienen alguna culpa.

El pueblo se regocija con la llegada de un cura y con su lenguaje muy propio, comentan unos con otros: «al fin se abrirán los cultos».

Hay entre los vecinos un hombre no muy anciano, que tiene la fama en el pueblo de ser muy ducho. El hombre que nunca falta en todo el pueblo pequeño, y que para presumir de sabio, negar de Dios la existencia es lo primero que hace.

Las beatas que con su chismes creen arreglarlo todo, un día que el párroco aquél vieron pasar por la calle, lo asaltan de improviso y todas una voz le dicen:

— Devuélvase por favor, no pase usted por ahí. ¿No sabe que en esa casa habita el vivo demonio?

— ¿Don Nicolás el ateo, no es el que vive ahí? —el párroco contestó.

— Eso y demonio es lo mismo —le replicaron las beatas—, devuélvase por favor.

Pasando iban los días; las beatas le vigilaban y aún cuando ustedes no crean, la escena que yo he contado, a diario se repetía. Hasta que irritado un día, aquel ministro de Dios, de la doctrina de Cristo en el sermón se olvidó y dijo a las beatas necias que lo dejaran en paz; que ningún temor tenía a don Nicolás el ateo y que si éste lo molestaba, como hombre respondería.

Un hijo de don Nicolás que a oír misa había ido, ahí mismo quiso matar a quién de su padre así hablaba, pero alguien pudo evitarlo.

Sin duda todos creyeron que aquello que presenciaron era asunto concluido y dieron poca importancia. El mismo don Nicolás, cuando otros se lo contaron, en vez de sentir molestia por las palabras del cura, a su hijo se lo ordenó que no las tomará en cuenta.

Pero como el demonio no cesa para infundir malas ideas, del hijo de don Nicolás se ocupó hora tras hora y éste sin meditar sobre aquel mal pensamiento al cura pudo obligar a despedirse del mundo. Acto seguido, el matón abandonó «La Quebrada» y hábil pudo evitar lo castigará la Ley.

Desde entonces los vecinos del pueblo de «La Quebrada», son vistos con desconfianza; como si fueran aquellos terribles perros del mal. El fanatismo nos lleva, a hacer estas cosas y más.

iv

¡Ándale vieja, ya es hora que dejes de trabajar! Ya debe estar el almuerzo, acuérdate que es día de fiesta y a misa debemos de ir. No tardan mucho en llamar.

Ponte tus naguas azules, y si lo hallas, también tu collar; ponte bonita mi prieta, que si te ven tus parientes, envidia te deben tener. Llevamos mucho dinero para jugar en los gallos, para pagar lo que tomo y no me digan gorrón.

La tierra que todo el año trabajo sin cesar, me da lo que necesito. Yo no me voy de bracero; mi patria, si no soy flojo, me da todito, y mejor.

Un molcajete de chile; sobre el metate la masa; en el comal las tortillas; leche recién ordeñada; unos frijoles de olla, ¿qué mas podemos desear? Tú sabes que los domingos cuando bajamos al pueblo, surtimos nuestra despensa. Nunca nos faltan cebollas ni jitomates y chiles; de carne buena porción: arroz, pancha y galletas; cocos de aceite y manteca, y para después de comer, un buen alfajor de Colima. Tomates aquí tenemos.

Los cuacos están ensillados; vámonos vieja que es tarde. Cuando salgamos de misa vamos a ver el convite de la corrida de toros; luego a jugar a los gallos. A las cuatro a la corrida; saliendo, a la serenata, a ver a las novias curras bañadas de confeti dar vueltas en el jardín, mientras la música toca. Sus novios, a cambiarles flores y acariciar sus cabezas, con serpentinas de lluvia. Después, iremos a «la partida» a ver qué fortuna tenemos y luego nos regresamos.

¡Ah! No se te olvide, mi amor, al platicar con la Virgen cuando en el templo la veas, decirle que, como siempre, dos cochinitos le damos, para que buenas cosechas, nos dé en el próximo año. ¡Ándale prieta, nos vamos!

Como las copas se le pasaron al buen ranchero de Juan, pagó la banda de música, dos horas, tres horas o más. Y aunque la euforia hizo crisis y quiso escandalizar, como sucede en los pueblos y en las ciudades también, con su dinero a los cuicos, supo muy fácil comprar; aún cuando habían decidido que a la alcaldía visitará dejándolo en libertad.

A la mañana siguiente, ¡cuán malo se hallaba Juan! Con una cruda tremenda, titiritando de frío y con dolor de cabeza a grandes voces juraba: vieja, no vuelvo a tomar.

En cambio Jacinto Pérez, vecino de «La Quebrada», no pudo gozar la fiesta, porque su novia coqueta, como sucede en las ferias, de novio quiso cambiar. Jacinto ya no dormía y aunque se edad era poca, dieciocho años nomás, a duelo vino a retar, al que usurpando su amor, causábale grande mal. «Ven a la orilla —le dijo—, que si tu quieres a ella, conmigo te has de batir». «Con gusto, te acepto», dijóle a él su rival y como buenos amigos y sin que nadie supiera, uno al lado del otro, salieron hasta la orilla.

Quizás, Jacinto pensaba, que el duelo iba a ser muy fácil; porque confiaba en sus puños y como ya muchas veces, había logrado vencer.

Carlos en cambio pensaba; en fuerzas soy inferior; pero este puñal que yo cargo, es el que puede triunfar.

Un hombre salta la cerca; cruza barbechos y llanos. Las oscuridad de la noche, protege al hombre que huye. Jacinto no pudo batirse y muerto Jacinto está. Él iba a pelear decente y otro artero jugó.

v

¡Ahí vienen los cristeros! ¡Ahí vienen los cristeros! Es el grito que se escucha por doquier.

¡Nadie salga de su casa! ¡Nadie salga de su casa! Es la orden que se da.

Son los ricos los primeros que se esconden; porque cuentan los que han visto, que dinero los rebeldes necesitan y lo sacan de quien tiene, por la buena o por la mala.

A don Justo el de la hacienda de El Molino, no recuerdo cuántos miles le exigieron y, Dios lo haya perdonado, por negarse lo colgaron. Y a pesar de todo y eso,

de la hacienda de El Molino casi todo se llevaron. De las bestias, lo mejor. Poco antes de marcharse, hubo vino y carcajadas. Ante aquel cadáver tibio que colgado de una rama protestaba como pueden protestar los que ya no tienen vida, una orgía fue celebrada. ¡Una orgía de los demonios, realizada por la chusma enloquecida! ¡Cuántas rosas deshojaron...! Con decirles que en la hacienda de El Molino, muy cerquita a La Quebrada, una virgen no quedó.

¡Ahí vienen los cristeros! ¡Ahí vienen los cristeros! Es el grito que se escucha cada día, cada hora sin cesar.

Los que integran la defensa, no se alejan de sus puestos, ni de día ni de noche.

En la torre de la iglesia es donde asoman los fusiles de la gente que aun responde con lealtad hacia el gobierno. Las mujeres en sus casas, se conforman con rezar. Inquietud hay en sus pechos. Nadie sabe lo que pueda suceder. Muchas veces ha pasado, que una voz bajó de lo alto y les anuncia satisfecha: fue borrego, y los nervios de las gentes se comienzan a calmar, pero una nueva alarma, la inquietud vuelve a traer. Y la historia se repite... Día tras día... Noche tras noche...

Tiene fama La Quebrada, de que nunca los rebeldes por sus calles han entrado. Sin embargo, cuánta sangre se ha regado por ahí. Esa fama se ha obtenido, como todos esos triunfos de las guerras fratricidas; que al final de la contienda, cuando vuelven, ven muy triste su victoria. Los trofeos que han conquistado, son el hambre, la orfandad y los hogares enlutados.

¡Pobrecita humanidad! Tal parece que no quieres entender, que la guerra de tu seno, debes presto para siempre desterrar.

* * *

De RAÚL BRISEÑO *Parsifal*, de Atenguillo, se presenta un ejemplo del tipo de narraciones que escribe, en las que destaca el ambiente rural, el estilo anecdótico, pleno de un léxico coloquial, con giros populares:

Si el asesino mata... ¡Huye!

La hoy ex hacienda de Ahuacatepec, en el municipio de Atenguillo, Jalisco, fue un emporio cuando aún estaba bajo el ojo avisor de su propietario don Francisco Labastida Izquierdo, muy bien secundado por doña Blanca y sus hijos Eduardo, Julio y Blanquita, más conocida como *La Nena*.

Daba gusto ver cómo abundaba el ganado, toda clase de ganado: bovino, caballo, mular, asnal... Sobre todo el primero, porque se ponía la chiquillería del lugar acodada en las paredillas de las casas de rojos tejados para ver pasar el desfile de gordas vacas con sus ubres rebozantes de leche, los bueyes y novillos de grandes astas y aquel toro imponente, de pronunciada jiba, que siempre ávido de escarceos trataba de cubrir las vacas en plena calle; los chamacos, acostumbrados a tal espectáculo, no paraban mientes en él, sino que su gusto era el de ir llamando por su nombre a cuanta vaca podían ver: aquella era la Maravilla, la de más allá era la Gollondrina, la otra, la Prieta, La Sombra; aquel buey hosco, con un cuerno roto de la punta, era el Alezno; y así, en forma interminables prolongada la lista de nombres y la competencia de a ver quién sabía más de ellos.

En esa época eran pocos los habitantes que se embriagaban en otros lugares; buscaban nuevos horizontes sólo en contadas ocasiones. Aunque los sueldos eran muy bajos —como siempre—, no escaseaba el trabajo pues quien no era vaquero, era mediero o peón; otros hacían queso, había porquerizos, carreteros, desgranadores de maíz y otros que molían las pasturas o se iban a reforzar los cercados y alambrados de los linderos de la hacienda, formando cuadrillas hasta de quince o más hombres que duraban hasta casi dos meses en los cerros haciendo dicho trabajo. Cuento esto porque yo mismo desempeñé la mayoría de estos trabajos, excluido el de vaquero, a los más que llegué en eso fue a becerrero.

Pero también había —como en todas partes—, algunos que vivían, y lo hacían muy bien, sin trabajar; eran los clásicos parásitos que eran aceptados por todos porque a más flojera tenían simpatía, tenían un ángel protector que hacía que la gente hasta les fomentaran no sólo sus perezas, sino que también sus vicios. Entre esos individuos estaba uno llamado José Alejo, a quien el vulgo, la plebe, había puesto el nombre, no muy decoroso por cierto, de *El Pedorro*.

Tenía mucho de indígena, si no toda su sangre; era de acentuado color cobrizo, lampiño, como de un metro sesenta de estatura, flaco, pelambre revuelta y allá por 1948 tendría alrededor de cincuenta años; lucía muy pocas canas y en esa época aún usaba calzón blanco, sostenido a la cintura con una especie de faja ancha, de hilo de fuertes colores: solferinos, azules, rojos, etcétera llamado ceñidor.

Su calzado consistía en huaraches de tres puntadas o de ahorcapollo y cuando tenía para algo mejor los usaba con correas de vuelta seguida y en la suela les ponía una serie de clavos, tipo cincha, llamados garbancillos.

Este espécimen humano era muy católico en cuestión de trabajo, ya que lo hacía «para cada venida de obispo», es decir, cada año. Precavido el hombre, claro. Su estado «normal» era andar diariamente con algunos decilitros de vino entre pecho y espalda, en compañía de mi inolvidable tío Manuel, quien junto con mi abuelo Francisco, eran los herreros oficiales del rancho.

José y Manuel se unían a libar y a cuidar y entrenar gallos de pelea; en estos menesteres el tío Manuel era el maestro ya que tenía más experiencia en ello. Recuerdo cuando se ponían a asear sus gallos, tenían una botella de alcohol de 96 grados rebajado con agua dizque para «avivar» al gallo; hacían un buen buche de alcohol para rociarlo, pero cosa rara, seguro por lo mismo volátil del alcohol, sólo llegaba a la cresta del animal una gotita o el vaho, no más.

Yo nunca supe a dónde iba a parar el resto y era tal mi ingenuidad que no asociaba aquello a que poco rato después ambos contlapaches ya andaban haciendo eses por las calles del rancho o roncaban a la sombra de un gran fresno cerca de la casa grande de la hacienda.

Pero estábamos hablando sólo de José Alejo, ¿verdad? Bueno, pues resulta que este señor tenía también arraigado el vicio de jugar conquián, albures —los de la baraja, conste—, brisca, veintiuna, póquer, etcéter; y cuando no tenía dinero para apostar se preveía de velas deparafina o cebo para alumbrar por la noche a quienes jugaban y éstos, tras cada mano que jugaban, le daban un porcentaje, que pronto se evaporaba como el alcohol, para comprar ídem, o para jugar a las cartas o a los gallos.

Cierta vez cayó en manos de *El Pedorro* —perdón, pero así era su apodo y aunque me da pena tengo que decirlo...— un gallo giro, chinampo, pero que para suerte de su propietario ganó dos o tres peleas con gallos de corral que para divertirse un rato. Su dueño de cualquier manera pensaba mandarlo a la olla y le ponía rivales.

Estos triunfos envanecieron a José, que nunca dejaba de ponderar la bravura y habilidad en la pelea de su giro, al que según él, en poco tiempo traería en palenques de postín, y como viera la ironía en los ojos de sus oyentes, terminaba diciendo que en las fiestas de Mascota, Talpa, Ayutla, Cuautla o Atenguillo. O sea, que le quitara «crema a sus tacos». Su mundo no se extendía más allá de esos pueblos, porque otros, como Las Peñas (hoy Puerto Vallarta), sólo de «oídas» los conocía.

Y así se llevaba un morral en donde cargaba su baraja, su botella, casi siempre alcohol y agua, pocas veces con tequila, maíz y un recipiente para el agua y su gallo

bajo el brazo, al que de vez en cuando lo ponía, bajo la sombra de un árbol y le echaba un puñado de maíz, le daba agua y seguía con él por los alrededores de la hacienda que tenía la tienda de raya anexa y donde se reunían los hombres a platicar de sus trabajos, sus aventuras y a decirse albures —ahora sí—, embromarse, tomar vino o pollas y a jugar baraja.

José se acercaba y los de allí reunidos comenzaban a darle una que otra copa, con el fin de hacerlo que empezara con sus fanfarronadas y exagerados elogios a aquel pobre gallo, que mal cuidado empezaba a verse más flaco de lo debido.

Y un medio día, allí, bajo el frondoso fresno de la hacienda, alguien lo retó a una pelea de gallos. Como José no viera que su retador traía gallo alguno, le preguntó que como quería ganar dicha pelea si ni a zopilote llegaba.

El otro le contestó que eso no era obstáculo para que se hiciera la pelea ya que, si José aceptaba, él iría por un gallo muy bueno, mejor que el suyo.

Esa aseveración picó el orgullo de José, que engallado le contestó: «Pos si hay uno mejor que el mío, de Volcanes a aquí... bueno, nomás de aquí, me cuelgo de la verdolaga más alta».

Todos rieron por la ocurrencia y empezaron a animar a ambos para que se efectuara la pelea, por lo que el retador se metió a la casa de la hacienda en busca del jardinero de ella, llamado Pablo, al que todos llamaban Paulito. Él mismo tenía uno o dos gallos, tan en mal estado como el de José.

Pronto fue convencido Paulito de que prestara su gallo para la pelea, con la condición de ir a medias si ganaban o de que le pagarían el animal si perdían. A más de eso, él prestaría las navajas de media pulgada para más pronto hacer pelea.

Regresaron, pues, el retador y Paulito con aquel gallo, giro también, que lo único vistoso que tenía era la cola. Se pusieron las condiciones de rigor, se cruzaron las apuestas y tanto José como Pablo, que iba de socio con el contrincante de aquel, pidieron ser ellos los que amarraran las navajas; todos aceptaron riendo.

Alguien aportó una botella de «a kilo» de mezcal y les dieron sendos tragos a los amarradores; quizá por costumbre, José deglutió el licor y arrojó el vaho en la cabeza del gallo para «animarlo».

Se dibujó con un palo en la tierra suelta una especie de cuadros para que de allí soltaran los gallos a los que sus dueños jalaban de las plumas del pescuezo; los chillaron, como se dice en el argot de los galleros y se soltaron a pelear, mientras que los espectadores hacían un amplio círculo para ver mejor y los que no alcanzaban a

hacerlo, se subían a la cerca doble de piedra, y riendo, entre trago y trago, veían las evoluciones de los gallos que se ataban con más entusiasmo que bravura y no faltó que de vez en cuando ambos, en forma alterna, cacareaban de dolor al recibir una cortada o un «piquetazo» como dijera el tío Flumencio.

La pelea no se prolongó mucho, el gallo de José, como el burro que tocó la flauta, acertó fea cuchillada en el cogote de su rival, que se achánó en el suelo y... ¡aquí vino lo bueno!, cuando el animal caía para ya...su rival, el vencedor, ¡se echó a correr! Se salió del círculo de mirones y fue un triunfo que lo volvieran a agarrar.

Paulito y socio se vieron sonrientes pues según dicen los enterados en estas cosas de peleas de gallos, cuando uno de ellos, mata al rival, pero corre, indefectiblemente pierde; quizá sea cierto, quizá no, pero eso es lo que se asegura.

Quizá por eso era esa mirada de felicidad, y tan fue así que quien había retado al *Pedorro* —nuevamente les pido perdón—, fue con éste a exigir le pagara lo apostado, pues al cazar las apuestas fue condición que lo hicieran con José y no con otro.

José se puso como energúmeno, su gallo había ganado pues mató al rival, así que el dinero era suyo y de nadie más. Los espectadores lo rodearon riendo pero a la vez empeñados en hacerle entender que estaba equivocado, que el hecho de haber corrido después de matar, convertía en perdedor a su gallo. Enfadado, José soltó esta respuesta que después fue frase célebre en el rancho: «Yo gané, porque mi gallo mató; y si después de matar, corrió, eso no es de extrañar porque todo asesino que hace una muerte, lo primero que busca, teniendo modo de hacerlo, es ¡correr! ¡huir!, y sépanlo: todo asesino huye». Y no devolvió el dinero, ante la hilaridad y beneplácito de el público.

* * *

FLORENCIA MARÓN nació hace 54 años en Tamazula. Trabaja como secretaria y gusta de escribir relatos. En este texto destaca no sólo la precisión del lenguaje para la recreación de la atmósfera que rodea los rituales, sino también la representación del sincretismo religioso mexicano.

Rituales

Aceite de prosperidad: siete gotas de pachulí, cinco de cedro, cuatro de vetiver y dos de jengibre; mezclar con aceite de almendras y frotar diariamente en las manos. Con todas las providencias que he tomado, esta cita de trabajo será exitosa. Pondré el mantel verde, el florero con rosas blancas y el incienso con aroma a sándalo. ¡Uy!, tengo que cambiar las manzanas, están más que podridas, claro, han absorbido la energía negativa del ambiente. Si no fuera por los consejos de Moni, jamás lo hubiera sabido. Lo mismo los ajos en la puerta y la pirámide bajo la cama. También le debo el color verde de las paredes de mi casa: que me hace sentir relajada y positiva. Toda la corte celestial me protege: Rafael, Miguel, Gabriel y compañía revisten las paredes de mi cuarto y los espejos convexos reflejan la energía negativa hacia fuera. Los cuarzos armonizan todos los rincones. Siempre llevo uno colgado al cuello. No debo olvidar cerrar los escusados, o se va el dinero.

En la terraza he colocado varias estatuillas de elefantes que me aportan sabiduría; al fondo está la pecera que me relaja y atrae salud y fortuna; la corriente de agua que fluye de esa fuente, dadora de riquezas y bendiciones: las tortugas del estanque me conferirán longevidad y las campanas de viento ayudarán a romper la energía negativa. El pino y el cedro que se yerguen al centro de la casa, ofrecen conversación y perdurabilidad a mis relaciones. En mi despensa hay ingredientes esenciales para cada ocasión: sal, jengibre, azafrán, agua de lluvia, albahaca, romero, laurel, clavo, aceite de olivo, aceite de almendras... para el mal de ojo, para el amor, para atraer el dinero, para mantener la mente objetiva, para proteger el hogar, conseguir trabajo...

¿Mi perfume? Agua de rosas, al inhalarlo produce una sensación de bienestar general, alegra el corazón y eleva el espíritu, inclinándonos a amar y ser amados. ¡Casi olvidaba encender las velas antes de ir a mi cita! Tres filas horizontales de siete velas rojas cada una. La primera para la abundancia, la segunda para abrir nuevas posibilidades de prosperidad y la tercera para la armonía y el bienestar. Las dejaré encendidas hasta que se consuman. Ahora sí, me voy para llegar a tiempo. Este ritual será el remate para que todo salga bien.

Con ánimo elevado y seguro se dirigió a la entrevista de trabajo. Llegó puntualmente con la seguridad que le habían conferido sus rituales, pero al salir su rostro reflejaba insatisfacción. No fue la candidata adecuada para el puesto. Llegando a su casa encontró una gran movilización. Los bomberos extinguían las inclementes llamas que consumieron parte de la casa.

— Pero, ¿qué pasó aquí? —preguntó a los intrusos.

— Parece que dejaron unas velas encendidas y el fuego se propagó.

— Debo haber hecho algo mal en el ritual... ¡Oh, no! Equivoqué el color de las velas... ¡Tenían que haber sido amarillas!

* * *

JOAQUÍN CUÉLLAR CHAGOLLA nació en Autlán, Jalisco, en 1963. Es médico veterinario y zootecnista por la Universidad de Guadalajara. Se dedica a la docencia en el Subsistema Estatal de Telesecundarias. Escribe cuento. Ha sido ganador en múltiples ocasiones en los concursos de cuento del Subsistema de Telesecundarias. Obtuvo el primer lugar en cuento en el concurso anual del Centro Universitario de la Costa Sur, en septiembre de 1996. Es miembro del Grupo Cultural Litteræ y de su taller literario. Publicó su libro *Los cuentos de Cuéllar*, del cual se tomaron los siguientes textos.

El alacrán costeño

Harry H. Slogan fue enviado a la zona costa de Jalisco para investigar el insólito caso de los alacranes gigantes del lugar. Harry, reportero de cosas increíbles y escritor de *Wonderful World Magazine*. Llegó a un pueblo llamado Villa de Purificación y se instaló en el único hotel del sitio. Paseando por las callejuelas, preguntó durante algún tiempo a los lugareños, pero estos no les pudieron dar mayor información.

— Por lo menos debe haber fósiles, o algo que denuncie que estuvieron aquí —inquiría el agobiado reportero.

— No pos quien sabe... —se encogían de hombros los interrogados.

Pronto se corrió la infamante calumnia: «No te le arrimes al gringo, compadre; pa' mí que anda malhumorado».

Anduvo en los cerros, por las orillas del río Purificación, caminó arroyos y rancherías, soportó mosquitos, chinches, zancudos, calor y hasta lluvias.

No fueron pocas las noches que entre pesadillas se veía en las tenazas de malévolos escorpiones, desertando fatigado y añorando siempre: «mejor hubiera seguido con mi sección de deportes»...

Al cumplir un mes, desesperado y creyendo que quizá todo era más que una leyenda, decidió confiar su secreto a Tomás, el administrador del hotel:

— La información es confusa, pero nosotros hemos encontrado un escrito que data de la época de la revolución y dice: «Mi hermano el mayor ha muerto a causa de una picadura de un alacrán de tres metros». Y lo firma un tal Efrén Castillo, cacique de este pueblo.

Una carcajada recibió como respuesta:

— Perdona que me ría Mr. Harry, pero los tres metros no son de largo ni de ancho del animal, cuantimeno de alto. Son los más que usted camina si se lo llega uno de esos a...

Tomás interrumpió su guasa, al recibir un severo aguijonazo en la mano derecha. Un minúsculo arácnido amarillo huyó, refugiándose en la grieta de una silla de madera. Al instante trastabilló el antes jocosó Tomás.

— ¿No se lo dije, Mr. Harry? —suspirando al desplomarse.

Cuando desde el pueblo de La Resolana llegó el médico, fue nomás para extender el certificado de defunción.

Quince días después, Harry, sentado frente a su escritorio, en Oklahoma City remataba su artículo en perfecto inglés:

— Y no pude fotografiarlos, pero como dicen allá: «Más vale creerlos, que andarlo comprobando»...

* * *

FRANCISCO JAVIER BENAVIDES G. nació en Autlán en 1962. Es ingeniero agrónomo por la Universidad de Guadalajara. Se desempeña como docente en el Subsistema Estatal de Telesecundarias. Escribe cuento, poesía, leyenda y teatro. Es ganador de los concursos de poesía y cuento 1997 del Subsistema de Telesecundarias a nivel estatal. Es miembro del Grupo Cultural Litteræ y de su taller literario.

Viejos camaradas

¡Qué buen cuate resultó ser el Narciso! ¡Rápido que me atendió la falla de la camioneta! Me cobró poco, y eso que revisó carburador, bobina y filtro de gasolina. No sabía que tenía un tallercito limpio, céntrico, con mecánico y ayudantes.

Cuando entré, al que menos esperaba encontrar era al Chicho. Cuando fuimos compañeros en la escuela nunca fue organizado ni emprendedor, y aunque trabajaba

de ayudante de mecánico, jamás pensé que llegara a tener su propio taller. ¡Ah, que tiempos aquellos! Me acuerdo de la cara de aturdido que ponía cuando lo vacilábamos hasta el cansancio por las manchas de grasa en las manos y la ropa.

¡Caramba! ¡Qué mala suerte! Alcanzar empezando la subida a estos tres camiones tan lentos; van tan pegados uno al otro que es muy peligroso rebasarlos. Tanta prisa que tengo por llegar, tan largo y peligroso el cerro y estos ca... miones que no me dejan pasar. En fin, como dice el dicho, despacito que voy de prisa.

¡Vaya, vaya! Por fin dejé atrás los camioncitos estos, menos mal que no encontré autos en el parejo antes de la cumbre. ¿En que venía pensando? ¡Ah, sí, en mi compañero de la prepa, el ahora flamante mecánico Chicho! Recuerdo que era el portero del equipo de fútbol, y que siempre nos eliminaban en los torneos de la escuela. Le cargábamos las derrotas, sin importarnos las raspaduras y golpazos que invariablemente sacaba en su afán de detener los balones. Y los malos éramos los defensas. Si ganamos algunos partidos fue por Mario y Aurelio, delanteros de tan buena calidad que llegaron a jugar: uno, en segunda; y otro, en tercera división. Cuando ganábamos, eran ellos los héroes, y con razón; pero, injustamente Chicho era el chivo expiatorio en las derrotas. En las clases era tan atento a los maestros, que una ocasión le hice una broma muy pesada, y hasta pena me da recordarla. ¡Luego no se me ocurrió pegarle una gran cola de papel, y ya metido en la travesura, le prendí fuego con un encendedor que me pasaron! El usado pantalón de terlenca se quemó y Chicho tuvo que irse a su casa envuelto en una chamarra.

¡Epa! ¡Qué imprudente! Apenas es un muchacho. Lleva gente jugando atrás de su camioneta y conduce como un demonio. Por eso ocurren tantos accidentes. Estas carreteras con curvas tan pronunciadas y eso verdaderos cafres del volante.

Recuerdo que lo peor que le hice me costó muy caro. Bueno, eso es un decir. A Chicho nunca lo veíamos con muchachas, quizá por su carácter tímido y reservado, o a que en la ropa se le notaba a veces su trabajo. Ya casi al terminar el tercer grado, de repente, Chicho resultó ser el novio de una chamaca de primer ingreso; bonita, discreta y hasta elegante. Entre Mario, Aurelio y yo hicimos una apuesta para ver quién le quitaba la novia a Chicho. No sé cómo le hice, o si gané o perdí, pero varios años y muchas peleas después, la ex novia de Chicho se convirtió en mi esposa. A él no le volvimos a conocer novia y me parece que hasta la fecha continúa soltero. Allá él, tan agradable que es tener una mujer que caliente la cama cuando hace frío, que cuide a la raza, que se desvele cuando se enfermen, que le aguante a uno las parran-

das; total, no entiendo a gente como Chicho, que nunca se casó. Para ayudar a que funcione su taller, en adelante, cuando se descomponga la tartana, se la llevaré a Chicho, al fin que parece buen mecánico.

¡Carajos! ¿Qué pasa? ¡Me estoy quedando sin frenos! ¡No puede ser! ¡A ver, tranquilízate, bombea varias veces el pedal para que agarren! ¡Uf! Parece que funcionan. No le dije a Chicho que los revisara, que tontería. ¡Oh, no! ¡Ya no tengo nada de frenos! ¡Vamos, calma, trata de repegarte al cerro! ¡No! ¡Esa curva! ¡Noooo...!

DE OTROS CONTARES

En la narrativa popular existen textos variados que no pertenecen al terreno de la ficción, los cuales podrían ser clasificados como crónica, leyenda y prosa poética. En el caso del primer género, la mayoría de los autores se han desempeñado como cronistas o periodistas en sus regiones y tienen como propósito común rescatar la historia del lugar, difundirla y fortalecer la cohesión social.

Las leyendas son una de las manifestaciones más antiguas de la literatura; generalmente, son anónimas y son un producto colectivo, ya que cada vez que se transmiten, ordinariamente en forma oral, se van modificando y las circunstancias de la narración se adaptan a las características geográficas, físicas y sociales de cada región.

Aunque menos frecuente, se pueden encontrar manifestaciones en prosa poética, especialmente en secciones de boletines o periódicos locales.

Juan José Padilla Pérez *Bucho*, de San Juan de los Lagos, publicó el siguiente texto en el boletín *La mosca con lentes*; por sus características líricas puede considerarse como una muestra de prosa poética:

Sin hábito

No me viene el hábito ni me queda el rosario para comenzar la búsqueda del secreto que se oculta en el misterio; por ese andarse y arrastrarse hacia el horizonte de la muerte. No me queda el hábito, sólo el canto y la poesía y la alegría satírica del arlequín y sus sueños que tejen las alas que me elevarán hacia la verticalidad de mi infinita pequeñez. No quepo en el templo y en el ruidoso silencio del amplio atrio de mi alma, está esperando en el suelo un diamante que aspira a ser estrella y en el centro de la plaza de mi corazón clavé la espada de la soberbia, con la que se inicia la danza del sol y de la luna.

No, no me viene el hábito ni el rosario, mas los dedos de mis manos rezan y guardan en los oscuros laberintos la vanidad de los que se sienten reyes y echo a fuego lo efímero de los reinos de fantasía y recorto docenas de papel dorado, para coronar las testas de los hipócritas y lisonjeros que se atavían con retazos de oro y plata. No me viene el hábito, pero uno mi corazón a todos los corazones para cantar y bailar y alejar de nuestras vidas el espíritu de la tristeza y enciendo la gran fogata con el fuego de mi alma que nos iluminara con su mágico resplandor, tanto a príncipes como a mendigos. Dancemos, cantemos y que nuestra alegría inunde los secretos jardines de nuestras almas; rebocemos nuestras copas con el vino de eterna vida, mientras contemplamos absortos la belleza de los astros que orbitan arriba y abajo, afuera y adentro del secreto universo. Riamos y vayamos siempre tras de la luz, nada perdemos, atrás de nosotros no hay nada, todo lo podemos encontrar hoy, aquí y ahora, mañana puede ser demasiado tarde. ¡Juguemos a vivir!

* * *

FRANCISCO ENRÍQUEZ LIZALDE nació en Autlán; el origen de su familia es netamente rural y tal vez sean estas raíces las que lo mueven a escribir su obra *Color Grana: palabras y recuerdos de un pueblo*, en la cual busca recuperar no sólo el lenguaje característico de la región sino también el tono y el ritmo con el que se expresa; en su introducción señala la razón del título: «El rojo vivo del sufrimiento, del abuso y del odio de algunos, el rojo grana de los chistes, de los albures, de las «áiscas», pero también el rojo grana del amanecer, el rojo grana del calor humano de los hombres de mi tierra y de la tierra misma, de las frutas que produce, del color rojo intenso del coraje, de la fuerza de la superación, de la alegría y del rojo grana del recuerdo».

De esa obra se tomó el siguiente fragmento que ejemplifica la crónica literaria.

Las aguas

Después de las calamidades por la falta di agua, que duran siete meses cerraditos, empiezan los relámpagos en el cielo, que al culebriar, li abren grandotas rendijas relumbrosas al cuerpo camastrón de la noche, y los truenos, rejunjuniando con sus voces roncas, como las que echa el cornetón más grande de la banda de música de El

Grullo, le rasgan su silencio. A la negrura di un cielo encapotado, sigue la lluvia o la llovizna. Llueve a mediados o fines de mayo, pero cuando se tardan más de la cuenta, es casi seguro que tantito antes o despuecito del mero día de san Juan, por fin si hace chillar en serio al cielo sacándoles su lagrimerío, seguro de compasión, por ver tanto sufrir. ¡Han entrado las aguas!

Los campesinos, nada atarantados, se aprevienen porque bien saben que después del Miércoles de Ceniza, se den contar cuatro meses caballitos pa' poder decir que ya se trata di aguas corrientes, llueva o no llueva. Hora, que si andan presumiendo de saurines y de plano no quiere jerrarle a lo que dicen que va a pasar, cuentan lo que decía el indio:

Cuando el perdiz canta
y el coyote aúlla,
segura tormenta,
calma o lluvia.

* * *

BERNARDO CARLOS CASAS publica en 1992, en edición del autor y con apoyo del ayuntamiento, su texto *Del Huitzquilic de ayer al San Martín Hidalgo de hoy*; su objetivo, en las propias palabras del autor, es que «la comunidad [...] se enorgullezca de su pasado, ilumine su presente y empuje hacia un futuro esplendoroso». De esta obra se tomó la siguiente crónica.

Un mártir de San Martín

El diccionario define como mártir a la persona que padece muerte en defensa de creencias, convicciones o causas, o que padece grandes afanes o trabajos.

Roberto Sedano Vergara estaba recién egresado de la Universidad de Guadalajara en 1926, cuando fue enviado a Cocula para que empezara a hacer su servicio social. Su primera labor fue levantar un inventario de los bienes de la iglesia y ahí empezó su desgracia.

Roberto había nacido en octubre de 1904 en San Martín, de tal modo que cuando le encomendaron aquella tarea tendría 22 años de edad. Llegó con el cura y se identificó, le platicó cual era su trabajo y dados los tiempos de revuelta cristera que se iniciaban, el cura no permitió que Roberto cumpliera con su deber y un sacristán que

estaba sordo, pero bien oía lo que decían, pensó que aquello era una agresión al cura y sin que nadie se lo indicara fue a tocar las campanas.

A partir de ese momento empezó la agonía de Roberto, dado que las mujeres de Cocula armadas de palos, armas, garrotes y puntas para asar carne, le trataron de impedir el paso, y él como pudo llegó a su caballo en la plaza y una vez en la noble bestia, trató de introducirse al templo, pero el cura consideró aquello un sacrilegio y le cerró las puertas.

Ahí las mujeres, cual viles asesinas y verdugos, descargaron su ira contra un inocente, que nada tenía contra ellas ni contra nadie. Muy maltrecho alcanzó a llegar hasta el centro de la plaza y ahí una joven de 15 años con un verduguillo le dio el puñal de gracia. Saña muy patente se manifestó aquí en este asesinato, pues ya tirado el hombre, sin defensa ninguna, fue atravesado por puntas de asar carne, hasta contarle 73 estocadas.

Esto sucedió el 22 de agosto de 1926, el caso de Roberto Sedano Vergara quedó impune, pero según los estudiosos de los casos de martirio de los tiempos cristeros, su causa de canonización se está iniciando.

* * *

JOSÉ LUIS ORTIZ GARCÍA nació en Tonaya. Es ingeniero agrónomo y su gran amor por su pueblo natal lo lleva a escribir *El andar de Tonaya*. En el prólogo dice: «¿Por qué un libro sobre Tonaya? Porque desde que salí de mi pueblo a buscar nuevos horizontes he sentido un gran cariño por la tierra que me vio nacer y porque nadie había intentado investigar cómo Tonaya se fue formando en todas sus estructuras».

Costumbres y tradiciones

Las serenatas

Las serenatas de los enamorados a la mujer amada es otra de las tradiciones que se nos fueron. Antes era muy frecuente escuchar la música de gallo por las calles oscuras y empolvadas. Aquí existió por muchos años un conjunto de cuerdas denominado Orquesta de Tonaya, quizá su ausencia haya influido en gran parte a la desaparición de esta tradición.

Noches de luna

¿Recuerda usted las noches de luna en la capilla de la Virgen de Guadalupe y en los Asmolitos? Pero, estas lunadas —como les llamarían las gentes de la ciudad— no eran sólo para contemplar la luna, eran además para departir con unos succulentos tacos de camarón con exquisito pulque. Esta tradición se ha perdido por completo; quiero pensar que se debió —en su mayoría— a que dejó de elaborar el pulque en este municipio.

El pulque

El pulquero más famoso y más antiguo fue don Rufino Flores, que vendía su pulque en la cofradía —debajo de una higuera— desde 1876. El pulque de Tonaya fue una pequeña industria que en 1950 tuvo su apogeo. Podemos mencionar a los pulqueros de aquellos años, que mañana y tarde sacaban a vender esta bebida, por ejemplo, a don Félix Guerrero, Andrés García, Vidal Álvarez, Juan Contreras *El Nito*, Everardo Santana, Lorenzo Martínez (*Chichiquila*) y Julián Naranjo (*Tiquilindo*) además de venderse en este municipio, el pulque salía hacia El Grullo, Autlán, Sayula y esporádicamente a la ciudad de Guadalajara.

* * *

RAFAEL SARAY ENRÍQUEZ nació en El Grullo, en noviembre de 1930. Es maestro de Educación Primaria por el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio. Posteriormente cursó la especialidad de geografía en la Escuela Primaria Federal Paulino Navarro. Es inspector de Educación Primaria en la Zona 48, con cabecera en Ayotlán, también es supervisor general del Sector 14, con cabecera en La Huerta y fue presidente municipal de Autlán. Escribe cuento, biografías, ensayos y versos satíricos.

Mi primer pantalón

Mi niñez fue extremadamente llena de pobreza. Fui huérfano de madre a los tres años de edad, luego me fui a vivir a casa de mis abuelos paternos en donde su única entrada de dinero la lograban con el resultado de los trabajos de carpintería que mi abuelo Victoriano hacía, de los pesos que ganaba mi abuela Cornelia elaborando pan de maíz y gorditas de horno, las cuales vendía en los tendejones cercanos, y de las

costuras que bordaban mis tías Rosa, Lupe, Mago y Nena. Así que la llegada de una boca más, de seguro desequilibró su economía familiar.

Pero aún así, trataban de llenar mi barriguita con frijoles y café, comprar mis útiles escolares, calzarme con huaraches de horcapollo que el mismo abuelo me confeccionaba, vestirme con un algodón de manta y unos calzones rabones de cordones para que me cubriera mi cuerpo.

He de confesar que envidia me daba cuando por las tardes nos juntábamos los chamacos del barrio a jugar a los encantados o la roña y los veía a todos vestir con pantalones, camisa y zapatos buenos o huaraches cuando menos.

Yo me preguntaba: ¿cómo le harán sus padres para comprarles pantalones, camisas buenas y zapatos? ¿Cuándo mis abuelos me van a vestir como mis amigos? ¿Por qué no me compran huaraches dobles y con garbancillos?

En mi corta edad, me daba mucha vergüenza que las muchachas del barrio me vieran mis humildes huaraches. Escondía los pies uno entre otro para disimular la única correa que cruzaba mi pie.

Los calzones cortos que me ponían era otra vergüenza, por lo que al llegar a mi casa, que quedaba a dos cuadras, me encerraba y hasta que oscurecía salía a jugar a la calle, según yo para que no me vieran mis humildes grados.

Una tarde de esas, cuando estudiaba el segundo grado, llegó hasta mi salón la maestra Laura Cosío, para anunciarme que al señor director de la escuela, profesor Fernando Ramírez, se le había ocurrido que yo declamara en el festival de fin de cursos, que por acuerdo de todos los maestros y por encima de todos los alumnos era el indicado, porque en los concursos yo lo hacía muy bien y que para ello me prepararía durante los meses faltantes, y que bien aprendida la recitación iba a ser el mejor de la escuela y que hasta les echaría tierra a los de sexto año.

¿Qué hacer, Dios mío? ¡Me van a ver mis calzones rabones! Y luego se van a reír de mis huaraches y mi cotoncillo de manta, ni modo de escondérselos o quitármelos cuando suba al estrado a declamar.

Sabía que no tenía escapatoria, menos remedio ante la designación del director, y mi maestra estaba empeñada en que yo debería recitar, porque según ella, ningún compañero se aprendía la poesía en el corto tiempo que faltaba para la fiesta de clausura de nuestra escuela y, además, me engallaba diciéndome que ese don de saber declamar era un don que Dios me había otorgado y que pecaría si no lo utilizaba.

Yo me volaba y mi soberbia me hacía sentir indispensable, pues era cierto que en los certámenes de declamación siempre ocupaba el primer lugar, pero como eran internos no me preocupaba por mi vestimenta.

Sudores iban y venían y en mi mente infantil sólo cruzaba una interrogante. ¿Como decirle a mis abuelos que necesitaba ropa porque iba a declamar, si yo mismo veía su extrema pobreza?

Varias noches sin dormir, mis sueños eran pesadillas por los calzones y los huaraches. Las muchachas riéndose y apuntándome con el dedo y mis compañeros varones haciendo burla y escarnio de mi figura.

Una noche de esas, me animé pues el ángel de mi guarda me iluminó para que pronto tuviera dinero. Voy a robarle a mi abuela un huevo de gallina diariamente, me dije. Lo vendo y guardo debajo de una piedra los centavos y cuando tenga unos veinticinco centavos me compro un pantalón, pero será largo.

Saqué cuentas en la cama todavía, si el huevo vale un centavo y medio, necesito diecisiete huevos. Y si faltan treinta días para la festividad, alcanzo ampliamente a juntar el valor del pantalón. Y ¿los zapatos? —me decía. ¿Ah? Ya sé, se los voy a pedir a mi tía Cuca, que vive en Monterrey y de seguro ella me los mandará. De eso se va a encargar mi abuela Luisa, la madre de mi mamá difunta.

Al otro día, manos a la obra. Yo sabía que entre las doce y la una de la tarde las gallinas de mi casa ponían. Me dije: en cuanto oiga su cacareo, corro y recojo el huevo antes de que mi abuela lo haga, lo escondo y cuando me vaya a la escuela por la tarde, lo saco y lo vendo en la tienda de don Rafailito, luego escondo el dinero.

Pero, ¿como lo voy a sacar, si cuando me voy por la tarde a mi escuela, ya mi abuela esta sentada en la puerta de la calle en su labor de costura? Si espero para la noche, entonces es mi abuelo quien está sentado viendo pasar a las gentes y saludando a sus amigos, después de la faena de su carpintería.

¡Ya sé!... Debajo de mi cachucha de beisbolista, que a diario llevo puesta sobre mi cabeza y que me es inseparable, ahí esconderé el huevo y sin correr los voy a estar sacando.

¡Al hecho!... Inicié mi trampa con magníficos resultados, todo tieso, sin respirar siquiera, derecha mi cabeza, salía invariablemente a las 2:30 de la tarde rumbo a mi escuela con mi huevo escondido debajo de mi gorra. En el camino lo vendía, y escondía mis centavos debajo de una piedra.

Pero como dicen los chiquillos: ¡la chapuza sola acusa! No llevaba dos semanas de estar robándome los huevos, cuando una tarde sin saber de donde salió, menos el motivo que la obligó, mi abuela me alcanzó antes de salir de la casa y cogido de una oreja me regresó y me reprendió porque no había tirado una basura, y como yo le repliqué enojado, para mi mala suerte me tiró tremendo coscorrón y le atinó al huevo escondido. Deben saber ustedes, que la clara y la yema comenzaron a brotar entre las cejas y las orejas, escurriendo por todo lo largo de mi cara y de mi cuello.

Mi abuela descubrió la trampa. Me dio una zurra buena y yo no alcancé a comprar mi pantalón.

Enojada como estaba, mi confesión fue veraz y la entrega del dinero que yo tenía escondido debajo de la piedra, justificaron mi arrepentimiento y fueron ablandando el corazón de aquella santa abuela.

Cuando regresé por la tarde y a la hora de cenar, mis tías me suplicaron que les dijera el motivo por el que había robado los huevos.

Tuve que confesar la verdad. De mi declamación, del festival de fin de cursos, de los exámenes y de que yo quería un pantalón, porque me daba vergüenza llevar calzones, y cordones menos, y para componer el mal cuadro, con esos huaraches tan pobres y sencillos.

Mi tía Rosa —seguro me quería mucho— me prometió que si ya no volvía a robar, ella me compraría un pantalón de mezclilla azul y que además sería largo para que ese día lo llevara a la fiesta de clausura, y como sabía coser a máquina, ella misma me lo confeccionaría.

Desde esa noche el gusto invadió a mi persona. Los sueños iban y venían pero siempre relacionados con mi pantalón largo.

Mis conversaciones con los compañeros, con mi maestra Laura, y con las amigas, sólo eran sobre el próximo estreno de mi pantalón. A todas horas les expresaba mi gratitud para con mi tía Rosita; y además, como era amante de echar mentiras, les decía que mi tía Cuca la de Monterrey ya me había mandado unos zapatos que estrenaría junto con mi pantalón.

Larga espera, muchos días faltaban. Era eterno esperar para estrenar pantalón y zapatos, sueños mil y de distinta forma vagaban por mi mente infantil y a todas horas. Días de angustia que a mi corazón cada vez lo aceleraban más a medida que el fin de cursos se aproximaba.

¡Por fin, mañana! —me decía eternamente, mañana— repetía una y otra vez. Ya mañana lunes estreno mi pantalón.

El día se había llegado y mi tía tenía listo el pantalón de mezclilla azul, planchadito y acicalado. Sí... también zapatos voy a estrenar porque mi abuela Luisa se endrogó en La Compañía y me regaló unos para que estrenara ese día, en el festival de fin de cursos.

Mañana, voy a ser el primero en llegar a la escuela y de seguro el más guapo, me decía en voz baja.

El día llegó. Ese día, contra mi costumbre, me levanté antes de las siete de la mañana, calenté agua en una olla de barro y me di un baño. Mi tía Rosa me vistió y a las ocho en punto mi pantalón estaba puesto, junto con una camisa blanca de popelina o tussor.

Mis zapatos me apretaban por la falta de costumbre, pero no lo sentía. No quería quejarme porque sabía que cualquier lamento sería suficiente para no estrenar.

Ya estaba listo, y llegándose la hora como de rayo crucé el dintel de la puerta que da a la calle y corriendo traté de cruzar hacia la otra banqueteta, en el preciso momento que sale un perro bravo de la casa del vecino y se me abalanzó con tanta furia, que en su mordisco me cogió de la bolsa trasera del pantalón y de un jalón se llevó la tira y me dejó en puros cueros...

¡Qué angustia! ¡Qué desilusión! ¡Qué sorpresa! ¡Qué frustración! El sueño de mi vida me lo había arrebatado el perro.

Junto conmigo lloraron mis tías, lloró mi abuela, maldecía al perro mi abuelo. Todos vivimos esa tragedia y como la hora ya se había llegado, yo debería cumplirle a mi maestra, el programa estaba elaborado y tenía que subir al foro de madera para declamar.

Me pusieron mis calzones, sólo me dejaron los zapatos nuevos. Cabizbajo llegué a la escuela en el preciso momento que anunciaban mi nombre y el de la reclamación que yo iba a interpretar: «¡Mexico, creo en ti!» de Ricardo López Méndez.

Subí al foro y sin acordarme de mi humilde ropa comencé a declamar, que con el sentimiento que yo traía y el llanto que me brotaba a raudales a cada momento que me acordaba de mi pantalón, impacté al auditorio; lloraron muchas madres de familia, se emocionó el público y mi maestra pasaba saliva a cada momento. Pero nadie sabía de mi tragedia anterior, sólo yo y el perro bravo que todavía se estaba burlando de mí, con el trozo del pantalón en el hocico.

TEATRO POPULAR:
TODOS A ESCENA

Una de las manifestaciones creativas más antiguas de las comunidades es el teatro; a través de él se logró buena parte de la evangelización, por ejemplo, y aún en la actualidad sigue siendo un vehículo de comunicación colectiva de gran importancia social. Evidentemente, las obras se han ido transformando, pero todavía perduran formas originales como la pastorela.

Las obras de teatro popular se pueden dividir en tres tipos: las de tema religioso, las de crítica política y las que abordan temas sociales.

A pesar de sus diferencias, prevalece el uso del lenguaje popular, pícaro; generalmente son cortas, de un solo acto.

El teatro pastoral viene siendo el villancico escenificado, el de la pastorela, que nace en Italia en el siglo XVI gracias a los franciscanos; su uso original fue el evangelizador. El indígena ya contaba con formas dramatizadas y no fue difícil popularizar el uso del teatro para representar dramas litúrgicos. En 1530, fray Juan de Zumárraga mandó escenificar la obra *Natividad gozosa de nuestro Salvador*.

La pastorela se caracteriza por la ingenuidad de su forma y la presencia constante de los mismos personajes, entre los que destacan los patores Gila, Bato, Bras y Bartolo quienes discuten, pelean, se enfrentan a los demonios, etc. Al final, triunfa el bien y la pastorela culmina con el nacimiento de Jesús.

De acuerdo con investigadores de la Universidad de Guadalajara, la primera pastorela que se recuerda en Jalisco se realizó en Zapotlán, hoy Ciudad Guzmán; en ella se representó la batalla entre san Miguel y Lucifer y se representó en lengua indígena.

Marcos Arana, cronista de Tonalá, indica que «una especie de hermandad se encarga de costear la pastorela del año. Las representaciones duran del 24 de diciembre al 6 de enero, 16 capitanes o más se encargan de costear los gastos».

El tema central siempre gira en torno a la lucha entre el bien y el mal; sin embargo, el ingenio popular mexicano fue añadiendo personajes, diálogos chuscos que en ocasiones, se tornan irreverentes.

De Colotlán, VÍCTOR VELA proporcionó la siguiente pastorela.

El Moro y el Cristiano
[Desafío]

MORO
CRISTIANO
OFICIAL

CORO.—

Vientos, montes, astros, prados
mexicanos de Jesús
que se vienen a llevar
a la Santísima Cruz.

CRISTIANO.—

Una pieza han disparado
de voces con gran placer
que salga el gran muchiller
a ver qué es aquí este estrago.

OFICIAL.—

¿Quién sois que con vituperio
ha llegado a este lugar
mostrando tan grande alarde?

MORO.—

Soy un rayo desatado
amago, muerte o veneno,
relámpago, pasmo, horror,
asombro, cometa o trueno,
espanto, agonía, temor
y por último soy miedo
de cuantos en reverencia
asisten a este festejo.
Anda y dile a ese tu capitán

que con él hablar pretendo
que le traigo una embajada
o mejor diré un lauderio
que el gran turco mi señor
pretende con este reino.
Anda que si hoy dilatáis
correrás tan grande riesgo
porque eres un pobrecillo
para el valor que yo tengo.

OFICIAL.—

Pues cuidado cuando pases
de esta raya para adentro
porque al infierno te lleva
el diablo tu compañero.

CRISTIANO.—

¿Qué es eso gran muchiller?

OFICIAL.—

Señor, es un moro brutesco
que acuadrillado de un sinnúmero
ha llegado a este lugar
montando un corcel muy fiero
que al verlo le tuve miedo.

CRISTIANO.—

¿Y que te dice que quiere?

OFICIAL.—

Que hablar contigo es su intento
que te tiene una embajada
para no se qué convenio.

CRISTIANO.—

Alférez este es el día
en que vuestro valor y esfuerzo
ha de mostrar su altivez
como otras veces lo ha hecho.
Por mi Dios y por mi fe
daré la vida que tengo
dile a ese moro que pase
que ya su embajada espero.

OFICIAL.—

Dice el capitán que pases
pues que ya te espera atento
y cuidado con tus bravatas
porque si empiezas con cuentos
tus compañeros y tú
han de ir a dar al infierno
tizonazos del diablo cojo
y comidas de asmodeo.

MORO.—

No porque estén en su tierra
piensen que les tengo miedo
y para que mejor lo creas
mira el garbo con que llego.

MORO AL CAPITÁN.—

Capitán, Alá te ampare.

CRISTIANO.—

Dios sea contigo otomano
y te dé conocimiento
vea, sentaos en esa silla

y gustad esta corta cena
y después decid vuestro intento.

MORO.—

Valeroso capitán
de todo mi mayor aprecio
ya gustamos de la cena
seguiremos el argumento.
El gran turco mi señor
que Alá guarde mucho tiempo
hoy te remite esa joya
y con ella un buen deseo
que tiene de conocerte
para que tú seas su dueño.

CRISTIANO.—

Le dirás que es mi señor
que estimo mucho su afecto
con que honra mi pequeñez.
Toma, dile a ese tu caballero
que hoy le mando este cintillo
en señal de que lo quiero.

MORO.—

Esto supuesto también
manifestando su afecto
el gran señor de Turquía
supo como aquí en tu pueblo
tienen una admiración
un gran prodigio un portento
una margarita o perla
un sol brillante, un lucero
como es la Santa Cruz del Señor
la que honran en este pueblo

que se la mandes conmigo
pues tan sólo a eso vengo
por eso traigo compañía
caja, clarín, instrumento
brocados, telas y joyas
del más decente aderezo
para en procesión llevarla
y colocarla en mi altar
de la mezquita que tengo
junto aquel bendito hueso.
Verás qué veneración
con qué decencia y esmero
ya tributos le ofrecemos
lo hace de compadecido
porque supo que en tu pueblo
no le ofrecen holocaustos
como merecen sus hechos
más eso a mí no me importa
sólo si decirte debo
que si entregas a la Cruz
como lo traigo antepuesto
Turquía, Moldaba, Petros,
Burgos y Morjedo,
Anjada, Madrid, Jareo
Fragata, Bajel, Navio
perlerías del mar Bermejo
las riquezas del Arabia
del paraíso los ungüentos,
las flores del río Jordán
y todo lo que su reino encierra,
entrega pues a la Cruz
que seréis en breve tiempo
más dichoso que Alejandro
más que el décimo discreto

en saber más que Aristóteles
porque mi rey falleciendo
seréis de África dueño.

CRISTIANO.—

Calla villano
que risa me dan tus cuentos
por no decir que coraje
pues iracundo te veo.
Sin la mayor dilación
caigas en la tierra muerto
toma llévate tu joya y dile al moro brutesco
que cuando intentó tal cosa
sin duda estaba durmiendo
porque la Santa Cruz
no es como el inhumano hueso
y que no es como Mahoma
es espejo de Cristo estrella brillante.

MORO.—

¿Esa respuesta le das
a quién te ofrece su reino?

CRISTIANO.—

Esa es la contestación
tú mismo la estás oyendo.

MORO.—

Pues yo también hago lo mismo
toma tu infame cintillo
que de esto en Turquía hay terreros
Cristiano hablador mordaz
indomestico rapaz
tú desprecias a mi rey

tú le mandas decir esto
tú blasfemas contra Mahoma
pues si lo dices es por necio
verás no te han de valer
las pagarás por entero
que de moros a cristianos
no se entenderá el enredo.
Ea, valientes abolidos
esforzados monjibelos
iracundos militares
cargad esta bella imagen
basta ya de cumplimientos.
¿Ya lo ves espada china
como a tu imagen me llevo
sin haberte dado nada?
anda ahí gallo culeco.
¿Si no eres hombre formal
ni tampoco de palabra
para qué son tantos cuentos?

CRISTIANO.—

Mira te dejo llevar
la Cruz que venero yo
por no atropellar la casa
ni tampoco los respetos
y del clero que me acompaña
a su devoción atiendo.
Pero para el día domingo
en la plaza nos veremos
y entonces verás araña
todo el valor que yo tengo.
Anda y hazle su rosario
de la compañía y consuelo
de la Santa Cruz del Señor

que tal vez podrá ser medio
para que tú y tu acompañá
gocen de los cultos nuestros.

MORO.—

Hoy que me habéis desafiado
tú la sacarás ardiendo
¿cómo cristiano te nombras?
que ya brinco de contento.

CRISTIANO.—

Soy don Francisco Pizarro
capitán al mismo tiempo
de la milicia cristiana
del pueblo de Colotlán.

MORO.—

Mira, Mapolín me llamo
capitán al mismo tiempo
dejemos de voceríos
basta, basta de argumentos
que el domingo que es la junta
te he de quitar el pellejo
y de él hacer un tambor
que me sirva de granero.

CRISTIANO.—

Pues yo también te he de dar
cortadas con este acero
que tú mismo cuando veas
y las sientas en tu cuerpo
pensarás que es granizal
que está cayendo del cielo

pero para conocerte
cuando en la función estemos
toma moro mi bastón
que poder quitártelo espero
con la mano en mi poder
quitártelo yo pretendo.

MORO.—

Pues para que yo también
te conozca en el ejército
toma mi alfanje que yo
te lo quitaré soberbio
con la cabeza en las manos
y la tiraré al infierno
quedad con Alá capitán
ya me voy de este lugar.

CRISTIANO.—

Mira Mapolín camina
que espero en Dios verte fiel.

MORO.—

Me he de llevar a la Cruz
a la fuerza de mi rigor
todos a una voz que viva
la Santa Cruz del Señor.
(Se cierra el telón y se suena la campanilla.)

CORO.—

Ciento cincuenta cabrillas
son las que matan al moro
viva pues el brillo de oro
y el niño y sus maravillas.

CRISTIANO.—

Soldados amigos míos
he de acabar con la raza
de ver cautiva la cruz
si sigue nuestra desgracia
de ver cautiva entre moros
aquella joya esmaltada
aquel espejo de Cristo
me da muerte prolongada
y así esforzado sargento
parte ágil por las voladas
anda y dile a Mapolín
que ahí le remito esa carta
que remita la Cruz
con voz y con vigilancia
y si tarda en entregarla
juro a la luz que me acompaña
el pasarlo a cuchilladas
a la mitad de esta plaza.

OFICIAL.—

Como valiente soldado
voy a hacer lo que me mandas.

OFICIAL AL MORO.—

Dios te guarde capitán
y la reina soberana
te libre de mi furor
que soy muerte que te mata
relámpago que te asombra
estallido, trueno o bala
que entre pulidas cenizas
te conviertan por canalla.

MORO.—

Alá sea contigo pobre
dime, ¿acaso eres fantasma
sombra, ilusión, devaneo
que hoy se parece a mi casa?

OFICIAL.—

Soy don fulano de tal
sargento de mis escuadras
aunque humilde defensor
de toda la fe cristiana.

MORO.—

Tú vendrás entejuinado
porque allá en tu tierra hay pasas
con ellas se regalizan
y así no vengas con chanzas
quítate, quítate, no te apachurre
y te vuelvas hojarasca
que fea la muerte de un sapo
cuando una rueda lo agarra.

OFICIAL.—

Basta ya de molestar
yo tomaré mi venganza
el ilustre capitán
Señor de llave dorada
que es don Francisco Pizarro
ahí te remite esta carta.

MORO.—

Veremos lo que nos dice
ese cristiano atrevido:
«Señor mío Mapolín

muy estimado y señor mío
usted me ha desafiado
para este día a la campaña
más yo estoy por rescatar
a la Santa Cruz y así mándeme
decir con mi sargento, la cantidad
que quiere por el rescate para mandársela.

Su humilde súbdito que en
Dios lo ama.

Francisco Pizarro»

El coraje me sofoca
y la cólera me atraganta
pero para desecharla
este papel me la paga.
Dile a ese tu capitán
que es un perro de dos caras
un hablador insensato
cobarde de sangre baja.
Dile que tenga presente
que el martes por la mañana
cuando me traje la Cruz
me desafió a la campaña
y este bastón me dio enseñanzas
y así dile sin tardanzas
que si es desmemoriadito
que acostumbre a comer pasas.
Por último le dirás
que conforme vi su carta
contigo, con él y cuantos
vinieran en su compañía
he de hacer la misma hazaña
y así vele en hora mala.

OFICIAL.—

Anda moro soberano
oveja llena de lanas
no se pasará ni una hora
sin que os quiten las carlangas.

MORO.—

Aunque dieran por la cruz
dinero o varias alhajas
no la llevarán consigo
aunque en oro la pesaran.

CRISTIANO.—

¿Cómo sargento te fue
con ese moro brutesco?

OFICIAL.—

Señor apenas leyó
las rayas de vuestra carta
cuando haciéndola pedazos
mostró su enojo y venganza.
Me dijo que te dijera
que eres hombre de dos caras
y también que sangre baja
y dijo que con nosotros
ha de hacer la misma hazaña
y que le habías de cumplir
la propuesta propalada
con que mira lo que hacemos.

CRISTIANO.—

¿Cómo? ¿Qué? Tomar las armas
y morir por nuestra fe
y por nuestra ley sagrada

muera el otomano muera
y viva la Santa Cruz
¿Yo cobarde? ¿Yo villano?
Miente, miente quien tal habla.
Ahora ha de saber ese moro
el valor y la pujanza
de don Francisco Pizarro
que hasta hoy nada le acobarda.
(*Se encuentran el Cristiano y el Moro*)

CRISTIANO.—

Señor, mira a Mapolín
y a la piedad soberana
pues se ha dignado juntarnos
a los dos en la campaña.
Ahora veremos los chismes,
las bravatas y valentías
que el martes por la mañana
gastaste con mi persona
en aquella casa honrada.
Ahora verás desmentidos
los frutos del carmesí
tiernos colores cuajados
que entre cristalinas ansias
lloraban sus desperdicios.
Porque los bienes de iracundo
bajando tanta altivez
entre tasajudas garras
van muriendo sin tardanza.
Aunque seas un fierabrás
león ido de las montañas
el gran tambor landro pecho
medrazo, gandul silín
alumbrado y Sancho Panza.

En fin todos esos moros
que anterior fueron de fama
todos vinieran contigo
considero que era nada
para el valor que yo tengo
que hasta hoy nada me acobarda.

MORO.—

Anda ahí pataratón
mucho más que perro ladras
pues no dices que a carmín
a divertir estas playas
serán de vuestros soldados
porque todos son arañas
polluelos enfrijolados
moscuelos de la Bambaria
langostas de chapulines
que cualquier aire los mata.
¿Qué no eres hombre formal?
¿Ni tampoco de palabras?
¿No querías que te mandara
la Santa Cruz del Señor?
¿No me mandaste una carta
diciendo que no querías
acompañarte con malandrías?
Porque no digo, aquel Cid
otra vez resucitara
los infantes victoriosos
los doce pares de Francia.
Todos vinieran contigo
considero que era nada
para el valor que yo tengo
que hasta hoy nada me acobarda.

CRISTIANO.—

Basta ya dejemos de eso
saca al instante tu espada
desmonta de ese caballo
que ya mi valor te aguarda.

MORO.—

Ay de ti si yo desmonto
porque tengo tal confianza
en mi valor.
Ahora pintaré lo que te aguarda;
una gallina culeca
diez o doce pollos carga
llega el gavián hambriento
uno por uno se mama
queda la gallina sola
cacaraqueando y sin ganas
sin pensar llega el coyote
y entre sus dientes la garra
hace merienda con ella
y aquí se acabo la danza
¿Y así quieres que desmonte
que fiero fin te aguarda?

CRISTIANO.—

Desmonta que yo también
pintaré lo que te aguarda:
¿pues no habéis visto en la tierra
asqueles que ni mostaza
con lancetas muy punzantes
que siempre tocan alarma?
Cae un pollo o gallo entre ellos
y con su cuchilla brava
como quien pepena trigo

uno por uno se mama.
Pues aunque sean como asqueles
vivan en tremendas lanzas
y peleando por mi fe
con esta, cuchilla brava
abrasaré más infieles
que peces hay en el agua,
como aves en la región
y como gente en la plaza
y así diciendo y haciendo
la hora lo verás canalla
desmonta de ese caballo
que hasta aquí nomás me ladras.

MORO.—

Malditos sean tus ladridos
que ya me dieron en cara.
(Se agarran en combate)

MORO.—

A la vista te prevengo
que estoy muy seguro y cierto
que no sabes donde tengo
la existencia de mi cuerpo.

CRISTIANO.—

Sí lo sé e inspeccionando
con alguna precaución
es aquí si no me engaño
al lado del corazón.
(Pausa)
Enemigo juega el arma
aunque el arma haya tirado
te he dado muerte villano

más no morirás a lo perro
en los filos de esta espada.

MORO.—

Por esta Cruz del Señor
no me mates, tente aguarda
dame el agua del bautismo
porque creo que es dicho tanta
que sólo yo debo tenerla
por el Dios que me acompaña.

CRISTIANO.—

Hermano sube a mis brazos
que me has alegrado el alma
soldados querrá con esos
que reverencia no dan.

MORO.—

Sí que mueran, si no quieren
largar la ley mahometana.

CORO.—

En saliendo de estos valles
suban a la gloria eterna
a ver a Dios para siempre
llena de flores y estrellas.

MORO.—

Camina Cruz del Señor
camina raro portento
a repartir tus favores
que hoy significa el afecto
y que sea principalmente
el señor párroco nuestro

de los ministros cristianos
 de aquel más honrado clero
 que con pecho fervoroso
 a recibido este obsequio
 alcánceme de Dios gracia
 y dale de todo afecto
 el premio para que con ellos
 suba a aquel su divino cielo.

CRISTIANO.—

Sube hermano generoso
 a la lucida pilastra
 y dile a los feligreses
 que le tributen mil gracias

TELÓN

* * *

La siguiente pastorela fue escrita por MANUEL ÁLVAREZ CEJA, de Tamazula. El texto es actual, aunque el argumento sea el tradicional, por lo cual se intercalan elementos y personajes modernos:

MARÍA / NARRADOR / DIABLO / JOSÉ / ÁNGEL /
 MANIFESTANTE / VECINA / AUTORIDAD / ENFERMERA / PERSONA

MARÍA.— En Dios pongo toda mi esperanza, él y yo sabemos, yo lo sé, y quiero gritar y mi grito es mudo, lo escucho yo, aquí dentro de mí, niño mío, ¿lo escuchas tú? Mi alma se llena de gozo, en Dios mi salvador.

NARRADOR.— José, su marido, que era un hombre justo, y no quería denunciar públicamente a María, decidió separarse de ella en secreto.

DIABLO.— A mí no me gusta el chisme pero... ¿Ya te fijaste? No me lo creas, pero todo el mundo dice: María y José ya se adelantaron.

JOSÉ.—Puros chismes.

DIABLO.— Tú sabes que no.

JOSÉ.— María es tan buena.

DIABLO.— Bueno, así dices tú... Pero, a mí se me hace que te quieren cargar el paquete, no te dejes, José. Corre, grita que ese niño no es tuyo, defiéndete. Te lo digo por experiencia; eso de traer cuerno no es nada cómodo. Pobre José... Pobre José...

NARRADOR.— José ya había pensado separarse de María cuando un ángel se le apareció en sueños:

ÁNGEL.— Yo soy el ángel... no, no traje alas, quedamos en que el anticuado y anacrónico ropaje no se iba a usar ¿Ustedes han visto a alguien por ahí caminar con alas... o volar? Así que permítanme usar algo más apropiado, más a tono con el tiempo en que vivimos. ¡Hola Pepe! ¿Cómo estas? Te noto triste. ¿Te corrieron del trabajo?

JOSÉ.— No.

ÁNGEL.— ¿Te peleaste con María?

JOSÉ.— ¡No!

ÁNGEL.— ¿Te preocupa el matrimonio?

JOSÉ.— Sí...

ÁNGEL.— ¡Hombre, algún día te tenías que casar! La vida de soltero es para los ángeles y además María es una buena chica...

JOSÉ.— No sé qué pensar.

ÁNGEL.— Oye José, no tienes derecho de hablar así. María pertenece a una familia decente. Yo pienso que no tienes derecho a pedirle cuentas de su pasado. Total, ¿la quieres?

JOSÉ.— Sí, ¡sí la quiero!

ÁNGEL.— Pues recíbela como es, si verdaderamente la amas, ámala como es: ámala con todas sus consecuencias.

NARRADOR.— Un ángel se le apareció en sueños y le dijo: José descendiente de David, no tengas miedo de tomar a María como esposa, porque el hijo que va a tener es del Espíritu Santo, y le pondrán por nombre Jesús, se llamará así porque salvará a su pueblo del pecado.

MANIFESTANTE.— Señores, venimos a solicitar firmas para que la Cámara de Diputados acepte nuestra propuesta de ley para la liberación del aborto, porque entiéndalo bien, así es como se dice: «liberación del aborto». No seamos cursis, románticos ni anticuados. El aborto, ¿un asesinato? ¡Que va! Eso dicen los partidos derechistas y el Papa. Exigimos el derecho de que a nuestros hijos los asesinen médicos con título. Y tu, María, ¿no vas a abortar? Fíjate todos los problemas que te

ahorras: no tendrías que pasar vergüenza con José, seguirás siendo una honrada señorita. Firma María...

MARÍA.— *(Dice que no con la cabeza y alejándose de ella se acerca a José).*

MANIFESTANTE.— Vamos, María, pon tu firma aquí para que otras Marías puedan tener derecho a liberarse de sus hijos.

NARRADOR.— Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel le había mandado y tomó a María por esposa.

JOSÉ.— María, hoy aprendí que cuando se ama no se piden cuentas, que cuando se ama no importa el pasado, que amor es tener absoluta confianza, que tener confianza es creer, María creo en ti, te acepto como eres, con todas las consecuencias y amo el fruto de tu vientre, porque es tuyo, lo acepto para que sea mío, consciente de que mi paternidad acompañará tu ser de madre: los acepto a los dos.

MARÍA.— ¿Cómo le pondremos al niño?

JOSÉ.— Jesús.

MARÍA.— ¡Qué bonito nombre!

VECINA.— ¡Ay, qué sonriente va a ser ese niño que viene! Será tan fresco y suave como una flor de espuma. Jugará a pastorear rebaños de ovejitas, tendrá un cayado de amor par guiarlas bien.

NARRADOR.— Por aquel tiempo el emperador Augusto ordenó que se hiciera un censo de todo el mundo y tendrían que ir a empadronarse a su propio pueblo.

AUTORIDAD.— ¡Vamos, mujercita, muévase! Por eso estamos como estamos. Nunca se colabora con las autoridades, nosotros que nos preocupamos por su bienestar, somos como padres para ustedes y no recibimos más que críticas. Además la ley es la ley y no se fija en intereses individuales... ¿No ven las nuevas y grandes avenidas? ¿Qué importa que cientos de personas se queden sin casas? Lo importante es que ahora los automóviles cuentan con avenidas más amplias, es por el bien de la comunidad. Además hay que quedar bien con el jefe... Apúrate, ¿qué esperas? Allí están los camiones que te llevarán al zócalo, aplaudes y echas porras cuando los dirigentes del partido lo indiquen. Los del pulpo camionero me van a pasar mi comisión. Así es la política. El que no se hace rico en un sexenio es un tonto. Anda, camina que ya están esperando los camiones.

NARRADOR.— José en compañía de María su esposa salió del pueblo de Nazareth, de la región de Galilea y se fue a Belén en Judea, donde había nacido el rey David.

ENFERMERA.— A ver, el que sigue. ¿Ya sacó su ficha? ¿Trae su credencial? Porque si no tiene ficha hay que hacer cola desde las cinco de la mañana. ¿Qué no tiene credencial? Entonces, ¿qué hace aquí? No me haga perder el tiempo. El que sigue. ¡Oh, pero qué necia! Mire señora, usted no puede atenderse aquí, vaya con el director del Seguro. ¿O tienen ustedes alguna recomendación? ¿Son parientes de algún funcionario?, si es así podríamos aceptarlos.

MARÍA.— No, somos pobres.

ENFERMERA.— ¿O tienen algún pariente importante?

JOSÉ.— Sí, soy descendiente de David.

ENFERMERA.— Pero ese es del régimen pasado, mejor ni lo mencione ¿Algún pariente en este sexenio? Pues entonces no me hagan perder el tiempo. A ver, el que sigue...

VECINA.— No te preocupes María, esa mujer no es mala, el sistema la hace así, se les ha enseñado a tratar a la gente como a número, esa pobre mujer se siente importante decidiendo sobre tu destino; se ha convertido en víctima de una sociedad deshumanizante.

DIABLO.— ¿Qué les parece? ¿Por qué hemos de ayudar a esa pareja? ¿Cómo hemos de recibirlos en nuestra casa? ¡Ni siquiera los conocemos! ¿Qué tal si son ladrones? ¡Con esta gente que viene de provincia uno nunca sabe; además ese hombre se ve fuerte. ¡Que trabaje! En mi casa, que es la de ustedes, necesitamos un criado y una sirvienta, pero eso sí, sin niños. Porque a mí me molestan mucho los niños y luego, luego nada más se hacen tontas y ni trabajan por estar con el escuincle. Si aceptan venir a trabajar, a ver cómo le hace María, que lleve al niño a una guardería o que lo regale, pero tiene que venir sin niño.

ÁNGEL.— Eso de ser ángel no me gusta mucho, cuesta trabajo convencer a la gente, a veces me dan ganas de pasarme a la competencia, ellos tienen más garantías, convencen más fácilmente porque la gente quiere hacer lo que ellos dicen. Ni siquiera tienen que rogar. Por ejemplo, si yo les dijera ahora que fueran a adorar a un niño me dirían:

PERSONA.— Que esta usted loco, no somos fanáticos, además no tengo tiempo, mis dos trabajos apenas si me permiten llegar a casa a ver la televisión y aprender a pensar como nos dicen en el programa de 24 Horas, hablemos claro, yo soy una persona muy ocupada y no me gusta andar en esos chismes. ¿Cuánto hay que dar?, prefiero darle una limosna y no andar yo de metiche.

ÁNGEL.— ¿Ven? Y todo esto se juzga normal. Actuar de otra manera sería raro, subversivo, contrario a la moral y a las buenas costumbres.

En la Navidad de hoy... ¿dónde nacería Jesús? ¿En qué hospital se atendería María? ¿A qué colegio iría Jesús? ¿Dejarías a tu hijita juntarse con el hijo de un carpintero?

En la navidad de hoy... como en la de hace 1995 años, Jesús nacería en las afueras de la ciudad, en una de esas chozas que ni siquiera conocemos, porque nos da miedo acercarnos, porque creemos que son ladrones o gente mala la que las habita.

Jesús será uno de esos niños que ni siquiera iría a la escuela porque tienen que trabajar, uno de esos niños que se vestirían con la ropa que tus hijos dejan, y la gente que iría a ver a Jesús sería de la que no falta en los barrios y en las ciudades perdidas: el pepenador, el teporochito, el vendedor ambulante, etcétera. ¿Y tú? Quizás has estado apuradísimo comprando regalos, escribiendo tarjetas deseándoles a tus conocidos feliz Navidad. ¿Ven cómo tengo razón? Así me dan ganas de pasarme con los de allá abajo, para que me consideren gente decente. Bueno... me voy, tengo que ir a visitar a un chiquitín que nacerá en navidad. ¿Ustedes gustan?

MARÍA.— Niño mío, mi Jesucito, / mi bien en camino, / quédate en mi seno, / aquí estás protegido, / aquí escuchas, / sientes mi palpitar de amor, / refugio seguro es mi vientre, / tibio lecho, cálido ambiente. / Afuera... nadie te espera, molestas, / hieres las estadísticas, / alarmas el egoísmo / afuera... no tienen par para ti, / Pobre Jesús, alguien en su mesa se come tu pan, / no quiere que nazcas, / Jesús mi niño, no hay lugar para ti, / quédate en mi seno.

JOSÉ.— Afuera... / Ya alguien prepara sobre un monte tu cruz / pero haz de nacer niño mío, / el mundo te espera y cuando abras tus ojos / en charola de plata / tres buenos reyes te presentarán: / el odio entre hermanos, / el amor al dinero, la opresión de los pobre / y tú ... nos salvarás. / Es bueno que nazcas, que dejes su seno / el mundo te espera. / ¡Nos liberarás!

NARRADOR.— Esta resultó ser una triste historia, que se convertirá en alegre cuando nazca Jesús en cada corazón. Esta historia debe dar sentido y orientación a nuestras vidas para que la justicia, la buena fe, la armonía y el amor sean los regalos que ofrezcamos a todos en esta Navidad.

MARÍA DOLORES ESTRADA URIBE, originaria de Etzatlán, maestra jubilada, nos proporcionó la siguiente pastorela, cuya estructura es la tradicional y que se representa en todas las escuelas de la población.

Se desarrolla la obra en el periodo comprendido entre la anunciación y el nacimiento. Consta de seis cuadros o temas diferentes, aunque relacionados entre sí, los que comprenden, además de los diálogos, canciones y bailables.

Los cuadros representan escenas de la anunciación, el infierno, las posadas, la anunciación a los pastores, los pastores camino a Belén y el nacimiento. Además sin llevar un diálogo, la adoración y los Reyes.

El elenco lo integran veintinueve personas, de las cuales llevan los principales papeles nueve, trece los secundarios y el resto toma muy poca parte. Sin embargo, es conveniente, para evitar confusiones por parte del público, que diferentes personas interpreten a cada personaje.

El vestuario será de lo más sencillo, para lo cual se buscarán modelos apropiados de fácil confección. El decorado se tratará de hacer en piezas movibles, como el presentado por el Cuadro de Monterrey. Por fondo se tendrá un telón blanco, que se preste a los cambios de luz.

El alumbrado será apropiado a cada cuadro.

Como fondo musical, se tendrán discos apropiados a cada cuadro.

Los villancicos serán interpretados por la estudiantina, que puede tomar parte como pastores.

El grupo de baile, interpretará las danzas que tenga cada cuadro.

Los Reyes Magos sólo aparecen al final de la obra, no hablan, por lo tanto sólo se les conseguirá el traje apropiado.

Cuadro 1 *La anunciación*

VIRGEN MARÍA / ARCÁNGEL GABRIEL

Decorado: Estancia con un reclinatorio. Como fondo un ventanal con arcos y cortinas. *Iluminación:* Un color oscuro, que dé oportunidad de proyectar una luz más

fuerte sobre el ángel. *Fondo musical*: De preferencia el *Ave María*, hasta donde principie un diálogo y al finalizar el acto.

ÁNGEL.— Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú, entre todas las mujeres.

MÁRIA.— ¿Cómo será esto? ¡No comprendo! No...

ÁNGEL.— Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo al cual el Señor Dios dará el trono de su Padre David, y Él reinará eternamente en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.

MÁRIA.— No quiero conocer hombre. Estimo tanto mi virginidad que no quiero de ella detrimento. Por respeto a la Divinidad, no sé ni qué decir al momento.

ÁNGEL: Por obra del Espíritu Santo, el Divino Infante encarnará en ti, y será llamado Santo el único hijo que nacerá de ti. He aquí que también Isabel, tu prima, dará a luz, aún en su vejez. Porque no hay nada imposible para Dios.

(La Virgen se inclina)

MÁRIA.— He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí, según su palabra (levanta los ojos al cielo). Yo soy indign, Señor, de tanta dicha y tanta dignidad.

(Música «Gloria a Dios». El Ángel sale de la escena)

MÁRIA.— Glorifica y ensalza, alma mía, a mi Dios y Señor, por su bondad. Espíritu mío, salta de alegría por este bien tan grande para toda la humanidad. Ya desde ahora las generaciones me llamarán Bienaventurada, porque a Madre de Dios hoy fui elevada.

(Junta las manos y queda en éxtasis)

(Música. Cuadro de ángeles al fondo. La Virgen delante con la cara al público).

TELÓN

Cuadro II *El infierno*

LUZBEL / PECADO /

AMAZONAS *(bailarinas que llevan el papel de pecados capitales)*

SOBERBIA / AVARICIA / LUJURIA / IRA / GULA / ENVIDIA /

PEREZA / TENTACIÓN

Decorado: Simulando una caverna, con rocas color rojo, dibujos de dragones arrojando lumbre y humo, que se podrá hacer con copal. Al centro un trono. *Iluminación:* Todo el alumbrado en color rojo. Se simularán rayos con efectos de luz. *Fondo Musical:* En la primera parte del monólogo de Luzbel, una música triste, después se escuchan coros (de música sacra). Para el baile de las amazonas, se buscará música alegre. Al bailar Lujuria, se puede repetir la música del principio. Tentación puede bailar un ritmo más rápido y alegre que los anteriores. La salida de escena de las amazonas, se hará acompañadas de una marcha.

LUZBEL.— Sí, podéis marcharos. No os creo, eso será nada más una amenaza y de allí no pasará. ¿Que es cierto? ¡No lo es! Queréis intimidarme y nada más. A mí, Luzbel, ¿amenazarme tú? No puede ser. Sí, te digo que no puede ser (*se ríe*).

¿Por qué te obstinas en sostener lo contrario? ¿Por qué me haces desesperar? ¿Por qué provocas mi ira? ¿Por qué aumentas mi soberbia? ¿Por qué vienes a interrumpirme así a mi palacio? ¿No soy dueño de mi recinto, ni del descanso a la hora que yo quiera? Hasta aquí penetras con tus melodías a anunciarme la venida del Mesías. ¿Ese nacimiento que los judíos esperan en vano y que los profetas tanto han anunciado? ¡No! No lo creo. Puedes retirarte, quiero descansar. ¡Déjame solo! ¿Oyes?... Sí, haces bien... Ya se va... estoy sólo... sólo... (*ríe*).

(*Despierta*) ¿Pero, estoy soñando o es de verdad? ¿Qué es lo que he sabido? ¿Cómo voy a creer que ese Dios venga según me han revelado? Mas, sí, es cierto. Ese Dios que me arrojó de los cielos, donde era tan querido, donde me llamaba Luz Bella. Es ese Dios que me quiere humillar una vez más. ¡No lo conseguirá! Yo le probaré que soy poderoso. Que soy inteligente.

(*Se oye música triste*)

Escucho, a mi pesar, oigo y tiemblo al oír esa melodía que suena misteriosa con esa vaga música que llena estos espacios. Baja del cielo con esa grata resonancia y a mi orgullo fiero conmueve muy a pesar mío. El corazón apresurado late y éste Príncipe Luzbel, tan altanero, inclina su cerviz, anonadado.

Música bella, que a la par causas dolor y enojos. Yo también te escuché cuando fui estrella. Yo también canté cuando mis ojos brillaban como luz de la alborada. Fui un celeste morador del alto cielo. Fui Arcángel luminoso y esplendente. Hermoso. Sin igual. Dotado de gran poder. Feliz, gozando de un deleite sin par, jamás sentido.

Mas, todo se acabó. Ahora voy por el mundo arrastrando mis dolores, cual

surcan por el polvo reptiles, secando con su aliento bellas flores... ¿Qué se hizo mi hermosura?... ¿Dónde está mi ropaje de topacio?... ¿Quién me arrebató mis vestiduras, que eran la envidia del sol?

LUZBEL.— ¿Dónde está mi palacio, donde era yo el potentado y miles de ángeles me adoraban?...

(Coro)

LUZBEL.— Legiones de Yahvé... Me habéis vencido y humillado, pero no podréis dominarme. Aunque he caído no podréis dominar esta fiereza que se levanta altiva y ahora os reta con aliento sobrehumano. Alguna vez Luzbel pondrá su planta dentro del Imperio soberano y entonces, desdichados, yo los veré con desdén arrojados ante mí.

¡Arcángeles felices del Eterno! No os teme mi poder, al contrario, os desafía desde este averno el gran Príncipe Luzbel... Venid en raudo vuelo, esclavos de Yahvé. Turba del cielo.

(Coro)

LUZBEL.— Mas... ¿Qué escucho?... otra vez ese canto que paraliza mi ardor, que mata mi aliento. Quiero volver a mí, mas todo es en vano. No sé lo que siento, pobre de mí, que por el rayo de Dios estoy marcado. Mas no importa... ¡Lucharé! Que aún no ha nacido ese Mesías prometido, y puedo vencer... ¡Hola, Pecado!

PECADO.—: ¿Qué me mandas, señor? Aquí me tienes, dispuesto a obedecerte.

LUZBEL.— Me gusta verte así. Levántate y dime, ¿de dónde vienes?

PECADO.— Acabo, oh gran señor, de complacerte. La misión que me diste, cumplida está. He ido por el mundo derramando veneno inmundo por donde quiera que pasaba. Emponzoñándolo todo con avaricia, perjurio, fraude, lujuria, embriaguez, vicio y pereza. Al hombre cercarán y el pobre, sólo, jamás podrá resistir a nuestra destreza. Le he ofrecido deleites, deleites que en el fondo guardan duelos, que si los llegan a probar, están perdidos, porque le cerrarán las puertas del cielo. En cambio, la sed de las riquezas, los placeres, la vana ostentación, el egoísmo, el vino, el amor y las mujeres, le abrirán la boca del infierno (*rien los dos*). He sembrado en el mundo tentaciones, y el mundo se apresura a coger a dos manos la amargura. He visto a las naciones acogerse al pecado con delirio, gozar y más gozar con mis mañas, sin pensar que la dicha es un martirio y que cortos, muy cortos son los años.

LUZBEL.— Muy bien, Pecado, muy bien. Cómo me consuelas y me divierte todo esto.

PECADO.— Otra cosa quiero decirte, señor... Escúchame... He visto a las mujeres, pobres, entregarse sin freno a la licencia. Desprecian costumbres provechosas. No saben, desdichadas, que aumentan así tu herencia, ¿verdad, señor? Así no hay miedo que tu imperio pueda ser vencido ni se desgaje, porque se cumple aquel misterio que hoy tanto temes. Tu vasallaje respecto a Yahvé toca a su punto. El orbe es tuyo ya, su gran conjunto para ti conquistado, y te lo viene a ofrecer tu leal Pecado (*se inclina*).

LUZBEL.— ¿Con que humillar una vez más a Luzbel? ¡Yo le probaré que así como hice pecar a Adán y a Eva en el Paraíso, así haré que pague, que caiga de su gracia esa mujer que se atreve a ser la Madre de Dios, y ante la cual dicen que me he de rendir! ¿Rendirme yo, que soy tan poderoso? (*ríe*).

PECADO.— No lo conseguirán. Por algo eres el rey de este averno. Tienes quién te ayude y estoy seguro que entre todos venceremos.

LUZBEL.— Ya verá ese Dios de lo que es capaz Luzbel. Si él tiene Ángeles que le adoren, yo tengo, en cambio, encantadoras ninfas que disipan mis tristezas y que viene a sacar del hombre su debilidad.

PECADO.— Yo, con gran facilidad lo hundiré en el pantano de la impureza, de la embriaguez, en el juego, en los bailes, en los deleites.

LUZBEL.— Ve, mi fiel Pecado, por el mundo, y ve qué ha sucedido.

PECADO.— Está bien, señor, al momento voy.

(*Sale el Pecado. Luzbel queda pensativo y en este momento entran las amazonas bailando y cantando*).

AMAZONAS.—

Soy de las esclavas
que prefiere el gran Luzbel.
Busco a mi señor, dueño y rey.
Su carácter busco
nos deja divertir
nos deja reír.
Con engaño astuto y cruel,
el hombre va a la perdición.
Ajay, el gran Luzbel, Ajay.
Ajay, el gran Luzbel, Ajay.
Esos hombres tontos
Ya vendrán a este fuego eterno.

Ja, ja, ja, ja, ja.

(Danzan)

PECADO.— Baila, Lujuria, para que nuestro señor no esté triste.

(Baila Lujuria pieza alegre)

LUZBEL.— Turba Maldita, cesad en vuestro baile, cese de pronto esa danza que para nosotros es embriagadora. Nos amenaza de cerca suerte impía. ¡Soberbia! ¡Ante mí!

SOBERBIA.— Mándame, Señor.

LUZBEL.— ¡Avaricia! ¡Aquí te quiero!

AVARICIA.— Estoy para obedecerte, señor.

LUZBEL.— ¡Lujuria! ¡Ven al momento!

LUJURIA.— Soy tu esclava fiel.

LUZBEL.— ¡Ira! ¡Póstrate ante mí!

IRA.— A la más fiel aquí la tienes.

LUZBEL.— ¡Gula! ¡De mí no te apartes!

GULA.— Manda lo que quieras.

LUZBEL.— ¡Me falta Envidia!

ENVIDIA.— Señor, yo nunca te abandono.

LUZBEL.— ¡Pereza! ¡Al momento ven!

PEREZA.— Señor, cuando de ti se trate, estoy para servir.

LUZBEL.— Estoy perdido, siento que pronto me humillarán, nos amenaza una guerra.

SOBERBIA.— Sumisas miramos a tu poder. Fieles esclavas a tu querer.

AVARICIA.— Tú eres el único Dios inmortal. La tierra es tu pedestal.

LUZBEL.— Señor de la tierra me llamáis. Señor de la tierra que nadie humilló. Ciegas. Necias. No veis, pobrecitas, que el fin de mi reino... ¡Oh, furias! ¡Llegó! Que un rey más potente me arroja del trono, venciendo mi orgullo, con recia virtud al hombre redime rompiendo en su abono las duras cadenas de la esclavitud (con ira) y en tanto, vosotras a inútiles danzas os dais. ¡Sois unas necias! Yo no estoy ahora para oír ni para ver bailes. ¡Oh Ira, oh rabia!

IRA.— ¿Qué anuncias, que tienes, Luzbel prepotente?

LUJURIA.— ¿Que del final de tu imperio la hora llegó?

LUZBEL.— Oídme bien, mis esclavas. Un trono encumbrado dejé vacío allá en el Edén y el hombre, ese hombre hecho de barro, se mira dueño de tal bien.

ENVIDIA.— ¿Pues quién de su culpa le alza el castigo?

PEREZA.— ¿Uncido a tu yugo, el hombre no está?

LUZBEL.— Perdón ha logrado. Ya Dios es su amigo y se dispone a librarle de ese yugo. Apenas gozaba mi inmensa alegría y mi victoria, cuando unos acentos, unos cantos divinos llegaron a mí. ¡Ah! Todavía me atormenta su recuerdo... Oído esclavas, Dios me dijo así: y tú, Sierpe inmunda que al hombre engañaste. Maldita de todos por siempre serás. La altiva cabeza que tan fiera alzaste, será aplastada por una mujer. Tal dijo, y desde entonces la odiada figura me reta, me acosa, llamándome a lid.

Es señora potente, de rara hermosura, no puedo mancharla con la culpa, con ella no puede mi ardid.

GULA.— Tú sueñas, querido señor. No existe mujer tan osada. ¿Vencerte a ti una débil mujer? ¿Tú que dominas este averno? No señor. Tú sueñas.

SOBERBIA.— Esto no puede ser.

LUZBEL.— No sueño, no sueño... Ya el mundo ha venido quien ha de aplastar mi altiva cerviz. Ya dudas no abrigo. Mi reino ha terminado. Ya el hombre quiebra sus hierros y se siente muy feliz.

AVARICIA.— ¿Y quién es la osada mujer vencedora?

LUZBEL.— Ella es descendiente de regio linaje. Está colmada de gracia, lo cual me causa pavor. Nació por grande prodigio en Nazaret. No tiene sombra de culpa. Es purísima, oído bien, purísima y bella. No hay otra tan digna de tan alta merced.

IRA.— Pues démosle guerra a la criatura.

ENVIDIA.— Cerquemos su casa con ansia infernal.

PEREZA.— No logre su dicha el triste mortal.

TODAS— ¡No logre!

LUZBEL.— ¡Mis bravas! Me place escucharos; en esta demanda, la vida nos va. A lucha terrible nos lanzaremos. Dos son los rivales: Luzbel y Yahvé.

TODAS.— ¡Sí! Guerra... Guerra.

LUZBEL.— Pecado, ¡venid al momento!

(Truenos y lumbre. Sale el Pecado)

PECADO.— ¿Qué quieres, gran señor? Con gusto siempre te sirvo.

LUZBEL.— ¿Qué nuevas supiste? ¿Ya llega el Mesías?

PECADO.— Tristes nuevas vengo a darte. Hay sucesos de muy mal cariz y por eso, ¡oh, rabia! Me duele decirte, que el hombre abandona su estado infeliz.

LUZBEL.— ¿Es cierto?

PECADO.— ¿Recuerdas a la tierna doncella, que limpia de culpa nació en Nazaret?

LUZBEL.— ¡Furor!

PECADO.— Todo indicio nos dice que es ella quien viene tu orgullo a hollar con su pie.

LUZBEL.— ¡Oh, rabia! Era cierto mi presentimiento.

PECADO.— Ya llega el Mesías que Dios prometió. La virgen doncella, terror del profundo averno, será madre y de ella vendrá el anunciado Salvador del Mundo.

LUZBEL.— ¡Ya basta! Mis bravas, ¿habéis escuchado? Del hombre los hierros Dios quiere romper. Primero a Dios mismo sabremos vencer. ¿Acaso podrá en dura guerra, robarme esa niña mi imperio?

TODAS.— ¡No! No podrá.

LUZBEL.— Corramos con todo el encono que el pecho atesora. Luzbel hoy proclama guerra: ¡Guerra a Dios!

TODAS.— ¡Sí! ¡Guerra, Guerra!

LUZBEL.— Tentación infernal, ¡ven al momento!

(Entra bailando, todos se inclinan. Música: Mercado Persa)

TENTACIÓN.— Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué ha ocurrido que estáis tan tristes? Miradme, yo estoy contenta. He obtenido muchos triunfos para ti, Luzbel. ¿No contestáis? Decidme al momento qué ha ocurrido.

LUZBEL.— Sabed que me han avisado que una mujer dará a luz a un niño muy hermoso que será el Redentor del Mundo. Con esta revelación ya comprenderás mi dolor.

TENTACIÓN.— ¡No, no es posible! ¡No es posible sufrir tanto! Yo haré cuanto pueda para ponerle al hombre tentaciones. Lo atraeré con mi hermosura, lo inclinaré a los vicios y pasiones. A tus siete vicios con finura infundiré en su corazón. Vamos, valor Luzbel, acuérdate que la tentación es muy fuerte y casi nadie la puede resistir. Además, no tienes a tu lado a todos tus sumisos vasallos?

LUZBEL.— Por una culpa, sólo por un pecado de soberbia y de ambición del cual no pedí perdón, me veo humillado ante el Creador, y el hombre tan ingrato y pecador consigue perdón de sus pecados y tiene honor (*llora*). Cómo es posible que yo, serafín dorado, tolere con tanta paciencia que me hayan condenado. ¡Oh, rabia atroz! ¡Estoy desesperado!

TENTACIÓN.— Nosotros venceremos a todo aquel que se oponga a tu mandato.

LUZBEL.— Mitigad, furias infernales, esta pena tan atroz.

TENTACIÓN.— Esto calmará tu pena. ¡Amazonas! ¡A bailar!

(Cantan y Marchan)

AMAZONAS.—

Marchemos con valor

peleemos con gran fe

por nuestro rey Luzbel

por nuestro gran señor.

(Música. Juego con espadas. Baile o danza. Al terminar el baile dicen todos: ¡Viva Luzbel! ¡Viva Luzbel!)

LUZBEL.— Guerra a muerte Luzbel declara a Dios.

TODOS.— Sí, guerra a Dios.

TELÓN

Cuadro iii

Las posadas

LUZBEL / ARCÁNGEL MIGUEL / JOSÉ / VIRGEN MARÍA /
PECADO / BATO / BLAS / FLORA / GILA Y FELISA

(Se escucha una voz que contesta a José al pedir posada)

Decorado: a un lado del escenario una fachada de una casa, al otro un grupo de árboles y palmeras. *Iluminación:* luz tenue, simulando el anochecer. Proyectando una luz rojiza sobre luzbel y el pecado y una luz fuerte y clara sobre el ángel. Al aparecer en escena los pastores, se ilumina un poco más el escenario. *Fondo musical:* se canta un villancico alusivo a las posadas, mientras caminan José y María por el escenario, hasta que se detienen frente a la casa.

MIGUEL.— Detén el paso, impío. Mucha es tu soberbia cuando te atreves a llevar a cabo tan gigantesca empresa. Torna el arma a su lugar. Malvado.

LUZBEL.— Bien advierto que es Miguel el que de tal modo me reta, mas no va nada contigo, equivocaste la senda. No te he llamado.

MIGUEL.— Yo he venido a darte penas.

LUZBEL.— Nada quiero yo contigo. Es con ésta mi querella.

MIGUEL.— Es contigo la mía y vengo a mirar por mi reina.

LUZBEL.— ¿Por tu reina?

MIGUEL.— Sí, y la reina, mal que te pese a tu soberbia. Reina será en adelante del cielo y de la tierra.

LUZBEL.— La tierra es mía.

MIGUEL.— Oye Luzbel, ¿no te acuerdas de aquellas palabras airadas de tu Dios: una mujer aplastará tu cabeza? Pues bien, ahí la tienes ya. Contéplala.

LUZBEL.— ¡Maldición! ¿Niña tan débil la aplastará mi cabeza? Daré muerte a esa doncella.

MIGUEL.— Son en vano tus esfuerzos, tus clamores. Soy ángel de fortaleza.

LUZBEL.— ¿Quién como yo?

MIGUEL.— ¿Quién como Dios? (*Luzbel cae en tierra*). Vencido queda tu orgullo, Luzbel (*sale*).

LUZBEL.— Me han vencido de nuevo Miguel a mí, que era un arcángel luminoso y esplendente, dotado de poder sin igual. ¡Ah, pero alguien se acerca! ¡Oh, maravilla, son María y José, que piden posada! Aquí no la encontrarán (*sale*).

(*Aparecen María y José. Cantos mientras caminan*) «Adonde vas, hermosa peregrina, humilde flor del valle de Judá, la que tiene los cielos por alfombra. Un lugar donde dormir no encontrarán».

JOSÉ.— Esposa amada, ésta es la última casa. Llamaré para ver si aquí tenemos suerte y nos conceden posada.

MARÍA.— Esposo, esto parece un mesón.

JOSÉ.— Quién sabe. Voy a tocar. Espera un momento.

MARÍA.— Dios mío, tocadles el corazón. Ya estoy muy cansada. Hemos caminado bastante y nadie nos quiere dar posada.

JOSÉ.— En nombre del cielo, buenos moradores, dad a unos viajeros posada esta noche.

UNA VOZ.— Esta casa es mía, no de todo el mundo. Yo la abro a quien quiero y de abrirla no gusto.

JOSÉ.— Mirad, mis amigos, es mi esposa amada la reina del cielo, de la tierra gracia.

UNA VOZ.— Una reina tiene soberbios palacios y allí, a todas horas, le abren sus vasallos.

JOSÉ.— De Dios somos todos vasallos.

UNA VOZ.— Mal hombre, estoy más harto de oírlo. Si no queréis nada más, ya podéis largaros.

JOSÉ.— No os incomodéis, hermano. Todo sea por Dios.

MARÍA.— Bendito seas, Señor. Tú así lo quieres.

JOSÉ.— Qué apenado estoy. Ya tú ni puedes caminar, esposa mía.

MARÍA.— Sea por Dios. Ya no incomodemos en este Belén. Resignados vamos, oh, mi amado esposo, a seguir buscando posada. Dios nos ayudará.

JOSÉ.— Vamos, Dios dirá dónde nos toca (*salen, entra Luzbel*).

LUZBEL.— ¡Maldición! Mi astucia de nuevo queda burlada. He perdido mi poder. Ya se acaba mi reinado. Mas, van a venir los pastores. Contra ellos descargaré mi ira. Contra ellos será mi ataque de guerra. ¡Legiones de Yahvé, no podéis vencerme, aunque he caído! ¡Hola Pecado!

PECADO.— ¿Qué me mandas, gran señor? Aquí me tienes dispuesto a obedecerte.

LUZBEL.— Escucha, fiel Pecado. Necesito anegar al mundo en cieno. Necesito que todos los mortales apuren hasta la hez todo tu verano, para hacerlos mis siervos infernales. Quiero que el hombre participe también de esta ansia loca y fiera y de la rabia que desgarrar mis entrañas, y cuando todos caigan, entonces mi furor y mi rabia impía, gozarán con su llanto en el infierno. Luchemos con valor, mi fiel Pecado.

PECADO.— Luchemos, Luzbel, mi gran señor.

LUZBEL.— Empezaré con los humildes pastores. ¡Vamos Pecado!

PECADO.— Ellos vienen, señor, les pondremos tentaciones para que en pecado estén.

Fin del cuadro.

(*Entran Blas y Bato*)

BATO.— Pues yo bien digo que tú comes más que los mosquitos. Te acabaste tu almuerzo y parte del mío.

BLAS.— Te juro que no siento ni siquiera que he comido, tengo hambre...

BATO.— ¡Majadero!

BLAS.— Siento aquí, como un vacío (*tentándose el estomago*)

BATO.— Atráncate de alfalfa, hay mucha en estos sitios.

BLAS.— ¡Ay! si vieras, Bato, lo que hace poco vi en la choza de Fileno.

BATO.— ¿Qué has visto, glotón?

BLAS.— Junto al horno, en un clavito, hay colgadas tres rellenas y un pellejo de un buen vino. Más acá, cuatro pernils, más allá, tortas de trigo, más acá...

BATO.— Pero goloso, qué te importan esas cosas, si son de otros?

BLAS.— ¿Y no puedo hacerlas mías? Con que tenga yo paciencia y tú me ayudes como amigo, ten por cierto que comemos.

BATO.— Pero eso es un robo. Fileno nos trata bien y robarlo de esa manera...

BLAS.— Pero bruto, ¿qué no ves que Fileno está muy rico? Nada importan tres rellenas ni las tortas ni el tocino, es como quitarle un pelo a un buey.

BATO.— No consiento.

BLAS.— A que tienes ya apetito.

BATO.— No lo niego, mas... el robo.

BLAS.— Si no es robo.

BATO.— Eres un pillo.

BLAS.— Además, tú no te metes en nada, yo soy listo, ya verás, comeremos de lo lindo. Va a crecer mi panza.

BATO.— Sea, Vamos.

BLAS.— Engordamos hoy de fijo. Vamos.

LUZBEL Y PECADO.— Han caído en el robo, la pereza, la gula, ja, ja, ja (ríen los dos).

PECADO.— Señor, señor, aquí llegan las pastoras. ¿No quieres divertirte con esas palomas?

LUZBEL.— Enseguida, Pecado.

(Entra Flora)

FLORA.— Qué mortal desasosiego siento aquí en mi corazón, siento un fuego ardoroso, extraño. He perdido la alegría, mi felicidad ha huido. ¿Es amor lo que yo siento? ¿Son penas? ¿Son celos? ¿Quién me producirá este tormento mezcla de placer y duelos? ¡Oh! ¿Qué miro? Un extranjero.

LUZBEL.— Nada temas, niña hermosa. Eres más hermosa y gallarda que las flores de un vergel. Yo te adoro con delirio, tuya es mi alma, tuya es. En el mundo no hay quién te ame, como te ama este doncel, que a ofrecerte sólo viene, con su amor toda su fe.

FLORA.— Yo, señor... no sé... no puedo... soy casada con Blas, pero no sé qué siento al contemplaros, me habéis robado mi voluntad, ¿quién sois?

LUZBEL.— Lo que sientes es amor, amor que mata la calma, pero que nos trae también felicidad. Tú me amas como yo te adoro, déjame alborozado, de hinojos caiga a tus pies, pescando de tu boca palabras de dulce miel.

FLORA.— Señor, señor, levantaos que puede venir mi esposo y veros, entonces sí la que se va a armar.

LUZBEL.— Tu esposo no me importa, calma con una sonrisa de amor mi ardiente sed.

FLORA.— Yo no sé lo que es amaros, acaso os quiera ya pero esa mirada profunda que resistir no podré, no sé si es amor lo que siento, tened compasión de mí, de esta pastora que os ama.

LUZBEL.— Hermosa luz de mi vida, mis riquezas son inmensas. Cuanto quieras te daré, diamantes, palacios, de joyas te cubriré. Hasta mañana, bella mía, que estarás ya en mi poder (*sale*).

FLORA.— ¿Qué dijo? ¿Qué siento aquí, Dios mío? He traicionado a mi Blas. Huiré, huiré de estos lugares, tengo miedo, tengo miedo...

GILA.— ¿Por dónde andará mi amado Bato?

LUZBEL.— ¡Pastora!

GILA.— ¡Ay! Dispense usted, señor, me ha asustado.

LUZBEL.— Necesito que me informes sobre un extraño suceso que dicen que ha de tener por estos lugares su cumplimiento. Dime, ¿sabes de alguna virgen que haya dado a luz?

GILA.— ¡No comprendo lo que dices!

LUZBEL.— Si me das buenas noticias, tuyo es este dinero.

GILA.— Esperad... (*aparte*) Yo no sé de qué se trata, ni siquiera le entiendo, y con decirle una mentira nada pierdo, en cambio, me gano mucho dinero... Pues, señor, lo que decía aún no ha sucedido, ni creo que pueda verificarse tan gravísimo suceso. No tengáis miedo, no pasará nada.

LUZBEL.— Toma niña, lo has ganado (*sale*).

GILA.— Gracias, señor, gracias. Pero qué es lo que veo. ¡Si esto es oro! Soy más rica que ese bestia de Fileno. Tendré joyas y vestidos, muchos criados, un bonito palacio. Ya no más lavar ropa ajena, ya no sé más amasar quesos. ¿Casarme con

Bato? ¡Nunca! Él que se las arregle solo. A su lado ya no vuelvo. ¡Qué fortuna he encontrado! Si estoy loca de contento.

FELISA.— ¿Qué te pasa, Gila? ¿por qué esa alegría?

GILA.— Qué ha de ser, mira, mira.

FELISA.— ¡Dinero!

GILA.— Y del bueno.

FELISA.— ¿Quién te lo ha dado? Dime, porque hablarle yo quiero.

GILA.— Un extranjero muy elegante, y como ves, muy rico, anda preguntando muchas cosas raras y paga mucho dinero.

FELISA.— ¿Por dónde se fue? Yo también le quiero hablar.

GILA.— Corre, corre, por ahí se fue (*sale Felisa*). ¡Ay, qué gusto! ¡Ay, qué bueno! Ahora soy rica (*baila y sale*).

LUZBEL.— Ja, ja, ja. Me he divertido con estas pobres pastoras. He logrado sembrar el hurto, la deslealtad y la codicia. Todo esto les cegó y han estado contra su Dios, ayudándome en mis penas (*ríe*).

TELÓN

Cuadro iv

La anunciación a los pastores

ERMITAÑO / DELIO / BATO / BLAS / GILA /

FLORA / TENTACIÓN / LAURO / ÁNGEL / BARTOLA

Decorado: árboles al fondo. *Iluminación:* la escena está iluminada, se desarrolla al amanecer. *Fondo musical:* los pastores cantan canciones propias y bailan pequeños trozos de música alegre. La Tentación baila lo mismo que en la caverna. Después de la aparición del Ángel, se escuchan canto apropiados.

ERMITAÑO.— ¿Hasta cuándo, oh Dios de Israel, hasta cuando verán mis ojos al Salvador del mundo, de este mundo cruel, ingrato? ¿Hasta cuándo han de ver mis ojos la luz serena de aquella Virgen, llena de gracia, mansa paloma, cándida azucena sin mancha de pecado concebida, Fuente de gracia del Empíreo, que ha de trocar el nombre de Eva en Ave? Ea, buenos pastores, despertad, el trabajo os convida, el día

está primoroso, ¡nada! Siguen durmiendo. Bueno, mientras despiertan iré a despedirme de mi querida gruta (*sale*).

DELIO.— (*Despertando, también Bato*) Bato, a mí no me gusta trabajar, ven, siéntate, vamos platicando un rato.

BATO.— Pero hombre, no seas tan flojo, no me vayas a entretener, las borregas se nos pueden ir.

DELIO.— Pero, ¿no te fastidia la vida de pastor?

BATO.— No, Delio, muy satisfecho vivo con lo que dispone Dios. Tú quisieras ser rico para vivir de holgazán. ¡Eres un flojonazo!

DELIO.— ¡No tanto, por Dios, no tanto!

BATO.— Pues ahí tienes la prueba, cuando llega la hora de recoger las borregas, no cumples con tu deber.

DELIO.— Pues no te muerdes la lengua, si yo soy un gran flojonazo, tú eres un gran hablador, anda a cuidar tus borregas y yo me voy a dormir.

BLAS.— ¡Hombres, qué vida se pasan! Y luego dicen que yo... bueno, mejor no quiero decirlo, me basta saberlo yo.

BATO.— Ahora sí que se juntó el par, uno para la flojera y otro para el tragar.

DELIO.— Y tú que no has de dejar de hablar.

BLAS.— Hombres, ¿ya van a pelearse? Déjense de eso y dime, Bato, ¿es cierto que te casas con Gila?

BATO.— Sí, Blas, muy pronto será nuestro enlace.

BLAS.— Pues no dejes de convidarme a la boda, porque yo por tal de comer, perdería la eternidad.

DELIO.— Ya calla, hablador.

BLAS.— Lo que me trae por aquí es ver si les sobró algo, yo hace mucho que no como.

BATO.— No pienses ya en la comida, ve a juntar el ganado.

BLAS.— Yo no voy a juntar borregas, yo otra vez... voy a ver qué consigo, al fin que a ti te gusta.

DELIO.— Y yo, me voy a dormir debajo de aquel árbol.

BATO.— Esto sí que me fastidia, el uno tan flojo y el otro tanto que come. ¡Ah, pero aquí llegan las muchachas!

GILA.— ¿Te extraña vernos? Pues el único motivo que nos trae es verlos. Las muchachas quieren platicar con los muchachos y yo con mi amado Bato.

BATO.— Cuánto te agradezco, Gila.

GILA.— (*Aparte*) He vuelto con él, porque aquel extranjero me engañó. Su dinero no era nada.

BATO.— Miren, muchachas, a su querido Delio, como siempre, dormido.

FLORA.— Pobrecito, tal vez esté cansado de trabajar. Fileno, Fileno, ven, canta algo para que le hagas el sueño más feliz (*cantan y aplauden*).

FILENO.— No, mejor bailen ustedes para que se les vaya el sueño y nosotros con placer las contemplaremos.

ERMITAÑO.— La paz de Yahvé sea con vosotros, buenos pastores.

TODOS.— Ella venga contigo, buen anciano.

ERMITAÑO.— Veo que sois muy felices, yo voy a rezar mis oraciones.

PASTORAS.— Y nosotras nos vamos ya, adiós, muchachos.

BATO Y DELIO.— Adiós, muchachas.

BLAS.— (*Entra cantando y bailando*) Mira, Bato, lo que traigo aquí.

BATO.— Un pedazo de ternera o de jamón.

BLAS.— Fui a robar, fui a robar, fui a robar para ti.

BATO.— Eso es prueba de gran estimación.

BLAS.— Gran escándalo formé en la cocina. En el jacal a las viejas asusté y todititas empezaron a gritar (*bailan y comen*).

(*Entran Luzbel y Tentación*)

LUZBEL.— Dueña de mi vida y mis amores, impidamos el paso a estos pastores que van a ver al niño que ha nacido allá en Belén.

TENTACIÓN.— Encantada de estar con los simpáticos pastores. Estad alerta, oh Luzbel, voy a empezar, con mil amores. ¡Ayúdame, Pecado! ¡Tú sabes cómo!

PECADO.— ¡Listo, mi reina!

LUZBEL.— Pobres pastores, yo observaré desde aquí (*ríen los dos*).

(*La tentación baila, el ermitaño deja de orar, y baila así como los pastores. La Tentación le pone una bata de mujer a Blas*)

BLAS.— Decíme, señora, por favor, qué queréis de mí, tu belleza me enajena, manda, manda a tu esclavo.

TENTACIÓN.— ¿Te irás conmigo?

BLAS.— Claro que me iré.

BATO.— Hermosa señora, éste ya está casado, yo no, dime, dime, ¿qué quieres que haga?

DELIO.— No les creas a estos, yo haré lo que quieras, hasta trabajaré si tú quieres.

TENTACIÓN.— Sí, sí, ustedes han caído en mis redes. Pero a mí me hace falta un hombre honrado que cuide de mi honor y esté a mi lado. Y tú, viejito, me has gustado. Pobrecito viejito, todo arrugadito, estoy compadecida de ti, dame la mano, ¿qué haces tan consumido y acabado? Pareces un santo, viejito amado.

ERMITAÑO.— ¡Ay, qué mujer! Mira, estoy pidiendo al cielo con grande anhelo que me deje ver al Salvador del mundo.

TENTACIÓN.— Déjate ya de hacer tanta oración, ten compasión de mi, viejito amado, no me dejes con las palabras en la boca. Quisiera yo llevarte a mi casa, a mi lado. No me desprecies. Ven viejito, no estés triste. Bailaré para que tú te diviertas.

(Lo agarra y él se defiende)

ERMITAÑO.— ¡Madre Santísima! ¡Madre Santísima! ¡Divino Infante, líbrame de esta mujer malísima que quiere perderme según se ve (*saca la cruz y la Tentación huye*). ¡Huye! ¡Corre! ¡Corre, furia infernal!

BLAS.— (*Se levanta y canta*) Dime, Bato, por favor, si me asienta a mí muy bien el vestido de mujer o el mísero pastor.

BATO.— (*Cantando*) Muy bien te ves, amigo Blas, vestido así de maricón, si nos vieran las muchachas, de nosotros qué burla habían de hacer.

MUCHACHAS.— (*Salen todas*) ¡Qué burla les haremos! ¡Qué burla les haremos!
(Llega corriendo Lauro)

LAURO.— Amigos, amigos...

BATO.— ¿Qué traes Lauro?

LAURO.— No sé cómo decir...

BATO.— Di, di lo que sea.

LAURO.— He visto la luz de una estrella muy brillante allá en la boca de una cueva.

BATO.— Será fuego de algunos pastores.

LAURO.— No, no, fuego no es.

BATO.— Miren, miren.

ÁNGEL.— Pastores de estos valles, la paz de Dios sea con vosotros. Nada temáis porque vengo a anunciaros un gran gozo, que lo será también para todo el mundo y es que hoy ha nacido el Salvador del hombre, que es Cristo, ha nacido en la ciudad de David. Esta será para vosotros la señal: Iréis y hallaréis al niño envuelto en pañales y

recostado en un pesebre. ¡Vayan a adorarlo con gran fe y amor; allí lo encontraréis con sus padres, recostadito entre pajas. Mostradle vuestras ofrendas y dones (*sale*).

(*Coro de ángeles: «Gloria a Dios»*)

ERMITAÑO.— Queridos hermanos, arrien el ganado y vamos a ver a Jesús María y José.

TODOS.— ¡Vamos, vamos a Belén!

ERMITAÑO.— Bartolito, vamos a adorar al niño Dios.

BARTOLO.— (*Canta acostado*) No me vengán a enfadar, porque estoy muy agustito. No me vengán a enfadar porque al cabo yo no me iré. Vayan todos mis amigos, que yo aquí me quedaré.

ERMITAÑO.— Si tú no vas a adorar a ese gran señor, entonces todos nos iremos y tú aquí te quedarás (*Se repite. Todo cantado*)

BARTOLO.— Vamos, pues, pero cantando Gloria Jesús María y José.

PASTORES.—

Pastores a Belén

vamos con alegría

a ver a nuestro Rey

al hijo de María.

Allí, allí, nos espera Jesús

llevemos pues turrón y miel

para ofrecer al niño Emanuel

llevemos pues turrón y miel

para ofrecer al niño Emanuel.

Al niño Emanuel, al niño Emanuel.

TELÓN

Cuadro v

Los pastores camino a Belén

LUZBEL / TENTACIÓN / ERMITAÑO / BATO / FLORA / GILA / FELISA / BLAS /
ARCÁNGEL MIGUEL / BARTOLA / DELIO / JULIA / CLEOFÁS / LAURO / MINGA / ANA

Decorado: árboles y palmas por todo el escenario. *Iluminación:* el escenario iluminado con luz clara, la escena es durante el día. *Fondo musical:* al bailar los pastores,

se puede tocar una puela. El resto del tiempo, pueden ponerse villancicos o música navideña.

LUZBEL.— Estos incautos pastores buscan la felicidad, pero los rigores de mi hazaña pronto sentirán. Voy a dar mis órdenes. ¡Tentación! Ven al momento.

TENTACIÓN.— A tus órdenes, señor.

LUZBEL.— Todo se ha cumplido, como dijo Miguel.

TENTACIÓN.— Unos pastores se vienen acercando, señor.

LUZBEL.— Bien, sobre ellos descargaremos nuestra ira. Observemos desde aquí.

(Entran los pastores cantando)

PASTORES.—

En Belén, a media noche
un niño nacerá, un niño nacerá.

Alegraos, pastorcitos,
que el que nace Dios será.

Toquen los panderitos
ruido y más ruido,
porque las profecías
ya se han cumplido.

Sí, sí, ya se han cumplido.

(se repite)

LUZBEL.— Decidme, pastores, ¿cuál es vuestro sendero? ¿Qué andáis haciendo en estos cerros?

ERMITAÑO.— Vamos a Belén de Judá, ¿gusta acompañarnos buen caballero?

LUZBEL.— Gracias, no es ese mi sendero, pero ¿tan de madrugada, qué vais a buscar?

BATO: Al niño Jesús, que ha nacido allá en Belén.

LUZBEL.— ¿Quién te ha contado esa mentira?

FLORA: No es mentira, un ángel ha bajado del cielo y nos lo ha anunciado.

LUZBEL.— No lo creo, eso no es cierto.

GILA: Si usted no lo cree, nosotros sí, y vamos a adorarlo.

LUZBEL.— ¿Adorarlo? Eso jamás, porque yo lo impediré.

ERMITAÑO.— ¿Cómo has de estorbarlo, genio impío? ¿qué no sabes que Dios está con nosotros!

LUZBEL.— Repito que no consentiré que adoréis a ese niño. No me importa que venga Miguel. Yo tengo millares de guerreros y puedo hacerles la guerra a ustedes y a Miguel.

ERMITAÑO.— ¿Cómo os llamáis?

LUZBEL.— ¡Luzbel!

(Todos se asustan)

FLORA.— Tiemblo con sólo su vista.

GILA.— Es mi forastero.

FELISA.— Al que yo tanto he buscado.

LUZBEL.— Anciano, vengo a deciros que todos os han engañado. Aquí no existe honradez.

TODOS.— ¿Que qué?

LUZBEL.— Pregunta a Blas y Bato a quién han robado. A Gila y a Flora qué han hecho. El hurto, la deslealtad, la licencia, la avaricia, la pereza, la codicia y el amor los cegaron.

ERMITAÑO.— ¿Es verdad, hijos míos?

TODOS.— Sí, señor, piedad, perdón, perdón.

BLAS.— Yo no volveré a robar, aunque me muera de hambre.

GILA.— Su dinero no era nada, pero nunca jamás lo volveré a desear.

FLORA.— Yo he pretendido engañar a mi marido. Blas, perdón, perdón yo pido.

BLAS.— Ya no como más.

GILA.— Si me ofrece más dinero no lo acepto.

BLAS.— Ser goloso ya no quiero.

BATO.— Todos estamos arrepentidos.

FLORA.— Blas es todo mi querer.

ERMITAÑO.— ¿Con que ya la iniquidad hizo presa en vuestro pecho? ¿Con que ya bajo vuestro pecho se oculta tanta maldad?

LUZBEL.— Mis pruebas ya les di, lo demás me toca a mí.

ERMITAÑO.— Dios de Abraham, Dios de nuestros padres, defiéndenos del demonio y furias infernales. Por ese tierno Niño y su Santa Madre te suplicamos, aunque pecadores, defiendas a estos pobres pastores.

LUZBEL.— ¡Oh! ¡Qué rabia tan atroz! ¡Cómo es posible que por un solo pecado me vea yo siempre tan humillado!

ERMITAÑO.— Ahí estuvo lo malo, señor, si usted hubiera pedido perdón de su pecado, se lo hubieran perdonado mil veces y no se hubiera condenado.

LUZBEL.— Al momento os conduciré hacia el fuego infernal. Yo soy el rey del averno, el rey de los condenados. ¡Tentación infernal! ¡Ven!

TENTACIÓN.— Mándame, señor.

ERMITAÑO.— Ay señor, mándanos tu auxilio, ya viene esa otra condenada.

MIGUEL.— En nombre de Dios, atrás impíos. ¿Por qué tratáis de impedir que estos pastores vayan a Belén?

LUZBEL.— Miguel, tú eres el príncipe de los cielos, el general de las milicias celestes, luchemos cuerpo a cuerpo, si vences, dame horrible castigo, pero si gano, serás mi esclavo para siempre.

MIGUEL.— Luzbel y Tentación, doblen su frente al nombre de Jesús, tan poderoso, ¿quién como Dios en cuyo nombre los mando hoy al tenebroso averno?

(caen Luzbel y Tentación)

LUZBEL.— Sí, sí, nos han vencido, ya nos vamos.

TENTACIÓN.— Te has valido de ese nombre que es tan poderoso.

MIGUEL.— Salid al momento, id a vuestro averno y no volváis a molestar a estos humildes pastores.

(salen rápido)

ÁNGEL.— Felices pastores, ya no hay que temer, seguid vuestro camino al portal de Belén, ahí encontraréis al Niño, a María y a José. Nada temáis pastores por vuestras faltas, el arrepentimiento borra delitos mayores. No olvidéis que hoy la tierra se engalana con reflejos celestiales. Nació en humildes pañales la estrella de la mañana. Id todos a Belén *(sale)*.

BARTOLO.— Gila, danos de comer y vamos descansando, con tanto caminar y el susto ya nos dio hambre.

GILA.— Hermanos, siéntense que yo repartiré.

BATO.— A mí me echaron ayer este pollito relleno.

BARTOLO.— Yo traigo de bastimento una gallina en asado.

DELIO.— Gorditas de maíz morado ofrezco yo.

BLAS.— Camotes bien tatemados y un buen cántaro de leche.

JULIA.— Frijolitos bien refritos y un jocoque inmejorado.

FLORA.— Yo aquí traigo este queso y requesón.

CLEOFAS.— Mantequilla les ofrezco.

LAURO.— Un corderito en pepián me echaron en mi morral.

DELIO.— Un jocoque y requesón traigo bien empacados.

MINGA.— Un corderito tatemado traigo yo.

ANA.— Tres rellenas yo he traído.

(comen, platican y cantan)

BLAS.— Bartolito, Bartolito, vamos bailando una danza para que se nos baje el almuerzo.

BARTOLO.— La verdad tengo flojera, pero me pondré de humor.

GILA.— Todos vamos a bailar *(bailan una polka)*.

ERMITAÑO.— Hermanos, qué pena tengo, ¿por qué se portan así? Están bebiendo y bailando cuando deberían hacer oración. Pueden quedarse con sus bailes y banquetes. Yo me despido, me voy.

GILA.— Padrecito, no nos dejes, no nos abandones, ya vamos, ya vamos.

Bato.— Juntemos todo y a caminar *(caminan)*.

TELÓN

Cuadro vi
El nacimiento

ERMITAÑO / GILA / FLORA / MINGA / CLEOFÁS / ANA / JULIA /
BATO / BLAS / LAURO / DELIO / TIMBRILLO / FILENO / BARTOLA /
JOSÉ / MARÍA / TODOS LOS DEMÁS

Decorado: al centro, o hacia uno de los lados del escenario, un portal. *Iluminación:* a media luz todo el escenario y luz fuerte sobre el portal. *Fondo musical:* villancicos por los pastores y fondo con discos de música navideña.

PASTORES.— *(Cantando)* Zagalillos, entonemos, nuestro canto pastoril y llevemos los corderos más hermosos del redil.

ERMITAÑO.— Hermanos, aquí está el Niño Dios. Adorémosle. Vayan dándole sus presentes.

GILA.— Si parece un angelito.

FLORA.— Tiene boca de azafrán.

MINGA.— ¡Úy, que gracioso!

CLEOFAS.— Qué lindo, tiene carita de Pascua.

FLORA.— Son dos rosas sus mejillas y su frente es de cristal.

ANA.— Da luz como una estrella, qué resplandores tan vivos.

GILA.— Allí están María y José.

JULIA.— Es la virgen más hermosa que en esta tierra ha nacido.

BATO.— Este es Jesús, su pobreza me lo dice.

ERMITAÑO.— Es verdad, es nuestro rey, mas, ¿no veis que tiene frío? Dadme, dadme vuestras pieles.

TODOS.— Sí, démosle nuestros regalitos.

GILA.— Este par de calzoncitos le traigo al divino infante, son de lino tejiditos, los hizo mi amante madre.

BLAS.— Yo te traigo un corderito, el mejor de mi ganado, él es blanco y lanudito. Mira, en este tiempo ha engordado.

FLORA.— Yo, esta blanca sabanita, ella está muy pobrecita, pero es lo que Dios me ha dado.

LAURO.— Estrella de la mañana, cielo sereno y sin nubes, niño hermoso, mi corazón te ofrezco en vez de esta gruta oscura, por morada, para que no tiembles ya más de frío.

CLEOFAS.— Yo este humilde fajerito, lo hice con mucho cariño sólo para regalárselo a este hermoso niño.

DELIO.— Yo, con pena y aflicción diré la verdad sin quite. Te traigo mi corazón para que lo santifiques.

TIMBIRIO.— Pero qué avariento eres, y qué agarrado estáis. No hay cuidado que ofrezcáis nada bueno... El corazón, el pecho... Yo tengo un corderito cual copo de nieve, que es mi grande y querido tesoro y aquí lo traigo. Tú lo apacentarás y crecerá cual ninguno, gallardo y bonito.

MINGA.— Esta pobre sabanita te la regalo yo para que te tape el frío que es muy fuerte.

FILENO.— Emanuel, María, José, Niño hermoso, yo les mandaré mis corderos, mis ovejas y queso y cien parejas de reses y yo mismo me entrego si me queréis aceptar.

JULIA.— Mi hermanita ayer tejió esta tela tan bonita, te hice una camisita y es lo que traigo yo.

BATO.— Bato viene pobrecito y no trae más que ofrecerte que este lindo fajerito. Perdona mi triste suerte.

ANA.— Yo en este cesto de flores traigo muy señalados todititos mis amores al rey de todo lo creado.

BARTOLO.— Alma vida y corazón Bartolo viene a ofrecerte y ten de mí compasión que el sueño siempre me vence.

FLORA.— Yo estas sabanitas humildes las hice con mucho cariño para regalárselas a este hermoso infante.

GILA.— Niño divino, mi bien amado, mi buen pastor, estos pastores que más te aman, humildes claman, oye su voz.

ERMITAÑO.— Aquí te trae Ermitaño este par de palomitas, mira, nacieron este año, tómalas con tus manitas. Porque naciste niño en este tiempo de frío, aquí te venció el amor que me tuviste, Dios Mío.

GILA.— Cantemos al Niño Dios con verdadera emoción dulces canciones del alma y afectos del corazón.

(cantan villancicos)

* * *

Dentro del teatro social destaca la obra de JOSÉ FÉLIX VARGAS MOLINA, originario de Cuquío, Jalisco. Montó más de 70 obras y en 1968 ganó el premio a la mejor dirección teatral. Se desempeñó en varios cargos públicos: director de la Galería Municipal de Guadalajara, del Centro de la Amistad Internacional, coordinador de literatura de Fonapas Jalisco, director del Instituto Libre de Estudios Superiores de Occidente y director de Artes Escénicas de la Secretaría de Cultura de Jalisco. Murió el 31 de agosto de 1997.

«Las Güilas de Don Güicho»

Sainete cómico ejemplar de Félix Vargas

CANTADOR / SIRIACO / JOSÉ REYES / LA MUJER DE SIRIACO /
 LUPE (SIRVIENTA) / AGÜELO / HIJO DE SIRIACO / ÁNGEL /
 NORBERTO / NICHÓ / HIJO DE ARTURO TORRES / PRESIDENTE /

GÜICHO / SOFÍA / BLANQUITA / MARÍA / PILAR / CHELA / CARMEN /
ESPERANZA / LUPE / ELENA

Con base en una cámara negra e iluminando el área de acción, el director de este sainete podrá valerse de elementos escenográficos que den la idea del lugar; recordándole que Güejuquilla se localiza en el estado libre y soberano de Jalisco, aunque hablando con la verdad la historia es totalmente ficticia, cualquier parecido con un hecho real es mera coincidencia.

La época en que transcurre queda en libertad de ser elegida, aunque si de algo sirve, puede ser en la década de los sesenta, tiempo en que las «magdalenas» empezaron a ser explotadas y etiquetadas por estos rumbos.

Al abrirse el telón las figuras de Siriaco y José Reyes aparecen como llegando al jardín cada uno por su lado; están totalmente congelados. Por el público aparece el cancionero y al terminar la introducción cantada (con la tonada que más agrada), cobran vida los susodichos, paseando por la plaza domingazo del pueblo.

CANCIONERO.—

Tomen asiento señores
aquí todavía hay lugar
que las güilas de don Güicho
ya mero van a empezar.
Sucedió allá en Güejuquilla,
un pueblo muy singular
donde hay mujeres hermosas
y hombres a carta cabal.
Aquí inicia la historia
en este jardín central
donde Siriaco y José Reyes
empiezan a chismorrear.
(*Cobran vida siriaco y José Reyes*).

SIRIACO.— ¿Qué pasa en casa de viudo Juan?

JOSÉ.— ¿A poco no lo sabe?

SIRIACO.— Si supiera pa' que se lo estaba preguntando.

JOSÉ.— El hijo menor del viudo: trajo putas de lujo al pueblo.

SIRIACO.— De esas meras compadre.

SIRIACO.— ¿Cobran?

JOSÉ.— ¡Pos claro! Las de gratis son de aquí.

SIRIACO.— ¿Tienes idea del precio?

JOSÉ.— ¿A poco quiere darle vacaciones a la comadre.

SIRIACO.— Este... pos... Yo pienso que un cambio de cuero, a cualquier tabalartero beneficia.

JOSÉ.— ¡Quién hablará como uste, hasta parece cura!

SIRIACO.— Gracias por el cumplido; pero regresando al grano, ¿me podría informar sobre las cuotas que los parroquianos de Güejuquilla tenemos que pagar para saborear tan delicioso manjar?

JOSÉ.— Este... pues, hasta donde yo sé, éstas no son para comérselas, son tan sólo para el goce de un ratito.

SIRIACO.— Ya lo sé, compadre, ya lo sé; me estaba refiriendo a ellas en forma metafórica.

JOSÉ.— Sepa Dios lo que sea eso, pero lo que sí le puedo asegurar, es que esas viejas sirven pa' cochar, y cobran su servicio.

SIRIACO.— Eso es lo que me interesa saber.

JOSÉ.— Dicen los que ya fueron que hay hasta de quinientos pesos.

SIRIACO.— ¿Tan caras?

JOSÉ.— Fue lo que me dijo tu hermano.

SIRIACO.— ¿Indalecio?

JOSÉ.— Ese ya no puede con su alma.

SIRIACO.— ¿Mariano?

JOSÉ.— ¡Ándale! Por cierto me dijo él, había pagado una de mil.

SIRIACO.— Escuincle cabrón, sólo tiene catorce años; a su edad que esperanzas que yo conociera sabor a mujer.

JOSÉ.— Yo menos, compadre, a lo mucho llegué a burra como los de antes.

SIRIACO.— No, pos sí. ¿Qué dice? ¿Vamos a ver el colorido de las frutas?

JOSÉ.— Putas, compadre, pa' ver fruta vamos al mercado. Enséñese a hablar en cristiano.

SIRIACO.— Está bueno pues, ¿vamos?

JOSÉ.— Hay un chingo de gente, mejor mañana.

SIRIACO.— ¿Pos cuántas damiselas son?

JOSÉ.— Como seis.

SIRIACO.— ¿Pá todos los del pueblo?

JOSÉ.— Hey, pero de uno en uno.

SIRIACO.— ¡Acompañeme!

JOSÉ.— ¿Pos que le diré?

SIRIACO.— Pos que sí. Nomás le llevo este remedio a mi mujer, y nos largamos.

¡Ándele!

JOSÉ.— Ta' güeno, sirve mientras tanto que yo le doy su merienda a mi agüelo.

SIRIACO.— Nos vemos en el atrio a la primera del rosario.

(Salen cada uno a sus respectivas casas; Siriaco a la de su mujer y José a la de su abuelo).

CANTADOR.—

Siriaco se fue a su casa

con su querida mujer

José fue a ver a su agüelo

y a darle de su buen comer.

Siriaco llegó a su hogar

cumpliendo muy bien su encargo

pensando pa' sus adentros

cómo tiznados me largo.

(Llega Siriaco a la carrera y gritando).

SIRIACO.— ¡Vieja! Aquí traigo las medicinas que te recetó el doctor.

MUJER.— Gracias viejo, ponlas en mi buró junto al aparato de petróleo.

SIRIACO.— ¿Pa' luego, donde está el muchacho? No lo miro por ninguna parte.

MUJER.— Pa' mí que se jué a jugar, hace buen rato que tampoco lo miro.

SIRIACO.— Deja que lo agarre y me las va a pagar todas juntas.

MUJER.— Está en la edad de la diversión, no le digas nada.

SIRIACO.— ¡Está en la edad de la diversión! Si ya tiene quince años. A su edad, qué esperanzas que anduviera yo de chile frito.

MUJER.— No te enojés, viejo.

SIRIACO.— No me enojo, pero siento la responsabilidad de hacer de él un buen hombre de trabajo y fe cristiana.

MUJER.— Lo haremos viejo. Lo haremos. Hay más tiempo que vida, lo bueno es que ya estás aquí. ¿Empezamos el rosario?

SIRIACO.— Es que... se me presentó de improvisto un asunto con mi compadre José, relacionado con la huertita que tenemos cerca de su rancho. Quedé de palabriar con él como a estas horas en el jardín; pero me da no sé qué dejarte sola.

MUJER.— No te mortifiques, el alma de mi madre se queda conmigo. ¡Anda, ve con el compadre!

SIRIACO.— ¿Ya no te duele la barriga?

MUJER.— Muy poco, casi nada.

SIRIACO.— Cuidate bien, no vaya a nacer antes de tiempo.

MUJER.— ¡Ni Dios lo quiera! Nomás de ver a los tempraneros de Gertrudiz, me entra un miedo.

SIRIACO.— Ustedé está juertota y bien dada.

MUJER.— Gracias asté que nos tiene bien alimentados, pero pos... tengo temor por tantos años que no te di nada.

SIRIACO.— Quiera el Santo Niño de Atocha que sea un parto normal y ansina poder presumir a mis dos hijos.

MUJER.— Yo le había prometido a la Virgen del Rosario consagrársela si era niña.

SIRIACO.— Como asté quiera y guste; nos vemos al rato.

MUJER.— Que te vaya bonito.

SIRIACO.— A propósito, ¿no tienes algún dinero guardado? Con esto de tus medicinas... No vas a creerme, pero me gasté todo lo que traiba.

MUJER.— Detrás del Divino Rostro tengo como ochocientos pesos.

SIRIACO.— ¿Tuyos?

MUJER.— Son mis ahorros que tenía desde antes de casarme.

SIRIACO.— ¿A poco?

MUJER.— ¡De veras! Los tengo disque para comprarme unos lentes, pero hago desidia.

SIRIACO.— ¿Ya no ves?

MUJER.— Muy poco, pero a ti te hacen falta más que a mí, tómalos y no te dilates.

SIRIACO.— Es que...

MUJER.— No es correcto que dejes al compadre esperando.

SIRIACO.— Gracias vieja, en cuanto pueda te los devuelvo dobles.

MUJER.— ¡Qué Dios te acompañe!

(Sale Sírriaco a su compromiso con José).

CANTADOR.—

El descastado José
llegó insultando al agüelo
pero ya no lo encontró
se había largado el encierro.

La sirvienta doña Lupe
fue la que le dio razón
se largó junto con Chema
en busca de un corazón.

(Llega José gritando a la carrera).

JOSÉ.— ¡Agüelo! ¡Agüelo! ¡Dónde te metes viejito cabrón?

LUPE.— Ni grite, niño, a su agüelo lo divisaron llegando a esa casa del demonio.

JOSÉ.— ¿Cuál casa?

LUPE.— Esa que puso el norteño Güicho, con mujeres de satanás.

JOSÉ.— ¿Mi agüelo?

LUPE.— Sí niño, sí. Se jué juntamente con el padre de esté y con mi marido.
¡Figúrese nomás! ¡Mi Chemita allí!

JOSÉ.— No llores, Lupe, no llores.

LUPE.— ¡Irse como animales a coger bola! ¿Qué uno no sirve para estos trotes?

JOSÉ.— Claro que sí! Pero tú no cobras por el servicio.

LUPE.— ¿De ribete cobran? ¡Pa' ver sabido en su oportunidad!

JOSÉ.— ¿Qué cosa?

LUPE.— Lo de la cobrada.

JOSÉ.— ¿Pa' qué?

LUPE.— Nomás pa' saber. A ver dígame. ¿Le cobré algo esté cuando le enseñé?

JOSÉ.— No, pos no.

LUPE.— Menos a su padre, ni a su agüelo.

JOSÉ.— ¡Cállate, te puede oír tu marido!

LUPE.— ¡Que me oiga el desgraciado para que se le quite lo cuzco! Además muy bien que lo sabe y hasta se enorgullece de compartirme con los patrones.

JOSÉ.— De todos modos no es güeno que lo escuche de tu propia boca.

LUPE.— Pos ansina como buen oído, nunca ha tenido y puntería menos; ya ve esté, a estas alturas y ningún hijo tengo.

JOSÉ.— Por práctica no ha quedado. A lo mejor eres muliza.

LUPE.— ¡Alabados sean los dulces nombres de Jesús, María y José! ¿Qué es eso?

JOSÉ.— Que no puedes tener hijos.

LUPE.— ¿Yo? ¿Y ustedes qué?

JOSÉ.— Nos vemos al rato.

LUPE.— ¿Va también con las pirujas?

JOSÉ.— ¡Cómo crees! Voy al rosario.

LUPE.— Si esté quere; rezamos aquí, mientras vuelve mi marido.

JOSÉ.— Otro día será. Con tu venia.

(Salen y se escuchan campanas).

CANTADOR.—

Las ocho bien sonaron
en la campana del templo
los dos compadres llegaron
puntuales al cumplimiento.

(Llegan a la casa de Güicho en donde encuentran gran fila esperando; el hijo de Arturo Torres, el presidente municipal, el delegado de hacienda, sacristán, boticario, hijo de Siriaco, Agüelo, Ángel y Norberto. A lo lejos se escucha música rascuache de cabaret).

SIRIACO.— ¡Jíjole compadre, que colonón!

JOSÉ.— Hasta parece que están pagando en lugar de cobrar.

SIRIACO.— ¿No es aquél de la camisa roja el hijo de Arturo Torres?

JOSÉ: ¡Hey! Y mira dos antes de él, muy orundo con su tejana café, el mismito presidente municipal.

SIRIACO.— ¡Y el delegado de Hacienda!

JOSÉ.— ¡El sacristán!

SIRIACO.— ¡El boticario!

JOSÉ.— ¡Ver para creer!

SIRIACO.— Ya no hay moral, compadre, ya no hay moral.

JOSÉ.— ¿Nos acercamos?

SIRIACO.— Pos nos acercamos.

HJO.— ¡Papá!

SIRIACO.— Muchacho del demonio. ¿Qué está haciendo usted aquí, teniendo a su madre enferma?

HIJO.— No te hagas bolas, apá; vienes a esto, y esto te llevas. Te recomiendo la de azul, esta bien durita y tiene unos pechitos como lima de temporal.

SIRIACO.— ¡Irrespetuoso! Acuérdense que soy su padre.

HIJO.— No se me olvida, por eso te hago recomendaciones para que no gastes en balde.

JOSÉ.— ¡Agüelo! ¿A tu edad aquí?

AGÜELO.— ¿Qué? ¿No puedo?

JOSÉ.— Eso tú lo dirás, pero no deberías exhibirte a tus años. ¿Qué van a decir los vecinos?

AGÜELO.— ¡Lo que les dé su chingada gana! No les pido prestado, ni vengo a pedir fiado; traigo mi lanita y mis ganitas. Con tu permiso, José, es mi turno.

ÁNGEL.— Agüe... ¿Qué tal apá?

NORBERTO.— Regular hijo, regular. Ya se me quitó la tentación. Nos vemos en casa.

SIRIACO.— ¿A cómo te salió, Nicho?

NICHO.— A mil pesos. ¿Vas a entrar?

SIRIACO.— Sólo traigo ochocientos.

NICHO.— Ten, te presto el resto. Nos vemos después pa' platicar.

SIRIACO.— Aluego te los pago.

GÜICHO.— Amigos: Las muchachas ya están muy cansadas y les suplico a los que faltan, que hasta mañana continuarán haciéndolos felices.

SIRIACO.— Eso sí que no cabrón: dejé a mi vieja enferma, mi hijo ya me vio aquí y me sales con que hasta mañana. ¡Quítate!

GÜICHO.— ¡Don Siriaco! Espéreme por favor.

SIRIACO.— ¡Espero madre! ¡Vente cansada pa' darte alivio!

GÜICHO.— ¡Señores por favor! Comprendan que las muchachas tienen desde las cuatro picando y ya son las diez de la noche. ¡No hay que ser! Vénganse mañana temprano y les prometo un descuento!

JOSÉ.— ¿Tú no estás cansado, Güicho?

GÜICHO.— Yo de qué; don José, si nomás miro como el chinito.

JOSÉ.— Pos yo tampoco me voy a ir así por que sí.

GÜICHO.— ¿Qué es lo que está pensando, don José?

JOSÉ.— Eso mesmo güerito. Eso mesmo, a lo mejor hasta eres señorito y hasta salgo ganando. ¿No crees?

GÜICHO.— ¡Guarde esa pistola, don! ¡Guárdela! Yo no soy puto.

JOSÉ.— No lo eres güerito. No lo eras. ¡Andándole pa' adentro!

GÜICHO.— Le obsequio a cualquiera que le guste. Mire, Sofía está casi nueva, o Lourdes... pero guarde esa pistola por el alma de su agüelo y déjeme en paz con sus proposiciones.

JOSÉ.— Nomás porque me lo pides en el santo nombre de mi agüelo; pero ya se me hacia que te estrenaba, Güicho.

GÜICHO.— ¿A cuál quiere?

JOSÉ.— Pos a la Sofía esa. Vente chula.

SOFÍA.— ¿A poco se hubiera cochado al patrón?

JOSÉ.— Ni lo mande Dios. Pura estrategia mujer, pura estrategia. Como decíamos en el ejército, ¡encuérate!

(Se oscurece la escena para iluminar la lujosa casa de doña Blanquita Rimoldi, en donde se encuentran reunidas las mujeres de Güejuquilla).

CANTADOR.—

Las mujeres del lugar
empezaron a notar
que sus hombres ya no daban
amor y felicidad.

Todas ellas se juntaron
en casa muy singular
y bajo las ideas de Blanquita
empezaron a protestar.

MARÍA.— ¡Es que no hay derecho Blanquita!

BLANCA.— Pos no.

ELENA.— ¡Imagínese doña! Desde que llegaron esas, mi Chava ni me usa; ¿le parece justo?

BLANCA.— Pos no.

CHELA.— A mí me corto mi Lencho porque no quise darle lo que una de esas le dio.

PILAR.— Eso no es nada Chelita, yo se lo di y de todos modos me dejó.

CARMEN.— Después de 20 años de hacerlo como todas ustedes saben que se hace, mi marido Todosio me pidió que lo hiciéramos como lo había hecho con una de esas y me quedé ronca.

BLANCA.— Es un atentado contra la salud y las tradiciones de este pueblo.

MARÍA.— No sólo eso, Blanquita, es un ataque a la dignidad, moral y buenas costumbres de nosotras las mujeres.

BLANCA.— ¿Qué es lo que proponen?

ELENA.— ¿Cómo que qué proponemos? Si por eso hemos venido con asté que es leída y escribida, para que nos ayude, nos aconseje o, como diría el cura, nos ponga una luz en el camino.

BLANCA.— A propósito, ya saben que el cura también jué a cobrar sus diezmos con las viejas esas y como no tenían suelto se cobró en especie.

TODAS.— ¡No!

BLANCA.— Sí, muchachas, sí.

MARÍA.— Ve Blanquita, hasta las hijas de María sufrimos descréditos. Con las hijas de María ésas.

BLANCA.— ¡Ya no hay temor de Dios!

ELENA.— ¡Ayúdenos, Blanquita!

BLANCA.— Bueno, bueno, cálmense. Vamos analizando. ¿Qué tienen ustedes?

CHELA.— Sin los hombres nada.

PILAR.— En este pueblo todo lo da el hombre.

CARMEN.— Sin él, no tenemos nada.

ESPERANZA.— Sólo que sea por eso, porque... A mí, hasta los ochocientos pesos de mis lentes me gastó el desgraciado.

BLANCA.— Tranquilas mujeres. ¡Tran-qui-las! Cuando yo les pregunté lo que tenían; me refería corporalmente o sea; ¿de qué se compone su cuerpo?

PILAR.— Pos de carne, ¿no?

BLANCA.— Para que mejor me entiendan, les diré que yo tengo cintura, dos bien torneadas piernas, dos caderas de fuego, dos duros pechos, dos bellos ojos, una matriz, dos labios de pétalo de rosa, una lengua de agua y viento, dos....

ESPERANZA.— Hay Blanquita si hasta parece otra con lo que tiene.

BLANCA.— ¿Acaso ustedes no tienen lo mismo?

ELENA.— No, pos eso sí. Cada cual a su manera pero todas tenemos.

BLANCA.— Entonces aprovéchense de lo que tienen, juntamente con los sesos de sus respectivas cabezas.

LUPE.— ¿Está tratando de decir que cobremos como las viejas esas?

PILAR.— Podría ser. ¿Pero a ti quién te dijo que cobraban, Lupe?

LUPE.— Mi patrón. ¡Imagínese Blanquita, el dineral que hubiera juntado! ¡Yo les lavo a tres!

BLANCA.— ¿A tres?

LUPE.— Bueno, a cuatro, contando a mi marido.

BLANCA.— ¡Y yo que las creía zonzas!

ELENA.— No generalice, Blanquita. Eso hace Lupe, porque es sirvienta. Nosotras somos de lo mejorcito del pueblo.

BLANCA.— Para esto no hay clases sociales, mujer: todas usamos el mismo instrumento. Lo que importa ahora es que lo usemos con inteligencia y que entreguemos a los hombres una sopa de su propio chocolate.

PILAR.— ¿Qué sugieres?

BLANCA.— Que todas, óiganlo bien, todas las mujeres, pobres o ricas, feas o bonitas, hijas de María o de cualquier otro santo pidan trabajo con el güero Güicho juntamente con las que están ahí.

LUPE.— ¡Virgen Santa!

PILAR.— ¿De putas?

ESPERANZA.— ¡Ni Dios lo quiera, Blanquita! ¡Nos caería la maldición de Dios!

MARÍA.— ¡Que pensarían mis hijos!

ELENA.— ¡Mi novio!

LUPE.— ¡Mi marido!

PILAR.— ¡Mi padre!

CARMEN.— ¡El señor cura!

CHELA.— Eso sí que no, Blanquita.

ESPERANZA.— Imposible. ¡Bonita me voy a ver de puta con mi embarazo de siete meses!

BLANCA.— ¡Silencio! ¡Calma! ¿No quieren recuperar a sus hombres?

MARÍA.— A ese precio, nunca.

CARMEN.— Pecado contra el sexto mandamiento.

PILAR.— Mejor me voy al convento.

ELENA.— ¿Qué dirían de los ranchos y los poblados vecinos?

CHELA.— Eso sí que no.

ESPERANZA.— Perdónanos, Blanquita, pero ese consejo te lo aconsejó el meritito diablo.

BLANCA.— Me aconsejó la inteligencia, viejas pendejas.

MARÍA.— ¡Blanca, no venimos aquí para que nos insulte!

PILAR.— Siendo así, mejor vámonos muchachas.

LUPE.— ¡Que tal con la inteligente!

BLANCA.— ¡Cállense! Déjenme hablar; en ningún momento yo les dije que se fueran con Güicho a revolcarse con uno y con otro. Mi idea es que tan sólo le pidan trabajo, no que lo hagan, simplemente para que los hombres se den cuenta que también nosotras podemos hacerlo con quien pague el mejor precio; y que si no se van esas mujeres y ellos las siguen frecuentando, van a tener un burdel del tamaño del pueblo, en donde sus hijas, madres, abuelas y hermanas van a ser las güilotas pintas.

CHELA.— ¡Qué inteligente!

LUPE.— ¿Quién va a querer una familia de güilas?

PILAR.— Déjese de eso Lupita. ¿Quién va a querer pagarle a su esposa por un rato de placer?

ESPERANZA.— ¡Lo que sirve el estudio!

MARÍA.— Ya ve comadre, y usted que no quiere que sus hijas estudien.

ELENA.— ¿Cuándo le parece que debemos empezar Blanquita?

BLANCA.— Si todas están de acuerdo, ahora mismo.

TODAS.— ¿Ya?

BLANCA.— ¡Claro! Al mal paso darle prisa. ¿Vamos?

ESPERANZA.— ¿Y las mujeres que faltan?

BLANCA.— Se nos unirán en la caminata por la calle central hasta la casa del viudo Juan.

LUPE.— Siendo así, vámonos muchachas y que Dios perdone nuestras decisiones.

(Se ponen en movimiento hasta integrar una fila hacia la casa de Güicho).

CANTADOR.—

Ahora si se puso bueno
 el borchinche aquí formado
 todas la viejas se fueron
 con Güicho el degenerado
 novias, madres y abuelas
 ricas, pobres, gordas, flacas
 atravesaron el pueblo

hacía el lugar del pecado.

Llegaron como Güilotas
con la cola para abajo
esperando un macho hombre
para darle su trabajo.

El dueño del negocito
se asustó de tanta dama
pensando pa' sus adentros
¿a poco también quieren cama?

(Llegan a la casa de Güicho que se encuentra solo por fuera).

BLANCA.— ¡Güicho! ¡Güicho! Queremos hablar contigo.

GÜICHO.— A sus órdenes señoras, pero antes quisiera pedirles compasión para estas muchachas que no tienen culpa de haber estado con sus hombres; ellas trabajan lo mismo aquí que en cualquier otro lugar. Estoy dispuesto a llevármelas, si ustedes se van tranquilamente a sus casas.

BLANCA.— ¡Por Dios don Güicho! No nos mal interprete; lo que venimos a pedirle es que nos admita como pupilas en su negocio.

GÜICHO.— ¡¡Qué!!

LUPE.— Lo que oyó, don Güicho; que venimos a trabajar con usted en calidad de caliente camas.

GÜICHO.— ¿Ustedes?

PILAR.— ¿Nos hace falta algo?

GÜICHO.— No... pero sus maridos cuando se enteren me matan.

ESPERANZA.— Tampoco los crea tan hombres; además, esta es una decisión nuestra.

GÜICHO.— Señoras, ustedes están locas, piensen lo que van a pensar de las mujeres de Güejuquilla.

MARÍA.— ¿Lo pensó usted cuando abrió su negocio?

GÜICHO.— En verdad que no, pero estoy dispuesto a remediar el daño.

ELENA.— ¿Cómo?

GÜICHO.— Llevándome a las muchachas.

BLANCA.— Pero luego vendrán otros con otras y el caso será igual; además, lo tenemos bien decidido; queremos trabajar de putas para que nuestros hombres escarmienten.

CHELA.— ¡Miren muchachas ahí vienen unos hombres!

CARMEN.— Rápido Güicho, haga como que trabajamos para usted.

GÜICHO.— ¿Y si me linchan?

LUPE.— Nosotras lo defendemos, sólo queremos que nunca más vuelvan a pisotear nuestra dignidad de mujer.

GÜICHO.— Siendo así, acomódense como quieran y enseñen lo más que puedan.

CANTADOR.—

Los hombres de Güejuquilla

llegaron en ese instante

exigiendo sus derechos

de esposo, novio y amante.

(Llegan los hombres con gran gallardura y poniéndose en poses muy machas empiezan a ordenar; poco a poco van perdiendo las poses).

CHEMA.— ¡Vete a casa, Guadalupe!

LUPE.— ¿Cuánto me vas a pagar?

JOSÉ.— ¿Te parece decente estar aquí, Lucía?

MARÍA.— ¿A ti te lo pareció?

SIRIACO.— Por el hijo que va a nacer, Esperanza, perdóname y regresa a casa con tu otro hijo y conmigo.

ESPERANZA.— Ni lo pienses, de ahora en adelante soy una mujer de la calle.

BLANCA.— Señores, quieren la normalidad en sus hogares, deben aceptar nuestras condiciones.

TODOS.— ¿Cuáles son?

BLANCA.— Primero: que Güicho se vaya con sus güilas a otra parte y nunca más se instale otro.

TODOS.— ¡Que se vaya!

BLANCA.— En segundo lugar: que valoren a sus esposas, a sus hermanas y hasta a sus madres en calidad de mujeres, amigas, novias y compañeras. Y por último; que nos paguen lo que les pagaron las güilas para tener un recuerdo de esta tarde.

SIRIACO.— No traemos dinero, ¿nos pueden fiar?

ESPERANZA.— ¡Consíganlo como antes lo consiguieron!

(Se oscurece la escena para dar paso al cantador y rápidamente llenen el escenario de camas, petates, cobijas, etc., todas ellas con parejas hombre-mujer).

CANTADOR.—

Nadie lo puede negar
 como las sabias mujeres
 a los hombres castigaron
 con su mismo razonar.
 A sus casas los llevaron
 como burros al pajar
 y ya dentro de la cama
 empezaron a reclamar.

CORO DE HOMBRES ACORTADOS.— ¿Te hubieras quedado con Güicho?

CORO DE MUJERES ACORTADAS.— ¡Claro que sí, siempre he tenido ganas de re-
 volcarme con el compadre!

CORO DE HOMBRES ACORTADOS.— ¡Piruja!

CORO DE MUJERES ACORTADAS.—

(Levantándose todas al mismo tiempo con poses de mujer fatal).

¡Son trescientos pesos por este platicar!

¡Güicho tequila doble con ficha!

CANTADOR.—

Vuela, vuela palomita
 vente hasta la lagunilla
 y dile a todas las damas
 que vean en las de Güejuquilla.

* * *

Una de las tradiciones que tuvieron una gran fuerza dentro de la cultura popular es el teatro «de carpa», en el cual se representaban obras muy cortas, de corte político, con diálogos improvisados y activa participación del público. Uno de los artistas más conocido fue JESÚS MARTÍNEZ *PALILLO* RENTERÍA, originario del famoso barrio del Santuario de Guadalajara. Allí nació *Palillo*, el 13 de abril de 1913. Murió el 11 de noviembre de 1994. Fue un *multiusos*: acólito, agente de tránsito, fotógrafo, torero, primer soprano del coro de la catedral de Guadalajara y actor cómico. En los años ochenta ya era famoso por el tema central de sus representaciones: la crítica política.

Actuó en los más importantes teatros de revista, formó parte de la porra oficial de la selección mexicana de fútbol y fundó la Mutualidad Deportiva Nacional, para apoyar a los deportistas retirados.

Gran conocedor del habla popular urbana, *Palillo* maneja la ambigüedad semántica, lo que produce el doble sentido y el albur, a través de personajes típicos mexicanos, como se puede observar en el siguiente texto, una transcripción de una de sus representaciones. El material fue proporcionado por su sobrina, Romina Martínez.

Las posadas de «Palillo»

i escena

PAPÁ.— ¡Hijita, hijita fíjate que...!

HIJA.— Dime, papacito.

PAPÁ.— Fíjate, es que estoy muy preocupado, hija, tenemos que dejar este asunto ya, nos vamos a cambiar de casa porque nos está yendo muy mal, hija.

HIJA.— (*Interfiere en la comunicación diciendo dulcemente*) ¿Por qué? ¡Ay no, papá!

PAPÁ.— Ya no hay dinero, yo voy a tener que vender la mula de tu mamá.

HIJA.— ¿Qué pasó? No, ¿cómo que vas a vender la mula de mi mamá?

PAPÁ.— Sí, la mula que me dejó tu mamá, antes de morir, de herencia.

HIJA.— (*Al mismo tiempo que su padre, exclama...*) ¡Ah!

PAPÁ.— La voy a vender para poder subsistir. Y ya...

HIJA.— No papacito, pero no te preocupes.

PAPÁ.— ¿Por qué?

HIJA.— Yo ya conseguí trabajo.

PAPÁ.— (*Interrumpe a su hija*) Ah, ya vas a trabajar, ¿donde hija?

HIJA.— En la 34.

PAPÁ.— (*Ríe, se escucha la admiración y risas del público*) No, hija, no creo, ahí no te dan ni 35 hija (*mientras ríe*).

HIJA.— (*Con voz de decepción*) ¡Ay, papacito!

PAPÁ.— No, no, no, hijita, no es esa la solución, voy a vender la mula (afirma) y con eso vamos a vivir un tiempcito.

HIJA.— Bueno, pues ni modo, ni modo.

PAPÁ.— Bueno, muy bien.

HIJA.— (*Interrumpe*) ¿Oye, papá?

PAPÁ.— Dime.

HIJA.— Te quiero decir una cosa.

PAPÁ.— Dime, hijita, cómo no, ni hablar.

HIJA.— Pues fíjate, que yo ya...

PAPÁ.— (*Cambia el tono de voz*) Tú que... ¡qué! Lárgate de esta plaza, digo, de esta casa (*se escucha la risa del público*). Vete de aquí, como que tu ya...

HIJA.— ¡Ay, Papá! Yo ya tengo novio.

PAPÁ.— ¡Ah, bueno! (*risa nerviosa*) ¡Hay hijita!, no hagas paradita, ahí esta el peligro. No, no, no.

HIJA.— Sí, y además quiero que lo conozcas, porque quiere venir a pedir mi mano.

PAPÁ.— Nada más la mano, hija...

HIJA.— Sí.

PAPÁ.— Bueno, entonces va a venir tu novio.

HIJA.— Va venir mi novio.

PAPÁ.— Hijita, yo quiero que tú te cases de blanco, igual como yo me llevé a tu santa madre que del infierno goce la desgraciada.

(*Risas del público*)

PAPÁ.— Me la llevé todita de blanco.

HIJA.— ¡Sí! Con sus azahares y su velo.

PAPÁ.— No, en una sábana me la llevé, porque... (*se escucha la risa del público*) no se quería ir (*risa de Palillo*). Bueno, mira hijita, voy a vender mi mula, y cuando venga tu novio a pedir la mano me avisas.

HIJA.— ¿Vas a vender la mula entonces?

PAPÁ.— Claro, ya puse un anuncio en el periódico, si vienen a comprar la mula, me avisas también y si viene tu novio me avisas. Vuelvo hija. Ándale.

ii escena

(*Se escuchan los silbidos del público. Sale Palillo de escena*)

HIJA.— ¡Ah! Qué lindo que mi papá ya aceptó ahora sí que ya me case.

(Se escucha un aficionado diciendo «yo, voy», el público interactúa)

PAPÁ.— ¡Profunda, Profunda! ¡Ay, Profunda!

(Se escucha el público, silbándole a la hija de Palillo, mientras llama a Profunda, el público, también llama a Profunda)

(Profunda entra corriendo a escena)

PAPÁ.— ¿Dónde andas, Profunda?

PROFUNDA.— Andaba yo cerrando el zaguán, niña.

HIJA.— ¡Ay! Fíjate que tengo mucho gusto.

PROFUNDA.— ¿Por qué niña? ¿Por qué?

HIJA.— Porque ahora sí mi papá ya me va a dejar casar.

PROFUNDA.— Hasta que se le hizo.

HIJA.— ¡Ay, ya se me hizo!

HIJA.— ¿Y a ti no se te ha hecho?

PROFUNDA.— No, de vez en cuando.

(Risas del público)

PROFUNDA.— Sangre de atole *(murmura)* ¡Ay qué contenta, qué bueno!

HIJA.— Y además no ha de tardar en llegar.

PROFUNDA.— ¡Qué bueno!

HIJA.— Palillo va a venir a verme y hablar con mi papá.

PROFUNDA.— ¡Ay qué bueno, bendito sea Dios, a ver si me voy a la casa de usted!

(Interrumpe a Profunda, el silbido de Palillo)

HIJA.— ¡Oilo, oilo...!

PROFUNDA.— Allí está...

iii Escena

Se escucha el aplauso del público y los gritos ¡Arriba las chivas!

PALILLO.— Muchísimas gracias, muchas gracias, muy buenas noches, me perdonan un momentito, ahorita los atiendo, nomás arreglo aquí un asunto. ¡Mamacita de mi vida!

HIJA.— ¡Mi vida!

PALILLO.— No hagas caso ahorita ni del América, ni del Atlas, ni de nada, me pareció haber escuchado la voz del buey de tu padre... digo de tu papá *(risas del público)*. ¿Con él hablabas?

HIJA.— Sí, mi vida, hablaba con él y precisamente...

PALILLO.— (*Interrumpe*) ¿Ya le dijiste que estoy decidido definitivamente a venir a pedir tu mano?

HIJA.— Sí le dije.

PALILLO.— Bueno tu mano y anexas, desde luego, no te quiero para trabajos manuales nada más, verdad, comprenderás que te quiero para que seas mía eternamente en cuerpo y alma.

HIJA.— ¿En cuerpo y alma?

PALILLO.— En cuerpo y alma.

HIJA.— ¡Ay, en cuerpo y alma!

PALILLO.— ¿Qué no hay modo de un anticipo, ahí al rato..?

(*Risas del público*)

PALILLO.— Así como para asegurar el contrato, verdad, mamacita, ya ves que del plato a la boca se cae la sopa, verdad mamacita, el América decía que ya era campeón, y ya ves cómo le esta yendo, verdad mi vida... Así es que todo puede suceder, ¿verdad?

HIJA.— Ya veo.

PALILLO.— Qué lindo va ser nuestro romance, verdad, qué lindo va a ser que tú y yo nos casemos y que ambos dos a la par igual que juntos lleguemos al tálamo de amores, mi vida, que tú seas para mí y yo para ti.

HIJA.— Así es.

PALILLO.— ¡Nuestra Luna de Miel!

HIJA.— ¡Ay sí, en Acapulco!

PALILLO.— Acapulco.

HIJA.— Acapulco, la quebrada...

PALILLO.— La quebrada de hocico que me va a dar tu padre a la hora que se entere que ni dinero, ni licenciado, ni abogado, pero uno queda bien, con uno que coma basta, verdad, mamacita. Comeremos tacos de cariño, comeremos platos de amor, sopa de entre besos y todo lo que se pueda hacer cariñosa y amorosamente.

HIJA.— ¡Ay, con tanto que te quiero!

PALILLO.— Tate quieta, hombre, ¡pérate!

HIJA.— ¡Te quiero, te adoro!

PALILLO.— Es que yo nunca soñé tener un cariño tan a... pérate, hombre, pérate mamacita.

HIJA.— ¡Ay, ay!

PALILLO.— Pérate, mamacita, no le hagas, el amor que nos tenemos, debe ser cariñosamente lindo...

HIJA.— ¡Ay, ay!

PALILLO.— Pérate, no le hagas tan recio, espérate hombre, pérate mamacita de mi vida, acabo de tragar pozole, no le hagas horita, mi vida, hace daño esto, con la birra, espérate tantito, hombre, Madre Santísima de Guadalupe, los cielos y la tierra sean para siempre alabados señor, ángeles y serafines dicen Santo, Santo, Señor (mientras se escuchan los gemidos de la hija), réquiem eterna... San Jorge Bendito amarra tus animalitos con tu cordón bendito para que no me de un piquetito. Señor San Isidro Labrador quita el agua y pon el sol, Sombra del Señor San Pedro tápate, ojos de Santa Lucía ciégalo, Aleluya, Aleluya, que cada quien agarre la suya.

HIJA.— (Sigue gimiendo).

PALILLO.— ¡Pérate hombre!... Sagrado Corazón, ya me fregué yo solo, mamacita, ya me fregué yo solo, mi vida, el calambre submarino... mi vida.

HIJA.— ¿Te la sobo?

PALILLO.— No, es peor, no le hagas, mi vida, mejor voy a agarrar aire y luego vengo.

(*Aplausos del público*)

HIJA.— ¡Ay Dios mío! ¿Qué le pasaría? Nunca le habían dado esos calambres, voy a ver.

iv escena

(*Se escucha el público, entra Profunda y otro señor*)

PROFUNDA.— Pásele pa' cá, esta es la sala, nombre, sí señor..

SEÑOR.— Muchas gracias señora, sabe usted que...

PROFUNDA.— Señorita.

SEÑOR.— Mande.

PROFUNDA.— Por favor, me dijo usted señora.

SEÑOR.— Señora.

PROFUNDA.— Señorita, por favor.

SEÑOR.— Buena expresión para hacer investigaciones, verdad, pero ya no me interesa, gracias.

SEÑOR.— Sabe, usted, que vi en el periódico, en el Informador y en el Sol, que vendían una mula.

PROFUNDA.— Sí, cierto, el señor la va a vender.

SEÑOR.— Y como usted debe de comprender, nos hacen faltan animales allá.

PROFUNDA.— ¡Ah, caray!

SEÑOR.— Exactamente.

PROFUNDA.— Es usted labrador.

SEÑOR.— Acabo de llegar, sí, nos trajeron a una manifestación.

PROFUNDA.— ¿Sí?

SEÑOR.— Si, nos dijeron les vamos a pagar 6 pesos diarios, nos trajeron en camiones, y ya nos soltaron como trompo chillador, ya no nos regresaron, sabe usted.

PROFUNDA.— Y, ¿por qué?

SEÑOR.— Pos nomás nos traen grita y grita ¡Madero! No sé qué, bueno por ahí se ve.

PROFUNDA.— Ándele pues.

(Se escuchan los chiflidos del público)

SEÑOR.— Bueno, pos sabe usted y vengo por favorcito haber si me da usted informes de la mula.

PROFUNDA.— Pues si señor, allá está...

(Interrumpe el señor a Profunda)

SEÑOR.— ¿Usted trabaja aquí?

PROFUNDA.— Sí, señor.

SEÑOR.— Ah, qué bueno.

(El señor no deja hablar a Profunda)

SEÑOR.— Sabe usted, allá el terreno esta muy malo.

PROFUNDA.— *(Interrumpe Profunda)* ¡No!

SEÑOR.— *(continúa)* Cállese usted el hocico, no, no, cállese, siembra usted una cosa y sale otra.

(Risas del público)

PROFUNDA.— ¡No!

SEÑOR.— Siembra usted maíz y sale frijol.

PROFUNDA.— *(Interrumpe Profunda)* ¿Frijol?

SEÑOR.— Siembra usted arroz y sale fideo.

PROFUNDA.— ¡Ay, chirrión!

SEÑOR.— El otro día sembré camotes, ¿qué cree que salió?

PROFUNDA.— Pues camote

SEÑOR.— Salieron los puercos y se tragaron toda la cosecha.

PROFUNDA.— ¡Que bárbaro!

SEÑOR.— Quiero abonarla y trabajarla, ¿me entiende aste'?

PROFUNDA.— Sí, señor.

SEÑOR.— ¡Caray! Perdona, ¿usted cómo se llama?

PROFUNDA.— Profunda Taguada a las órdenes de usted, señor.

SEÑOR.— Profunda Taguada, ah, ah.

PROFUNDA.— (*Complementa*) Taguada, a las órdenes de usted.

SEÑOR.— ¿Y su mamá?

PROFUNDA.— También.

SEÑOR.— ¿Qué?, también ¿qué?

PROFUNDA.— Taguada.

SEÑOR.— Taguada, sí.

(*Risas del público*)

SEÑOR.— ¿Y su papá?

PROFUNDA.— También, señor.

SEÑOR.— Taguado.

PROFUNDA.— Taguado, sí señor, Taguado.

SEÑOR.— Pues quién sabe, ha de ser una familia de gelatinas, ¿verdad?

(*Risas del público*)

SEÑOR.— Todos temblorosos allí.

PROFUNDA.— Sí, señor, sí señor.

SEÑOR.— Qué bien, qué bien, pa' servir a usted.

PROFUNDA.— Igualmente, señor.

SEÑOR.— Julio Alemán, para servir a usted.

(*Risas del público*)

SEÑOR.— ¡Caray, caray! De veras que trabaja aquí.

PROFUNDA.— Pues si ya ve.

SEÑOR.— Y, ¿de qué parte es usted?

PROFUNDA.— De Surrapatlán de Abajo, señor.

SEÑOR.— ¿Surrapatlán de Abajo?

PROFUNDA.— Sí, señor.

SEÑOR.— Por poco somos paisanos.

PROFUNDA.— No me diga.

SEÑOR.— Yo soy de Surratlán de Arriba.

(Risas del público)

PROFUNDA.— Paisano.

SEÑOR.— Paisano.

PROFUNDA.— Pues cómo no.

SEÑOR.— Bueno, no me quiere usted decir donde está la mula, para ir a verla.

PROFUNDA.— Allá, mire, donde está el pesebre.

SEÑOR.— Ah, el pesebre.

PROFUNDA.— La del pesebrito.

SEÑOR.— Y, ¿por dónde se va uno?

PROFUNDA.— Por aquí, mire usted, agarra usted derecho, como veinte pasos, como de aquí allá, veinte pasos, pase usted así y tres escalones, hay una, así...

SEÑOR: (Interrumpe) ¿Y qué no hay mapa?

PROFUNDA: No, cuál mapa, el olor lo lleva a usted.

(Se escucha el público y a lo lejos el papá, llamando a Profunda)

PAPÁ: Ojalá que venda la mula, porque si no... ¿Quién vino, Profunda? Ah, ahí viene el que va a comprar la mula. ¡Venga, pásele! Pásele, venga. ¡Qué elegante viene a comprar una mula, mira nomás! Venga para acá...

v escena

(Se escucha el público)

PAPÁ.— ¿Qué pasa?

PALILLO.— Buenas noches, señor.

PAPÁ.— Buenas noches, adelante, mi jovenazo, pásele *(risas)*.

PALILLO.— Usted va a dispensar, que lo venga a molestar en un momento tan inoportuno como el presente, señor mío, pero...

PAPÁ.— Sí.

PALILLO.— Pues realmente al que le urge, le urge, ¿verdad?

PAPÁ.— Ni hablar, eso sí.

PALILLO.— Soy su servidor, señor.

PAPÁ.— Su nombre

PALILLO.— Gustavo Díaz Fernández, a sus órdenes, señor.

(Risas del público)

PALILLO.— Siéntese, está en su casa, señor.

PAPÁ.— No hay dónde... *(risas)* Esta es la terraza de la casa.

PALILLO.— (Novio): Ah, es la terraza de la casa.

PAPÁ.— ¿Quiere usted pasar a la sala?

PALILLO.— No, me quedo aquí en la azotea mejor, verdad *(risas)*. Señor, pues mire usted, como le digo, al que le urge, le urge, verdad, y simplemente que este asunto que yo le trato o pretendo tratarle...

PAPÁ.— Sí, señor.

PALILLO.— Es un asunto en que ambos dos a la par igual que juntos están determinando las mismas circunstancias porque abona un asunto sentimental y de carácter propiamente moral, que de acuerdo con la sociología de los intereses estos no pueden tener efecto retroactivo ya que la reciprocidad de los mismos hechos van encumbrándose a una situación que se puede modular dentro de la misma hematema que se puede transformar en los dichos y hechos que pueden simplificar no solamente la conducta en el que uno y otro se puede deliberar los propósitos firmes y que podemos encontrar un punto de enmienda dentro de los mismos hechos que correlativamente pueden interesar para que de un punto de vista básico se pueda determinar que el licenciado Madrazo no va a ser centro delantero del Guadalajara.

(Risas y aplausos del público)

PALILLO.— Me perdona, verdad, no supe lo que dije pero la asamblea está de acuerdo, verdad, señor.

PAPÁ.— Muy bien, señor, después de la brevedad de sus palabras entiendo todo perfectamente, muy bien, solamente, que como usted es un muchacho tan simpático, así de entrada me ha caído usted bien.

PALILLO.— *(Interrumpe)* Muchas gracias, muchas gracias, por lo de simpático y lo de muchacho.

PAPÁ.— *(Risas)* Es usted joven todavía ¿no?

PALILLO.— Sí, 23 años *(risas)*.

PAPÁ.— 23 años, sí.

PALILLO.— De pertenecer a las chivas, sí señor.

PAPÁ.— Bueno, usted que es franco conmigo, yo quiero serle sincero también.

PALILLO.— Se lo voy agradecer mucho, señor, porque ya le digo, al que le urge le urge, verdad.

PAPÁ.— Usted, ¿ya la vio bien?

PALILLO.— Claro, señor, no hago otra cosa en mi vida mas que verla.

PAPÁ.— ¿La conoce bien?

PALILLO.— Demasiado, señor.

PAPÁ.— Bueno, pero no se ha fijado en una cosa.

PALILLO.— No.

PAPÁ.— No se ha fijado que apesta.

(*Risas del público*)

PAPÁ.— Huele mal.

PALILLO.— Bueno eso es natural, verdad, señor, ya la naturaleza.

PAPÁ.— Bueno, es que, es que también cojea un poquito de la pata izquierda...

PALILLO.— Le soy sincero, eso si no lo he notado.

PAPÁ.— Bueno, es que es muy breve el defecto.

PALILLO.— Será por eso, como es pequeño, no se nota mucho.

PAPÁ.— ¿Y sabe usted por que le pasó? Porque tengo un compadre que es General, mi compadre Chon, y le gustó y me la pidió prestada pa' montarla, me entiende, entonces (*risas del público*)... Sí, sí, le gustó mucho, pues, le gustó, es mi compadre, pues le dije, llévatela, Chon, y se la llevó y se le llevó al cuartel, la montó, pero también le gustó mucho al Teniente Coronel y también la estuvo montando (*risas del público*), y luego, claro, la vio el Capitán y dijo yo tambor, y ahí fue, y luego el Sargento no se iba a quedar atrás y también la montó, y el Cabo también, bueno la montó todo el regimiento (*risas del público*). Entonces ayer que me la devolvieron y la monté yo, me di cuenta, que tiene una llaga debajo de la cola, fue cuando dije yo, oiga usted.

PALILLO.— ¡Basta ya, señor!

PAPÁ.— ¿Por qué?

PALILLO.— No me explico cómo he tenido paciencia para soportar tanta indignidad.

PAPÁ.— Oiga, usted.

PALILLO.— Lamento demasiado haber tropezado con una familia de depravados y de degenerados como lo es usted.

PAPÁ.— Don Gustavo.

PALILLO.— ¡Viejo pútrido! Maldito, degenerado, San Juan de Detranesco...

PAPÁ.— (*Interrumpe*) Oiga, usted, joven.

PALILLO.— Va a ver con Aviña Batís, hijo de pu...

(*Risas del público*)

vi escena

PAPÁ.—Oiga, usted, oiga usted, Don Gustavo, por favor, le dice uno la verdad y no la cree, oye, ¿qué pasa? ¿Qué pasa Profunda?

PROFUNDA.— Que un señor quiere hablarlo usted.

PAPÁ.— Que venga.

PROFUNDA.— Que venga.

PAPÁ.— Que venga el novio de mi hija, que hija. ¡Pero qué bárbaro! ¡Qué novio se busco mi hijita! ¡Que barbaridad!

SEÑOR.— Buenas noches, señor, sabe usted, yo venía, yo venía...

PAPÁ.— Ya sé a lo que vino.

SEÑOR.— Ah, ya sabe, qué bien...

PAPÁ.— Ya sé.

SEÑOR.— ¿Me la puedo llevar señor?

PAPÁ.— Claro que sí, pero antes quiero hacerle unas pequeñas advertencias, desde luego ¿no? Bueno, este, una cosa muy especial, ella es un poco quisquillosa...

SEÑOR.— (*Interrumpe*) No le hace, allá la aplacamos.

PAPÁ.— Bueno, entonces, es un poco rara, desde luego, duerme en la cama, ¿usted tiene cama?

SEÑOR.— ¿En la cama? Pues tengo allá un mancheo, a ver si así puede ser...

PAPÁ.— En cama tiene que ser y le gusta que le lleven su desayuno a la cama.

SEÑOR.— ¿Desayuna en la cama?

PAPÁ.— Sí, desayuna, huevito con jamón y luego su chocolate, que no le falle su chocolate porque le encanta.

SEÑOR.— Chocolate.

PAPÁ.— Chocolatito, sí, luego come a mediodía y en la noche. Los domingos se va al cine, no le falla, (*risas del público*).

SEÑOR.— ¿Con quién se va al cine?

PAPÁ.— Con sus amigas que la vienen a buscar.

SEÑOR.— ¿En qué vienen?

PAPÁ.— En camión se van.

SEÑOR.— Bonito se ha de ver el camión lleno de mulas, oiga señor.

PAPÁ.— Sí, entonces tiene una virtud preciosa, toca el piano, pero muy bien.

SEÑOR.— Ha de ser fenómeno, no.

PAPÁ.— No, toca muy bien.

SEÑOR.— ¿Por qué no la lleva al circo Atayde, hombre?

PAPÁ.— Oiga, hombre, lo hace así por afición, no por negocio, tiene una amiga suya que toca el violín y las dos se ponen a tocar a dúo.

SEÑOR.— Oiga usted, perdón ¿usted no le hace a la faifaraifa?

(Risas del público)

PAPÁ.— ¿Qué es eso de la faifaraifa?

SEÑOR.— A la moirisqueta.

PAPÁ.— No entiendo.

SEÑOR.— A la morabia.

PAPÁ.— No capisco.

SEÑOR.— A la grifa.

(Risas del público)

SEÑOR.— Esta usted marihuano y yo con su permiso me retiro.

PAPÁ.— Oiga, usted.

SEÑOR.— No, no, yo me retiro.

PAPÁ.— Usted no se retira, usted se queda aquí en la casa y habla con ella.

SEÑOR.— Pero ¿cómo?

PAPÁ.— Usted va hablar con ella.

(Se quedan discutiendo... se escucha el público)

vii escena

HLJA.— ¡Hay Dios mío! ¿Qué pasará? Oí gritos y voces muy fuertes y todo yo creo que mi novio ya ha de haber hablado con mi padre. ¿Dónde estará? Parece que allá esta, ¡hay mi vida! Ven Palillo ven *(interactúa el público)*. Hay que fea seña me hizo.

PALILLO.— Solamente vengo, solamente vengo a reprocharte en tu cochina cara la asquerosa actitud que has tenido para con un caballero, desgraciada mujer, adulterada como la leche condensada que no está pasteurizada e hija de la cachetada, estoy enterado de todas las cochinadas que me has hecho con el viejo cochino de tu padre,

que te prestó con un coronel, te llevó al cuartel, te montó el capitán, el teniente y a toda la desgraciada tropa, maldita degenerada, ¿qué crees, que no estoy enterado? ¡Vieja cochina! Desgraciado creyente, no te me acerques, que ya sé que tienes una yaga de bajo de la cola, desgraciada, que querías que me casará contigo para yo también andar de ...

HIJA.— (*Grita*) ¡Papá, Papá, Papacito! Ven.

PALILLO.— Tú y tú padre, a mi los dos juntos, ultimadamente.

PAPÁ.— ¿Qué trae usted, qué trae usted, con la pequeña? ¿Qué trae, usted?

HIJA.— Papá, papá, este hombre me ofendió.

PAPÁ.— ¿Cómo se atreve usted a insultar a mi hija?

PALILLO.— Con el derecho de haber sido cobarde y villanamente ofendido.

PAPÁ.— Esto se va a arreglar, ¡Profunda! Tráeme al indígena ese para acá, ahorita va usted a ver.

PALILLO.— ¿Que qué?

PAPÁ.— Ahorita usted va a ver.

PALILLO.— Usted, écheme a quien quiera, ultimadamente.

PAPÁ.— Mire, señor, este insulto a ésta.

SEÑOR.— Y a mí qué me importa, ¿o qué?

(*Risas del público*)

PAPÁ.— Pues, péguele, rómpale el hocico.

SEÑOR.— Me lo rompe él a mí, señor.

PAPÁ.— A ver, a ver.

SEÑOR.— Bueno, pues ya vas...

(*Risas del público*)

PALILLO.— ¿Quién es este hijo de Graciano Sánchez? ¿Quién es este peregrino guadalupano? Pregúntome yo.

PAPÁ.— Es el novio de mi hija.

PALILLO.— Claro, tal para cual.

HIJA.— ¡Hay, no! No, no, no, papá, ése no es mi novio.

PAPÁ.— ¿Quién es tu novio?

HIJA.— Mi novio es éste.

PALILLO.— ¡Era!

HIJA.— (*Llora*).

PALILLO.— Pretérito, posposperfecto, del verbo indicativo y del tiempo sulfatiazol.

PAPÁ.— ¡Momento, momento! Aquí hay un equívoco, venga usted pa'ca joven, venga, un momento, momento.

PALILLO.— ¿Todavía tiene usted la desfachatez de que venga por la mula esa?

PAPÁ.— ¿Por quién viene, usted? ¿Usted quién es? ¿El novio?

PALILLO.— El novio, era, le repito.

PAPÁ.— Hay perdone usted, aquí hay una confusión, por favor, yo estoy confundido, créame, es que yo estaba vendiendo una mula.

PALILLO.— ¿Todavía tiene el cinismo de venderla? ¿Usted cree que hay quién le dé algo?

PAPÁ.— No ésta, una mula que tengo señor, que estoy vendiendo y al mismo tiempo esperaba yo al novio de mi hija, ¿me entiende usted?

PALILLO.— Entonces, usted me hablaba de una...

PAPÁ.— De la mula.

PALILLO.— No es ella la que tiene la llaga en la...

PAPÁ.— Claro que no.

PALILLO.— ¡Mamacita, perdóname!

(Risas del público)

PALILLO.— Mi vida, perdóname, pero, realmente, la culpa de todo la tiene la mula de tu padre, la mula que vende tu padre, mi vida...

HLJA.— ¿Cómo quieres que te perdone, si me dijiste que tenía una yaga debajo de la cola?

PALILLO.— ¡No mamacita!

SEÑOR.— Eso se cura con creolina, yo sé lo que les digo.

PALILLO.— A ver si se la va a poner a la comadre de su madrina, desgraciado...

PAPÁ.— Momento, ¿usted qué quería?

SEÑOR.— Yo, nada, yo venía por la mula pero traga chocolate.

PAPÁ.— No, no, la que traga chocolate es mi hijita, ahí esta la confusión.

SEÑOR.— Bueno, me llevo la mula y una yegua media balaceada que tiene usted aquí...

PAPÁ.— ¿Cuál, no se?

SEÑOR.— La gata.

PAPÁ.— ¡Ah, ven Profundita!

SEÑOR.— Vengase, doña Profunda. Licenciado, le voy a presentar a mi futura esposa.

PALILLO.— Encantado de conocerla, mucho gusto.

PROFUNDA.— Profunda Taguada, a sus órdenes, mucho gusto.

PALILLO.— ¿Cómo dice?

SEÑOR.— María Taguada, no tenga cuidado.

PALILLO.— Usted casándose con el señor Romero, ya todo se aclara.

SEÑOR.— ¿La señorita?

PALILLO.— Mi futura señora esposa, la señorita ¿a dónde vamos?

(Risas del público)

SEÑOR.— Bueno pues nos retiramos.

PAPÁ.— Esta todo arreglado, no se vayan que hay una posadita.

SEÑOR.— ¡Hay posada!

PAPÁ.— Hay posada, a los vecinos, a los peregrinos, yo voy por la piñata.

TODOS.— ¡Venga, venga!

PALILLO.— ¡Qué bien, que bien! No creí yo que esta confusión se prestará para tanto.

SEÑOR.— Ya vienen los invitados.

PALILLO.— (Novio): ¿Van a venir invitados?

PAPÁ.— Ese, es, ando un poquito ronco.

SEÑOR: Véngase a la fiesta, aquí he oído gritos de que ¡Arriba el América!
¿Qué es eso?

HIJA.— *(Risas)*.

SEÑOR.— ¿Ustedes que son de aquí de Guadalajara? ¿Qué es eso?

TODOS.— *(Cantan)* En el nombre del cielo, oh, os pido posada, que no puede andar, mi esposa adorada. Entren santos peregrinos, reciban este rincón, y aunque es pobre la posada, os la doy de corazón.

PALILLO.— Primero rezamos la letanía, quihubo, quihubo *(risas)*, no creí que estuviera usted tan cerca del América, no creí que estuviera tan cerca, vamos a rezar la letanía. Silencio señores con devoción y con respecto, por favor.

Todos los que quiero bienaventurados

por mendigos que nos tienen bien intoxicados.

Bienaventurada la policía

que ronca de noche y duerme de día

Amén.

Bienaventurados a los que andamos a pie

nos tienen bien planchados

Amén.

Bienaventurados los de Sayula, yo no le hago al chicle
yo soy de Cocula.

Bienaventurado sea el señor Madrazo,
porque los políticos le dieron su apeadazo.

El equipo América bienaventurado
en Zacatepec quedo bien descalabrado

Amén.

El Guadalajara bienaventurado
si sigo apostando me voy a quedar encuerado

Amén.

Bienaventurado sea el Seguro Social
que te cura el cáncer con un mejoral

Amén.

Bienaventurado sean los tamarindos
que con sus botas y guantes se ven retelindos.

Licenciado Medina Ascencio Bienaventurado
en nombre del padre del hijo

Licenciado Medina Ascencio Bienaventurado
Padre, Hijo, Espíritu Santo

Licenciado Medina Ascencio Bienaventurado
me callo el hocico porque no estoy amparado

Amén.

TODOS.— La piñata, la piñata.

HIJA.— Gracias, querido público, como segundo número de Rafael Hernández, Canción del Alma.

Música...

EL FINAL DEL TEJIDO A MANERA DE CONCLUSIÓN

A toda investigación debe ponerse un punto final, aunque en la mayor parte de los casos el investigador se resista: ¡todavía hay tanto por hacer! Las voces que pueblan las comunidades de Jalisco son tantas y tan productivas que es difícil estudiarlas todas.

Este trabajo es el resultado de muchas pláticas con personas de los pueblos que aún conservan la tradición de la hospitalidad; nuestros estudiantes compartieron con los autores y sus familiares la palabra aderezada con café de olla, panes, tamales, tortillas... Caminando por las veredas, nunca faltó una mano amable que les ofreciera «aventón», que les diera señales, que les proporcionara datos de los cronistas e informantes de los pueblos.

El hecho de saberse escuchados por jóvenes investigadores, que les aseguraban que sus trabajos serían leídos, provocó que se corriera la voz y nos entregaran sus palabras impresas, escritas en papel de cuaderno, manuscritos apenas legibles plasmados en papel rústico... Las hojas cayeron en nuestras manos y nos compartieron creencias, sueños, anhelos, mitos, ilusiones. Las manos arrugadas, maltratadas por el trabajo rudo, se volvieron suaves cuando entregaron los textos de sus autores, y nos pidieron cuidarlos, darlos a conocer, «presentarlos en sociedad».

No ha habido espacio para publicar todos los textos, pero queremos decirles que todas las obras fueron revisadas, que ya cumplieron su cometido: tener lectores.

Ryszard Kapuscinski, escritor y periodista polaco, en su libro *El Imperio* (1994), relata cómo muchos de los países invadidos por los rusos se resistían a perder su idioma, y escribir fue una de las estrategias para conservarlo:

Ese deseo de que nuestra voz llegue a alguna parte es una necesidad característica de gentes apesadas, que se aferran, como a una tabla de salvación, a la fe en la justicia del mundo, que están convencidas de que ser oído equivale a ser comprendido... (p. 261).

Compartimos esta idea y deseamos que este trabajo colabore a la comprensión de las comunidades de Jalisco.

BIBLIOGRAFÍA

Columbres, Adolfo (1997), *La cultura popular*, México: Ediciones Coyoacán.
Kapuscinski, Ryszard (1994), *El Imperio*, España: Anagrama.



Lic. Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Lic. Héctor Pérez Plazola
Secretario General de Gobierno

Sra. Sofía González Luna
Secretaria de Cultura

Arq. Salvador de Alba Martínez
Director General de Patrimonio Cultural

Sra. Patricia Urzúa Díaz
Directora General de Fomento y Difusión

Lic. Luis Manuel Cadavieco Alarcón
Director de Publicaciones

Lic. Ignacio Bonilla Arroyo
Director de Culturas Populares

Sr. Luis Antonio González Rubio
Coordinador Académico del Proyecto
«Las Culturas Populares de Jalisco»



TELAR DE VOCES

se imprimió y encuadernó en septiembre de 2004
en Servicios Editoriales de Occidente, S.A. de C.V.
Pino Suárez 169, Zona Centro, 44100 Guadalajara, Jalisco.
El tiro constó de 1 000 ejemplares.

Diseño editorial: Avelino Sordo Vilchis ~ *Composición tipográfica:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL ~
Portada: *Artesanía de Ocumicho* (2004) de Rafael Sáenz Félix ~ *Imagen de la página 4:* ex voto de San Miguel en un obraje textil (1746) de Carlos López (por cortesía del Museo Sumaya) ~ *Cuidado del texto:* Felipe Ponce Barajas / Luis Antonio González ~ *Fotocomposición:* EL INFORMADOR

El universo de la literatura popular es enorme. Lo sabemos porque a cualquier lugar que hemos dirigido nuestros pasos, encontramos pruebas de esta manifestación cultural. Sin embargo, es difícil citar por zonas, regiones o municipios, quiénes son los autores, ya que ese conocimiento corresponde más a la experiencia vivida que a estudios sistemáticos. Y es que a diferencia de la literatura «artística», la popular no cuenta con un mecanismo que registre a sus creadores y productos. Muchos se han perdido en el anonimato, por la falta de un mecanismo de rescate y estudio.

La diversidad de expresiones literarias de un pueblo es muestra de su vitalidad cultural. En Jalisco, la literatura popular se ha vuelto una forma de comunicación recurrente, entre otras razones porque, a diferencia de la literatura con intenciones artísticas, utiliza códigos lingüísticos y culturales más afines a la colectividad: responde de manera más directa a las aspiraciones, valores, usos y visión del mundo popular.

En este libro el lector realizará un sucinto recorrido por la geografía física y humana de Jalisco, registrando una serie de valiosos ejemplos de la literatura popular que se produce en este rincón del mundo, en sus diferentes formas: la poética, la narrativa y la dramática, y que forma un verdadero telar de voces.



EL INFORMADOR
DIARIO INDEPENDIENTE

CONACULTA
CULTURAS POPULARES E INDÍGENAS


EDITORIAL AGATA

